

REVISTA MENSUAL

BITACORA

ORGANO DEL SINDICATO NACIONAL DE TRABAJADORES DE LA SECRETARIA DE MARINA
MIEMBRO DE LA F. S. T. S. E.



EL C. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA LIC. ADOLFO LOPEZ MATEOS, EN COMPAÑIA DEL
C. ALMIRANTE MANUEL ZERMEÑO ARAICO, SECRETARIO DE MARINA, INSPECCIONA
LAS OBRAS PORTUARIAS QUE ESTA DEPENDENCIA EJECUTA EN NUESTROS LITORALES

n. 17.-JUNIO DE 1960

\$ 2⁰⁰

Directorio

DIRECTOR GENERAL

Dr. Francisco A. Marín

DIRECTOR DE EDICION

Manuel Blanqueto S.

ADMINISTRADOR

Frances Lyra M.

JEFE DE REDACCION

Gerardo L. Ostos A.

PUBLICIDAD

José Manuel Pérez Díaz

FOTOGRAFIA

Ing. Julio Adeath Gómez

COLABORACION

Comités Ejecutivos Nacional y Seccionales, Trabajadores de la Secretaría de Marina

PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 2.00
SUSCRIPCION ANUAL \$ 24.00

Publicación autorizada como correspondencia de 2ª clase, en la Administración de Correos Núm. 1, México 1, D. F., bajo el número 21670 del 26 de agosto de 1959.

Impreso en los Talleres Gráficos de la Editorial Comaval. Calle 4 N° 22, Naucalpan, para Editora Bitácora.

Oficinas Generales: Lucerna N° 55, Tercer piso, México 1, D. F.
Teléfono 46-64-06

TODA SITUACION DE FONDOS DEBE HACERSE DIRECTAMENTE A: Frances Lyra M., Administradora de la Revista Bitácora. Lucerna N° 55, Tercer Piso. México 6, D. F.

Sumario

Editorial	1
El Gobernador	3
Sra. Aída Elizondo de Gil Preciado	4
Jalisco, su geografía. Por José Rogelio Alvarez	5
Jalisco, proyecciones y posibilidades	88
Cien años en el Gobierno de Jalisco	12
Guadalajara de la Nueva Galicia. Por Emmanuel Coronista	15
Duelo por Zapata. Escultura de Francisco A. Marín	18
Palabras del Lic. López Mateos al inaugurar la Casa de la Cultura de Jalisco	19
Las Letras Jaliscienses. Por Jesús Arellano	20
Jalisco, semillero de grandes artistas. Por Antonio Rodríguez	23
Jalisco en la Independencia. Por Emmanuel Palacio	27
Jalisco en la Reforma. Por Mario Gil	32
Agustín Rivera, Caballero del Espíritu. Por Enrique Ramírez y Ramírez	34
Jalisco y la Revolución Mexicana. Por Alfonso García Ruiz	37
Guadalajara	40
La Educación en Jalisco durante los años de la Revolución. Por Ramón García Ruiz	41
Alfarería de Tonalá. Por Isabel Marín de Paalen	43
Vidrio Soplado	46
Campeonísimos	47
Para muestra	48

Preparó y cuidó este número:

Ricardo Cortés Tamayo.

Fotografías de Ricardo y J. de Jesús Salazar; folleto: "Obras para Jalisco" —11 meses de trabajo— Gabriel Ibarra Gómez y Héctor Torres.—Hnos. Mayo, Archivo Diario de México, Héctor García.

Editorial

Homenaje a Jalisco

PRIMERO DE JUNIO ¡Día de la Marina! La Revista BITACORA se une al júbilo que esta fecha despierta en todos aquéllos relacionados con las actividades marítimas de la Nación, y de modo especial desea interpretar el entusiasmo que, con tal motivo, anima a los Trabajadores al Servicio del Estado en el Ramo de Marina.

El Día de la Marina es ocasión propicia para hacer el recuento anual de nuestros adelantos en asuntos de esta clase; para reconocer el mérito de quienes, con fe y patriotismo inquebrantables, guían la nave de la administración pública sobre las rutas del progreso marítimo; para enaltecer la obra de aquellos que han contribuido, de un modo u otro, al desarrollo de nuestra actividad relacionada con el mar; para conmemorar una vez más, como en sagrado ritual, el sacrificio de nuestros héroes.

BITACORA, hoy como antes, dedica lucidas páginas a esa recapitulación anual y nacional, así como a estudios de índole diversa. Pero en esta ocasión BITACORA se enorgullece en dedicar su número de Junio a una entidad federativa de la Nación Mexicana; a una de las principales y más destacadas por muchos conceptos, y que tampoco deja de serlo desde el punto de vista marítimo; nos referimos al Estado de Jalisco.

Por supuesto no dejamos de ver que el interés marítimo es de carácter más bien nacional que local, pero consideramos que se logra un particular provecho al especializar el estudio de las cuestiones que nos interesan en un sector del mapa de México; y al igual que en años anteriores, en la ocasión solemne de esta fecha nuestra Revista se consagra a la Provincia.

Hoy le toca a Jalisco, el Estado extraordinariamente destacado por su folklore, por su paisaje, por su gente, por su producción, por su desarrollo, por su historia; pero que es también un Estado marítimo, y aunque esta calidad no resulta en apariencia tan destacada como otras que comúnmente se le atribuyen, lo cierto es que la proximidad al mar constituye una peculiaridad que influye en todos los otros rasgos fisonómicos de Jalisco.

En efecto, no obstante parecer que esta región se halla separada del mar por una inmensa pared, la sierra; y no obstante que su desemboque principal a las rutas marítimas es a través de otro Estado, Colima; puede advertirse que la vecindad del mar subsiste, que marítimamente las Costas de Jalisco y de Colima son un mismo tramo geográfico, y que por esta razón, y a medida que el progreso permita que se asome más y mejor sobre ese obstáculo en forma de pared, las ventajas y las influencias de carácter marítimo, irán en aumento hasta hacerse preeminentes en las señas particulares de Jalisco. Veremos entonces el desarrollo de esas costas, que nos parecen aún desiertas y bravías; y veremos convertidos en florecientes puertos a Chamela, Navidad y otros parajes que ahora son apenas pintorescas playas abrigadas.

Pero hay algo más; Jalisco, como casi ningún otro Estado, posee su pequeño mar interior, que le da más de un aspecto marítimo. Y no hay exageración en esto. Aparte

Homenaje a Jalisco

de las actividades de transporte, de pesca y deportivas que dan especial carácter a su gran Lago de Chapala, debe aún mencionarse, pues es poco conocido, que el propio lago ha sido teatro de acciones "navales" de cierta importancia.

Desde remota época prehispánica, habíanse desarrollado en aquel extenso vaso actividades de transporte y guerreras; y cuando los conquistadores llegaron a adueñarse de la región, no pudieron hacerlo sin antes vencer la tenaz resistencia de los pueblos ribereños, cuyos ejércitos se movían en canoas.

Mucho tiempo después, llegada la hora de nuestro movimiento libertario, nuevas acciones "navales" se efectuaron en aguas de Chapala. En 1812 habíase hecho fuerte en la Isla de Mexcala el insurgente Encarnación Rosas y el Pbro. Marcos Castellanos, quienes resistieron durante más de cuatro años el sitio que le puso el realista De la Cruz.

Aunque resulte curioso decirlo, ocurre que por la trascendencia militar, política y económica que tienen las actividades en vasos interiores, a veces resultan estos de tanta o más importancia que verdaderas y extensas regiones costeras. Cabe, por ejemplo, recordar la importancia que tuvo el bloqueo de Tenoxtitlán en 1521, llevado sistemáticamente por Hernán Cortés.

Jalisco pues, ha tenido y tiene el mar, hablando genéricamente, no sólo de puertas afuera, sino de puertas adentro también.

Ha tenido el mar y ha tenido sus marinos. Pues en la variada actividad de sus hombres ha habido, y no pocos, quienes han respondido al reclamo de la inmensidad líquida, al atractivo hechicero de los buques y de la aventura.

No es el hombre de mar, por cierto un tipo característico de Jalisco; no es un elemento, digamos, de su paisaje; como tampoco lo es en muchas regiones de nuestro México. Por otra parte, no ha habido quizá en ese Estado algún marino de tal fama o mérito que tenga renombre nacional. Pero en cambio muchos ha habido, tanto marineros como oficiales, que en diaria y tesonera labor han hecho obra digna para la Patria; mérito colectivo este que es reconocido en nuestros medios de la costa, en los cuales el prestigio personal se gana a pulso, y vale por el aprecio que de él hace gente de la misma actividad.

Y también ha habido personajes que, experimentados además en actividades varias, han logrado su crédito a fuerza de trabajo, de capacidad y de cumplimiento del deber. Tal es el caso, no podemos dejar de mencionarlo, de nuestro Secretario de Marina, Almirante MANUEL ZERMEÑO ARAICO, oriundo de Guadalajara y con vieja raigambre jalisciense. Atraído por el encanto del mar y de los buques, ingresó a la Escuela Naval en 1917, se graduó con brillantez, y luego desempeñó largos e importantes servicios en la Armada; tuvo otras misiones de gran relieve como la de Embajador en un país europeo, y ahora lleva con mano experimentada el timón de nuestra Secretaría de Marina.

Otros nombres podrían también darse de personas de reconocido mérito, más preferimos callarlos ante el temor de cometer imperdonables omisiones. Nos callamos también porque no es propósito de estas líneas elogiar a los hombres, sino enaltecer a la provincia: la provincia que es carne y nervio de la Patria.

Loor a la provincia jalisciense; solar pródigo, Estado señero y progresista. Loor a sus dignos hijos, que sabrán conducirla a un desarrollo integral, un desarrollo en que la influencia del vecino océano dará, necesariamente, el cariz amplio y próspero de los pueblos que saben aprovechar el mar.

Loor y bienandanza a Jalisco, para bien de él y para bien del futuro marítimo de México.



el Gobernador

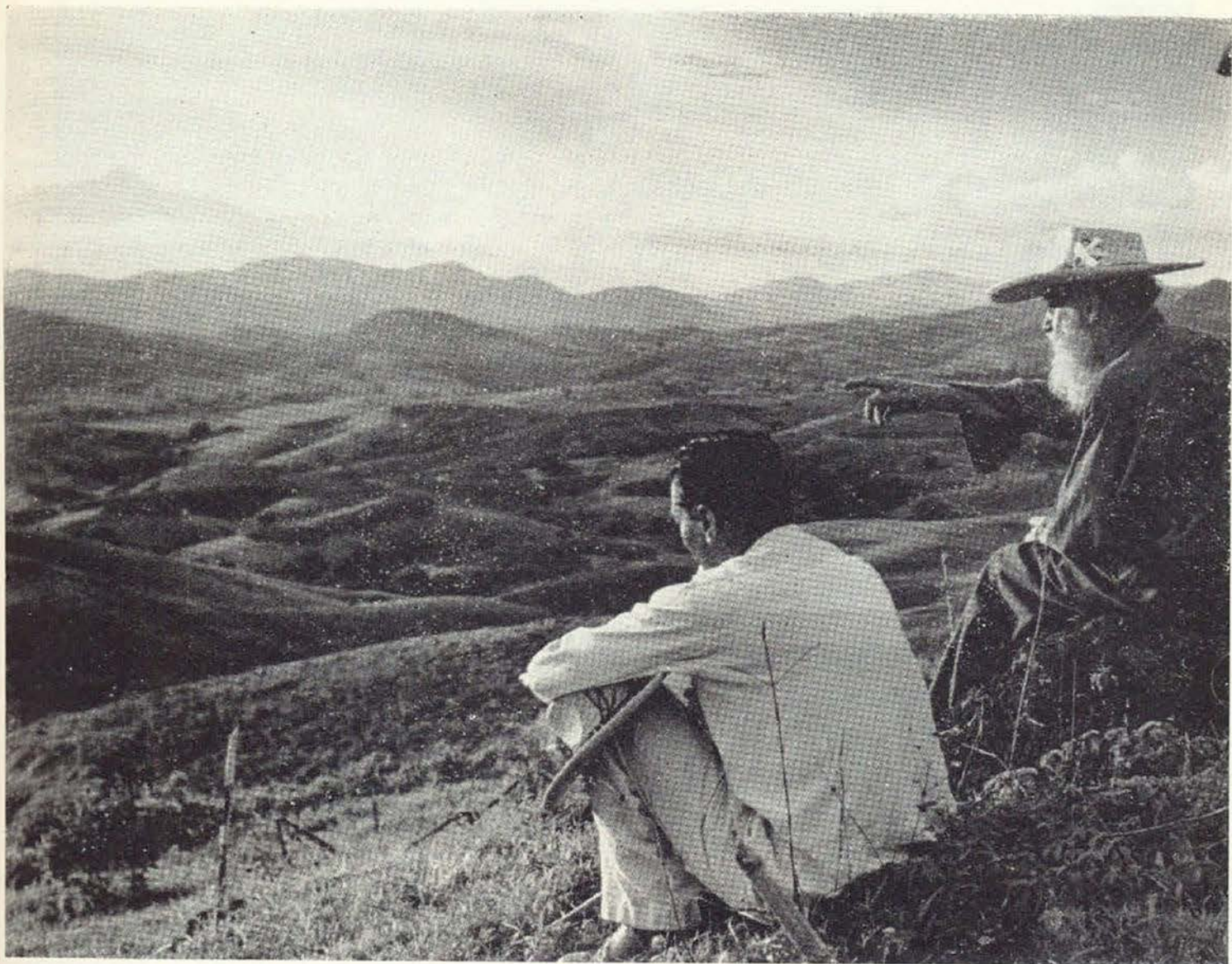


El 21 de septiembre de 1959 el Gobernador de Jalisco, Prof. Juan Gil Preciado —a su izquierda en la foto se encuentra el Dr. Juan I. Menchaca, Presidente Municipal de Guadalajara— dirigió las siguientes palabras a los estudiantes en ocasión de inaugurarse el nuevo edificio de la Escuela Secundaria N° 1.

"El Estado pone en sus manos esta casa. A ustedes corresponde hacer el mejor uso de ella y mantenerla en condiciones decorosas. Al hacer esta entrega, invito al estudiantado para que considere los esfuerzos que a la comunidad le significa el mantenimiento de la educación y que, en justa correspondencia aumente su dedicación al estudio, levante sus índices de aprovechamiento y se comprometa de su verdadera responsabilidad."



La señora Aida Elizondo de Gil Preciado, y los niños.



El Dr. Atl, ilustre jalisciense, ante el paisaje de Jalisco.

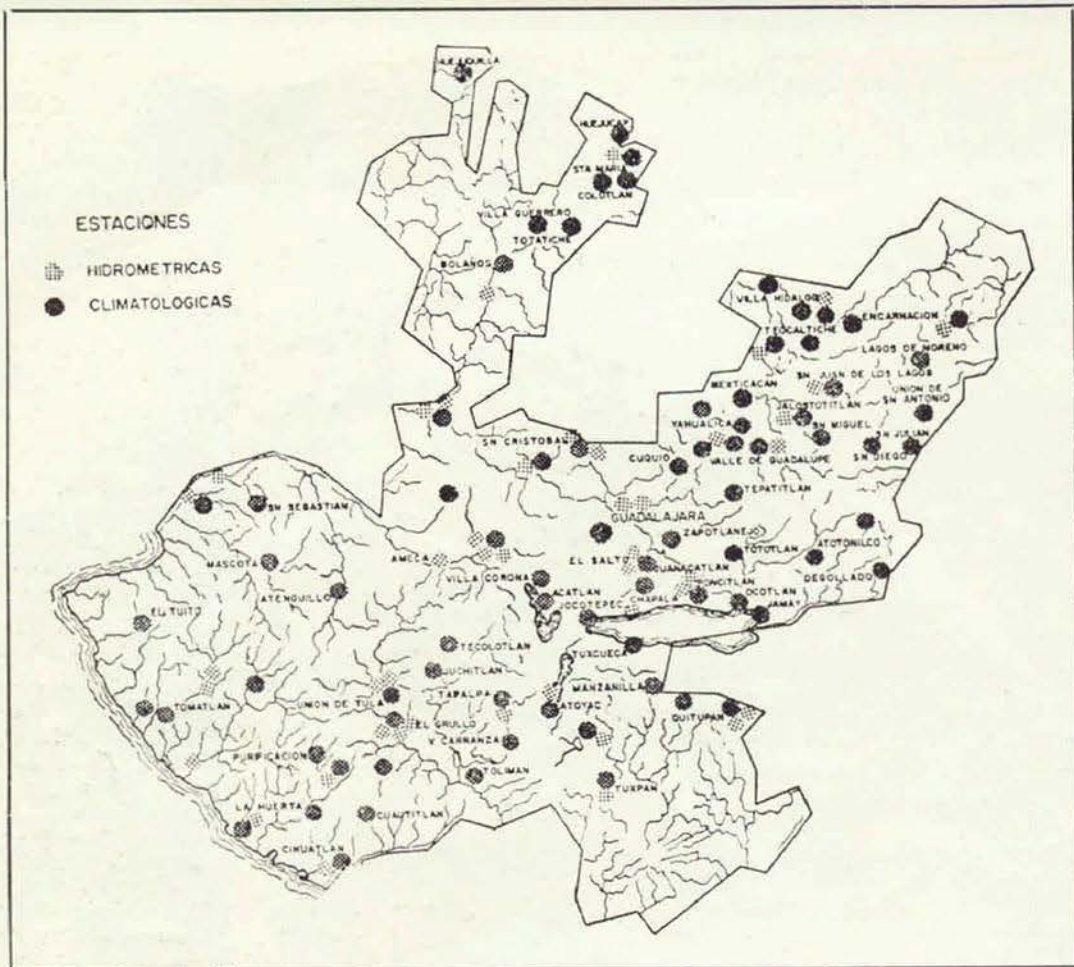
JALISCO, su geografía

Artículo tomado de "Noticia de Jalisco" y que se debe a la redacción de José Rogelio Álvarez.

EL Estado de Jalisco se halla inscrito, según avanzan hacia todos los rumbos sus más remotos confines, entre los paralelos $18^{\circ}58'05''$ y $22^{\circ}51'49''$ de latitud norte y los meridianos $101^{\circ}28'15''$ y $105^{\circ}43'16''$ de longitud oeste de Greenwich. Tiene una superficie de 81 058 Km² y una población de 2 245 451 habitantes. Al iniciarse 1959 vivían en Guadalajara, la capital, 536,588 personas. La tasa de natalidad —4.8%— y el incremento medio anual de la población —3.19%— son superiores a los promedios de la República, e inferior en cambio al índice de defunciones. Los jaliscienses han formado a lo largo de su historia 9 370 localidades —el mayor número en una entidad federativa— y están organizados políticamente en 124 municipios; 350 mil de ellos se dedican a la agricultura, la silvicultura, la caza y la pesca; 95 mil a la in-

dustria, 50 mil al comercio, 15 mil a los transportes, 55 mil a los servicios y 26 mil más a otras actividades productivas. El esfuerzo económico de estos ciudadanos —hombres y mujeres— alcanzan a un valor anual de \$ 4 700 millones, cuyos productos satisfacen la demanda interior y dejan excedente que se destinan al noroeste y centro de la República. Revela la magnitud de este fenómeno la circunstancia de que uno de cada cinco mexicanos comen maíz gracias al trabajo de los agricultores jaliscienses.

Vive y prospera la entidad bajo el cauce de un vigoroso río aéreo, que riega por aspersión su mayor parte cuando en verano opera el disparador de vientos fríos desde el sur de los Estados Unidos. Las aguas pluviales escurren a tres cauces principales: Lerma-Santiago, Armería y Ameca. El primero, de ricas vegas de Ocotlán a Puente Grande,



se encañona después en la formidable barranca que constituyó por siglos infranqueable frontera natural de Mesoamérica. Tributan al mayor río del país, siempre desde las tierras altas del noroeste, el Zula, el Calderón, el Verde, el Juchipila, el Bolaños y el Chapalagana, que aportan caudales jaliscienses a los 10,000 millones de m³ que cada año salen al mar por Ixcuintla. El vaso regulador de este sistema —fin del Lerma, fuente del Santiago— la laguna de Chapala —*Chapalicum mare*— que nutre las plantas hidroeléctricas, surte agua a la capital, mantiene la humedad del clima y brinda medios de subsistencia a los pobladores ribereños. El segundo —Ayuquila en sus orígenes— drena el centro de Jalisco a partir de Tecolotlán, por Autlán y El Grullo, hasta Zapotitlán, en cuyos contornos abre, para transponerla, profundo tajo en la Sierra Madre. El Ameca, a su vez, rompe por el norte la gran barrera montañosa que forma linderas con Nayarit en su curso bajo. Entre ambos —ángulo a 45° con vértice en la sierra de Quila— corren en impetuosa sucesión las altas cumbres de la cordillera. Al poniente del parteaguas, ya en la Costa, se alojan las cuencas secundarias de Chivatlán, el Purificación, el Cuitzmala, el San Nicolás, el Tomatlán y el Mascota. Y en el franco sur, los vastos montes forestales captan las primeras aguas del Tepalcatepec, hacia el lado de Michoacán, y del Tuxpan —también Naranjo o Coaguayana— hacia Colima. Tal es la abundosa hidrografía de Jalisco, a la que ponen nota de vez en cuando los lechos lacustres moribundos de San Marcos, Zaocalco y Sayula.

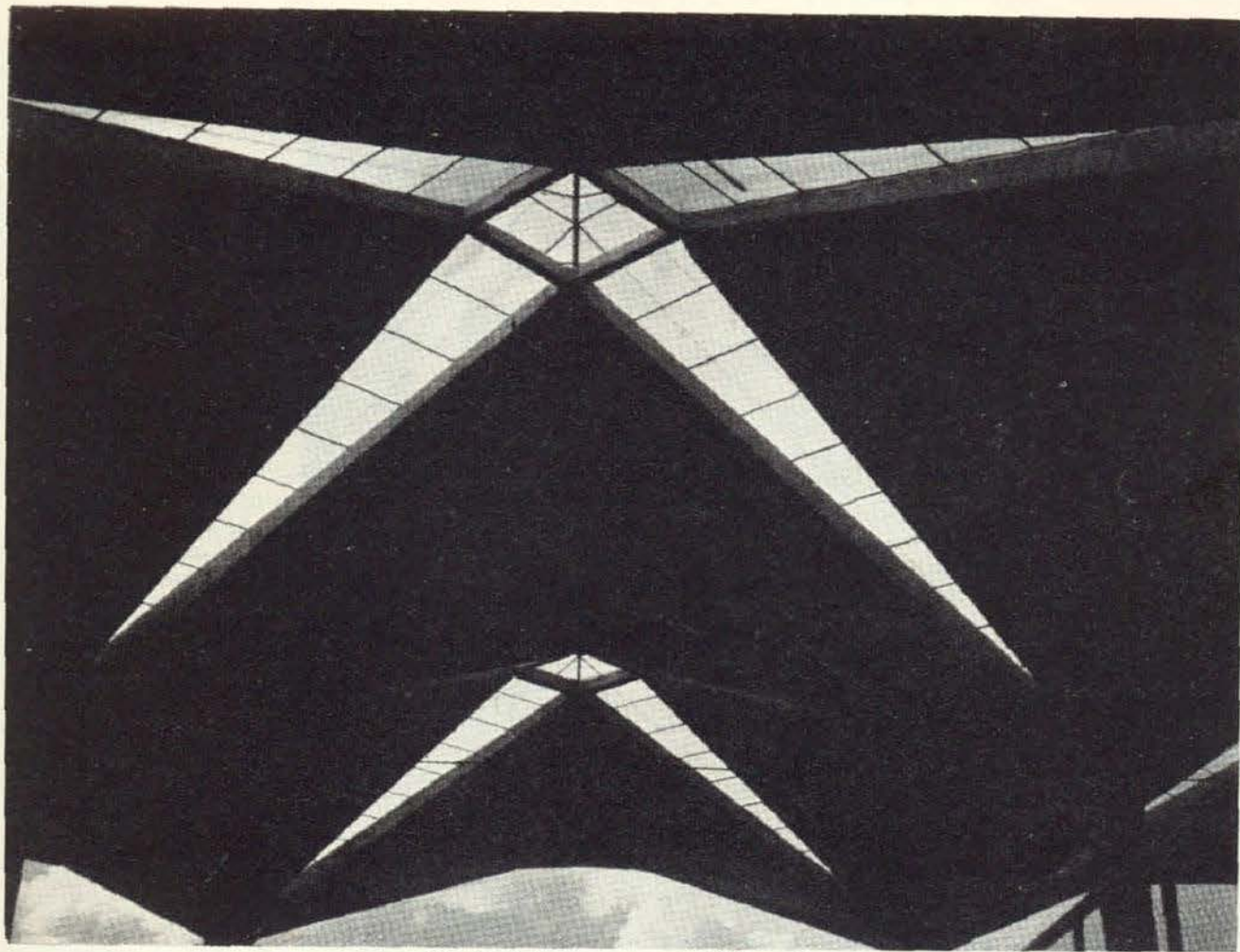
Suelo y agua, población y actividad económica constituyen las principales variables cuyo comportamiento, se-

gún fuera característico y homogéneo, conducen a determinar las varias regiones del Estado, que son éstas:

La Caxcana, inscrita en el vértice que forman, por su ribera derecha, los ríos Verde y Santiago; de altas y agresivas montañas que corren en fajas paralelas, de norte a sur, desde la frontera con el Estado de Durango hasta ceder, acantiladas, a la vista de Zapopan, Tequila y Hostotipaquillo. Torrentes no domeñados en lo profundo de las abras; pastos en laderas y mesas; bosques en las alturas inaccesibles. Habitan ahí, lindando con Zacatecas, pueblos mestizos, de menguada agricultura y precaria ganadería; localidades que se trascendieron al colapso de las minas, junto a los ríos; y más allá del Camotlán y del Chapalagana, los indios huicholes y tepecanos, sobrevivientes del mundo prehispánico.

Los Altos están limitados al norte, noreste y este por las propias fronteras de Jalisco: al sur y al oeste por la cota de 1 800 m sobre el nivel del mar y al noroeste por el cauce del río Verde. Comprenden 15 municipios y forman una gran meseta alojada en basaltos cuyo paisaje lo forman ondulaciones y sinuosidades, colinas y lomeríos donde la deforestación y la precaria cobertura vegetal son signo revelador de una intensa y secular actividad humana no controlada. La cuarta parte de los habitantes del interior pueblan esa área: criollos, de origen español casi sin mezcla, dependen para subsistir de la pura espontaneidad del temporal, muy a menudo errático.

La cuenca de Chapala, o bajo Bajío, se inicia en la depresión adyacente a La Piedad e incluye las zonas michoacanas de Yurécuaro y la Ciénega, hasta Chavinda, Jiquilpan y Sahuayo; sigue el curso del vaso por Tizapán, Tux-



Bóveda del nuevo mercado "Libertad".

teca, San Luis y Jocotepec, llega hasta El Molino; bordea el lago por el norte —San Juan, Ajijic, Chapala, Mezcala— se estrangula en la garganta granítica de Poncitlán y tiene penetraciones profundas a Zapotlán del Rey, Tototlán, Atonilco y Ayo. Región exuberante, pródiga, de tierras de riego y humedad, combina modernos desarrollos agropecuarios con vigorosas, aunque recientes unidades industriales.

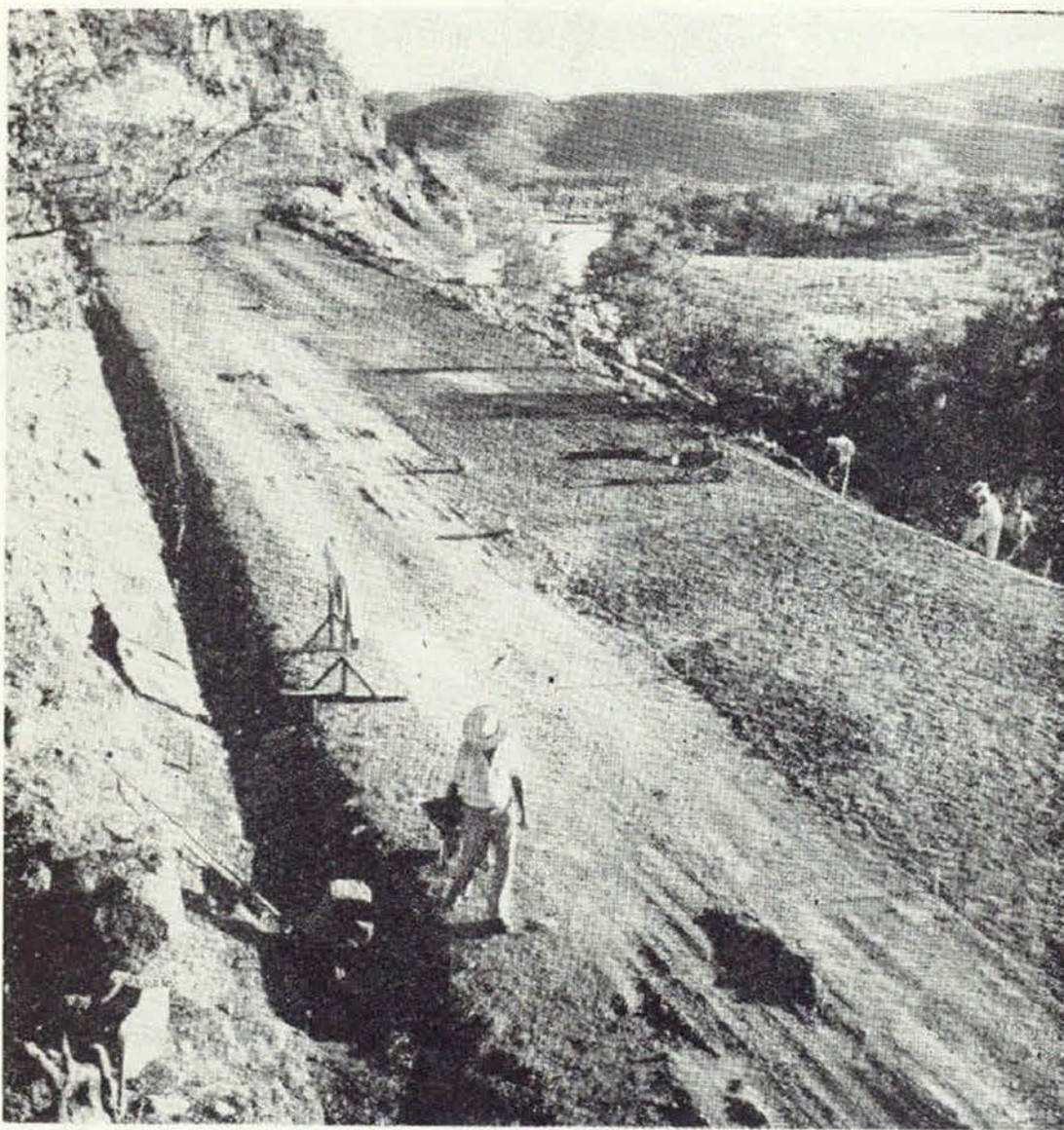
El Altiplano, cuyos fécondos valles se elevan entre los 1 000 y 1 500 metros de altitud, es el centro económico, demográfico y administrativo de la entidad. Al de Atemajac, sede de la capital del Estado, síguense, al poniente, el de Ameca, con extremos en Teuchitlán y Ahualulco, y aun en Etzatlán y Magdalena; y, al sur, el de Cocula —prolongación de aquél por este rumbo— conectado a los planes de Villa Corona, Actalán, Zacoalco y Sayula; y tras un bajo parteaguas, a la opulenta cuenca cerrada de Ciudad Guzmán. Región de suelos planos, notable por su eficiencia climática para el cultivo del maíz, viven en ella la mitad de los jaliscienses y tiene los mayores niveles de producción en todos los órdenes.

La cuenca del Armeria, predominantemente montañosa lleva sus bordes por la cresta de las sierras de los volcanes, Tepalpa y Atejamac; tras el puerto de Palo Alto, a inmediaciones de Tecolotlán, continúa por las cimas de Quila, Atengo y Cautla hasta ligarse a la Sierra Madre y cerrar frente al punto de partida, río por enmedio, el gigantesco

abanico. Aguas abajo de las cumbres se hallan dispersos llanadas y planes —Ayutla, San Clemente, Juchitlán, Unión de Tula— y en el curso medio los valles de Autlán y El Grullo, primero, y después la zona de profundas torrenteras, erosión y acabamiento de Tuxcacuezco y Tolimán. En la margen izquierda, tierra adentro, el área de afluentes precarios de Ejutla, Tonaya y Venustiano Carranza. El riego, las comunicaciones y el laboreo de las minas han empezado a recrear tan abrupta geografía.

La Costa —del parteaguas de la sierra al mar— combina los valles altos de Mascota y Talpa; las fécondas cañadas de La Cuesta y San Sebastián; los valles medios de Cuauhtitlán, Tequesquitlán, La Resolana, Purificación y La Huerta; los planes de Llano Grande y las planicies costeras de Cihuatlán, Melaque, Cuitzmala, Chamela, Tomatlán y Banderas con los pastos y el monte bajo —hasta los 600 metros de altitud— y el mundo de formas telúricas —minerales y forestales— que pone término en Cabo Corrientes a la cintura volcánica de México. Trescientos kilómetros resumen todas las formas del litoral marino.

La región del sur nace con los primeros afluentes de los ríos Tuxpan y Tepalcatepec. Va de Concepción de Buenos Aires a Jilotlán de los Dolores, de Tuxpan a Quitupan, de Tonila a Gómez Farías. Salvo breves planes, angostas vegas, estrechas mesas o antiguos vasos drenados ya por la mano del hombre, todo son montañas, bosques y ricas vetas: reserva de materias primas, área de expansión, estímulo al desarrollo de Jalisco.



Los datos de este estudio, transcritos de "Noticia de Jalisco", se refieren en su parte principal al registro de hechos y posibilidades durante el gobierno del Lic. Yáñez, mas por ello mismo significan el momento de apreciación de una etapa del gran desarrollo jalisciense iniciado con el Lic. González Gallo y que ahora se continúa —tras el esfuerzo yañista— con gran impulso bajo el gobierno del Profr. Juan Gil Preciado. Por este interés los damos al conocimiento de los lectores de BITACORA.

JALISCO

proyecciones y posibilidades

LAS NUEVAS VIAS de comunicación... terminación de las carreteras Guadalajara-Nogales, Guadalajara-Zapotlanejo-La Piedad (vía corta a México), Guadalajara-Ciudad Guzmán, que conecta con la de Jiquilpan-Manzanillo, cuya pavimentación total quedó concluida en el período anterior; Tepatlán-Arandas, que apunta nueva intercomunicación a México por Ciudad Manuel Doblado; la rehabilitación del Ferrocarril del Pacífico y de la vía férrea a México; la multiplicación de servicios aéreos y el establecimiento de la línea Talpa-Mascota-Puerto Vallarta por la Mexicana de Aviación, afirman a Guadalajara y, por extensión, a Jalisco, como centro clave de occidente, que le depara su situación geográfica, y a lo que concurre su clima, el carácter de sus gentes, sus instituciones, su desenvolvimiento en todos los órdenes. El número y calidad de fraccionamientos urbanos, el trazo regulado

de su crecimiento, la excelencia arquitectónica de sus nuevos edificios son otros tantos signos de la importancia de Guadalajara como centro de actividad social y económica.

Políticamente, al iniciarse 1959, se han obtenido estos adelantos: 1º, la implantación definitiva de los sistemas de cooperación y plusvalía para obras públicas, lo que mediante la confianza en la Administración pública centuplica las posibilidades del gasto público, fomenta la conciencia cívica y da verdadera eficacia a la legislación correspondiente; 2º, queda salvada la deuda pública del Estado y el erario dispone de *doce millones de pesos* entre existencias en efectivo y créditos garantizados debidamente, lo que permite una acción gubernativa inmediata; 3º, queda hecha la planeación general del Estado con numerosos estudios de detalle, principalmente relativos a programas de desarrollos regionales, lo que facilita una misma

acción, al margen de improvisaciones e intereses transitorios, como facilita la introducción de mejoras y el poner al día los programas relativos a problemas concretos; 4º, se ha demostrado la posibilidad y fecundidad de gobernar con el entendimiento entre individuos y grupos, pero sin predominio de facción alguna: por primera vez después de largo lapso en la historia política de la entidad se consiguió no añadir un *ismo* personalista más a la estéril pugna de parcialidades, lo que sobre haber evidenciado que no son necesarias, sino estorbosas a la obra constructiva de los regímenes democráticos, despeja el camino a la nueva Administración; 5º, es evidente el ambiente de tranquilidad y confianza pública que impera en el Estado, y que son factores políticos decisivos.

En ese ambiente queda incrementada la sociabilidad jalisciense con su variado sistema de relaciones e implicaciones, que a partir de la vida privada imprimen carácter a la vida pública. La campaña por el respeto a la vida humana y a los demás derechos del hombre y de la sociedad ha redundado en aliciente al trabajo de los ciudadanos y a su sentimiento de solidaridad y cooperación.

La vida cultural —instituciones y estímulos— en la que Jalisco cifra uno de sus legítimos orgullos, origen al mismo tiempo de su distinción y atracción, ha recibido especial impulso dirigido a la mejor consecuencia de sus fines en el destino de la entidad.

Particular énfasis debe ponerse en las posibilidades y proyecciones económicas de Jalisco. Los niveles actuales de producción son apenas un trasunto del potencial del Estado. Habrá de reconocerse que las cifras más recientes —2,581.381 toneladas de producción agrícola 9,663.739 unidades pecuarias y \$ 2,669 millones de efectos industriales en 1958—, con ser tan altas y constituir marcas nacionales las dos primeras, ni pueden interpretarse como índice de máxima productividad ni tampoco como consecuencia del mayor y mejor aprovechamiento del medio físico y de los recursos de capital y trabajo. Si bien el incremento operado en los últimos años es atribuible, en parte, a los estímulos y obras gubernamentales, lo más correcto será afirmar que los niveles de producción ahuden, directamente, al empeñoso trabajo de los jaliscienses.

Las condiciones excepcionales del temporal de Jalisco —abundante, regular, oportuno, al grado de compararsele con un sistema de riego por aspersión— habían sido causa para que se difiriese la construcción de grandes obras de retención de agua, pues la política federal en esta materia ha preferido, lejos de vigorizar las áreas ya probadas, poner énfasis en las zonas erráticas. En 1952, de las 722,376 hectáreas que se cultivaron en el Estado solo 39,323 —el 5.4%— eran de riego; el 1958, 91,793 estaban ya irrigadas; pero a pesar del esfuerzo por beneficiar 52,470 en el sexenio, el porcentaje es apenas de 8.5%, a causa de haberse elevado a 1,075,532 hectáreas la superficie total bajo cultivo. Los estudios ya hechos por los organismos especializados en grande y pequeña irrigación, bordarías y perforaciones reportan la posibilidad inmediata de beneficiar 217,277 hectáreas, con lo cual aquella proporción subiría a las áreas planas de Jalisco procedente del rellenamiento aluvial de vasos lacustres, ocurrido en la época de las precipitaciones diluviales. Al fondo de esas cuencas, en reposo sobre las rocas madres se encuentran aguas primarias que pueden liberarse para convertir en sistemas de riego acaso un millón de hectáreas, sumadas las extensiones de la región de Chapala y de los valles sucesivos del altiplano.

Pero esta y otras soluciones semejantes sólo serán posibles cuando las plantas hidroeléctricas puedan prescindir de las aguas del Lerma; esto es, cuando el suministro eléctrico no provenga básicamente de los aprovechamientos del alto Santiago —Colimilla, Las Juntas, Puente Grande—, cuyos caudales proceden de Chapala, o del Zula, o del Lerma por el canal de Ballesteros. Los presas que se construyan en el futuro abajo de la confluencia con el Verde —Paso de Guadalupe, San Cristóbal, Santa Cruz, Santa Rosa, San Pedro Anasco, Toluca, Plan de Barrancas, El Tigre, El Calabozo y Aguamilpa—, con capacidad total instalada de 770 mil Kw, retendrán otras aportaciones —del propio Verde, del Juchipila, del Bolaños, del Chapalagana— y permitirán cerrar el estrangulamiento de Poncitlán para vigorizar el acuífero del área de Chapala, remitir caudales al valle de Atemajac, por el canal conductor que ya existe, y aun aprovechar los excedentes —mediante un túnel de 4 Km a un lado del cerro de Gracia— para lavar las playas de la depresión de Zacualco, San Marcos y Sayula. Igual reposición anual de los horizontes freáticos y artesianales podría operarse en la cuenca del Ameca deteniendo sus aguas en Mal Paso, para abrir zonas de perforación en alta escala. Estos procedimientos no implican riesgo cuando las extracciones son compensadas por la abundancia del temporal que nutre los acuíferos con regularidad y abundancia.

Día llegará en que Jalisco pueda establecer la política de impedir que una sola gota de agua aprovechable se vaya al mar sin beneficio y día también en que su desarrollo tecnológico haga posible esta meta en la práctica. Para entonces, Jalisco podrá abastecer a la nación de sus principales productos alimenticios, sobre todo si a la remodelación del medio físico se asocia un surtimiento irrestricto de fertilizantes, semillas mejoradas e insecticidas; una operación oportuna del crédito y el perfeccionamiento del seguro contra todo riesgo.

Si en el campo de Jalisco se obtiene en la actualidad un poco más de una tonelada de productos agrícolas por habitante al año —y eso da idea de su capacidad económica—, es igualmente revelador el dato de que se disponga diariamente de medio litro de leche y un huevo *per capite*. Al igual que el agrícola, el valor total de aves, ganados y colmenas se duplicó en el sexenio —de \$ 620 millones en 1952 a \$ 1.160 millones en 1958—; pero esto sólo demuestra la vigorosa respuesta que ofrecen las actividades productivas a los estímulos gubernamentales, no señala las dimensiones del potencial pecuario de la entidad, ni el índice de su aprovechamiento. Los dos objetivos principales en este sentido consisten en independizar al gran establo alteño de los riesgos del temporal, mediante la conexión entre su precario habitat y las áreas agrícolas que lo circundan, proveedoras de pajas y forrajes; y en cobrar conciencia de que las reses —y en general los hatos— son de hecho el primer elemento colonizador; penetran profundamente en las áreas despobladas, moviéndose de por sí en el sentido de las rutas de pasto y ramoneo. La obtención de planos de origen fotogramétrico aéreo de grandes extensiones conduce a la zonificación agrológica, a la localización de aguajes y al planeamiento, entre otras actividades, de una ganadería segura y próspera.

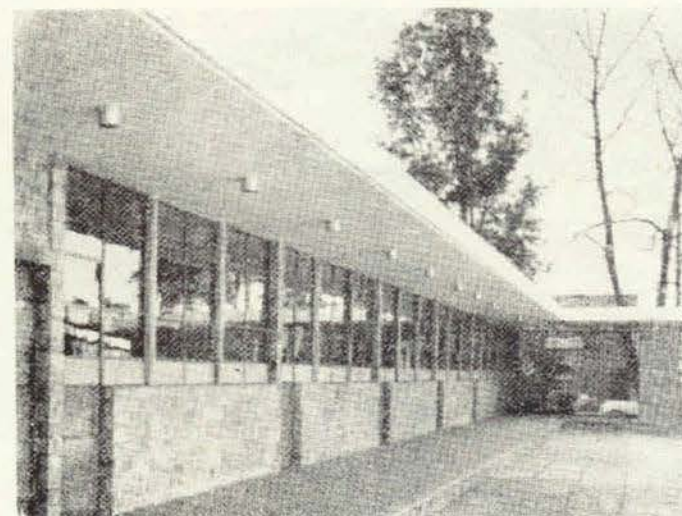
Planeación con semejantes objetivos de incremento ganadero fue esbozado para las altas mesetas del antiguo cantón de Colotlán —donde los indios huicholes deben consagrar la confirmación legal de sus tierras con la ocu-



Don Jaime Torres Bodet, inaugura el 31 de enero de 1960 y en representación del Presidente de la República, el servicio eléctrico de una población jalisciense.



Planta de tratamiento de Semillas Mejoradas, para impulsar el "Plan Agrícola Jalisco" del actual sexenio.



Escuela "Lic. Primo de Verdad y Ramos" inaugurada en febrero de este año por el gobernador Gil Preciado.

pación física de éstas— y puesta en obra en la región de la Costa, en donde la propagación de zacates de alto rendimiento y el mateo de especies forestales asegura la regeneración de las gigantescas extensiones de lomerío con monte bajo. Crecen, además, en esta zona, por abajo de los 300 m de altitud, un millón de árboles de capomo, por obra de cuyas hojas y fruto en tres meses llenan los animales sus carnes y lustran su piel. A esto se añaden las mesetas serranas del centro del Estado —Atemajac de Brizuela, Tapalpa, Concepción de Buenos Aires, La Manzanilla, Mazamitla—, cuenca lechera en que se funda el abastecimiento de nuevas plantas industriales; y aun los recientes, incipientes distritos de riego del bajo Lerma, como en del valle alto de La Barca, proyectados para la siembra en gran escala de alfalfa y el mantenimiento consiguiente de fuertes haberes vacunos estabulados. Los . . . 2 033 156 cabezas actuales de esta especie —eran 1 408 650 en 1952— podrán seguir reproduciéndose a ritmo aún más acelerado, según se consigan los objetivos previstos.

El incremento de la producción agrícola y pecuaria obedece, en cierta medida, a la mecanización de los procedimientos del trabajo —9 766 unidades mecánicas en 1952; 12 451, en 1957—, ocurriendo la expansión de estas actividades a una velocidad inferior a la del crecimiento demográfico. Estas dos circunstancias generan en el campo un excedente de mano de obra no ocupada, que periódicamente emigra en busca de formas estables, aunque transitorias, de subsistencia. Son 90 209 individuos, en promedio, los que cada año abandonan Jalisco —y aun el país— en busca de un ingreso no sujeto a las contingencias de su actividad habitual. La cifra es gravemente reveladora de los índices de desocupación y pobreza que califican a ese vasto sector, representativo de nuestro tiempo, que ha sido desplazado del agro y que no es absorbido todavía por la industria: de cada 100 jaliscienses en aptitud de trabajar, el Estado prescinde de 17 por falta de oportunidades de empleo remunerativo. El bracerismo viene a ser, de este modo, producto de la ruptura del equilibrio que ha de mantener en relación fecunda la población, el territorio y los medios de trabajo.

A la contradicción que supone el desarrollo desigual de los sectores de la economía —expansión frente a desempleo, mayor oferta de productos junto a menor demanda de trabajo— debe añadirse de modo irregular como la población y la producción se distribuyen en el territorio de Jalisco: en el 19.5% de la superficie total del Estado se aloja al 48.1% de la población económicamente activa, que a su vez genera el 28.1% de la agricultura, el 30.3% de la ganadería y el 77.3% de la industria. Pero a esta situación se sobrepone un tercer desajuste: el de estos factores respecto de los recursos naturales. Mientras en la región de la Costa, que aloja el más grande volumen de materias primas industrializables, la densidad demográfica es de 5.26 habitantes por Km², en la región de Los Altos, donde las posibilidades de existencia están gravemente menguadas, la proporción es de 35 personas. Suma de estas tres contradicciones es el desequilibrio que supone un desarrollo insuficiente frente a una promisoriosa expansión interior ciertamente venturosa.

La expansión de Jalisco y la corrección de sus inventerados y graves desajustes económicos se inició durante la administración del Lic. Agustín Yáñez. Se puso entonces énfasis en dos objetivos: uno, asegurar a Jalisco el suministro de energía, cuyas restricciones periódicas, efecto de una incoordinada operación de la cuenca Lerma-Chapala-

han originado colapsos parciales e impedido el industrial en gran escala; y, el otro, ligar las producción ya instituidas con las fuentes pro- de materias básicas y transformables. A lo uno se siempre en coordinación con las dependencias no Federal, pues no hubo en esto ni regionalis- arcialidades— estableciendo en Guadalajara la ptora de Petróleos Mexicanos, terminal del oleo- Salamanca; formulando la ponencia sobre el pro- trico y la recuperación del Lago de Chapala, en 1955, que puso término a la crisis y de cuyo provino, en términos de emergencia, una inver- 6 millones en tres años; y asegurando a la ciudad a provisión de agua potable hasta para 3 mi- abilitantes. Y a lo otro, ejecutando un vasto plan icaciones —663 Km de carreteras y 1 125 de ecinales—; acometiendo los programas de des- la región de la Costa y dejando las bases teóri- peración para rehabilitar Los Altos.

dicios de la actividad industrial contemporánea pero también de su lento ritmo de desarrollo, nos de gasolina —135 millones de litros en 1952, en KwH en aquel año, 287 millones en éste—: nes en 1957— y de energía eléctrica —184 l de incremento en un caso y 12% en el otro. en general, del crecimiento normal de las in- sistentes, no de la creación de nuevas unidades. El sexenio, la Comisión de Fomento Industrial a sólo 86 expedientes de franquicias fiscales a nuevas, ampliadas o modernizadas. Las inver- tegidas montan a \$133 342 000.00, que equi- .2% del capital total en ese ramo; y el número s, al 1.2% de las 7 029 que actualmente

tiene las máximas posibilidades de avance en a: situado al centro del occidente del país, es r de efectos industriales para todo el noroeste, arit hasta Baja California; o bien, por la ruta l norte, desde Aguascalientes hasta Chihuahua; a las economías zonales de San Luis Potosí, el choacán y Colima; y aun exporta materias bá- rcancias a la capital y al extranjero. Sus prin- dustrias —de aceites, grasas y jabones; de azú- illo y alcohol; minera, zapatera, alimenticia, me- til, tequilera, mueblera, de la construcción, del ámica, médica, forestal— obtienen en la propia s materias transformables y cuentan con ampli- ervas, extraordinariamente variadas, abundantes y as: minerales industriales en el sur, preciosos en o metálicos en montañas y valles; la mejor agri- México, la ganadería más numerosa, el tem- constante; un litoral de 300 Km poblado de cios marinas, vasos lacustres, masas forestales o a las maderas duras del trópico—; una selva y sustancias en la flora inculta, un millón de ríos no domeñados; y una empeñosa población, a la modernidad, fiel a la más rica tradición s, dispuesta a protestar por el trabajo.

ualización sucesiva de tan vastas posibilidades ersión de potencia en acto— estriba en proseguir ada firmeza la política de acrecentar las fuentes t y vigorizar el desarrollo regional dentro de e conjunto. Nada más grave podrá acontecer a e el abandono de esta política, o su diferición, ulo.



El Lic. Luis Quintanilla, del Instituto Nacional de la Vivienda, visita, con el gobernador Gil Preciado, la Biblioteca Pública de Guadalajara.



El culto a los creadores de la patria. Inauguración del monumento a don Venustiano Carranza.



Puente sobre una de las carreteras abiertas al tránsito durante el actual sexenio gubernamental.

CIEN AÑOS en el Gobierno de *JALISCO*

Texto tomado del diario "El Informador" de Guadalajara, en su edición del 5 de octubre de 1952.

GENERAL PEDRO VALADEZ.—De 24 a 26 de mayo de 1860.

GENERAL ADRIAN WOLL.—De 27 de mayo a 26 de junio de 1860.

GENERAL SEVERO DEL CARTILLO.—De 27 de junio a 2 de noviembre de 1860.

LIC. PEDRO OGAZON.—De 2 de noviembre de 1860 a 31 de junio de 1861.

LIC. IGNACIO LUIS VALLARTA.—De 1º de agosto a 1º de septiembre de 1861.

LIC. PEDRO OGAZON.—De 2 de septiembre a 23 de diciembre de 1861.

LIC. IGNACIO LUIS VALLARTA.—De 23 de diciembre de 1861 a 11 de febrero de 1862.

LIC. PEDRO OGAZON.—De 12 de febrero a 14 de noviembre de 1862.

GENERAL MANUEL DOBLADO.—De 15 de noviembre a 5 de diciembre de 1862.

LIC. JESUS LOPEZ PORTILLO.—De 6 a 17 de diciembre de 1862.

GENERAL MANUEL DOBLADO.—De 18 de diciembre de 1862 a 6 de enero de 1863.

LIC. PEDRO OGAZON.—De 7 de enero a 27 de junio de 1863.

GENERAL JOSE MARIA ARTEAGA.—De 28 de junio de 1863 a 3 de enero de 1864, en Guadalajara, y de 4 de enero a 24 de julio del mismo año, en otros lugares del Estado: Sayula, hacienda de El Cabezón, Cocula y Atemajac de Brizuela.

GENERAL ANACLETO HERRERA Y CAIRO.—De 24 de julio a septiembre de 1864, en Sayula.

LIC. JOSE MARIA GUTIERREZ HERMOSILLO.—De septiembre a octubre de 1864, en Sayula.

GENERAL ROMULO DIAZ DE LA VEGA.—De 7 de enero a 7 de agosto de 1864, en Guadalajara, lo mismo que los siguientes:

DOMINGO LLAMAS.—De 8 de agosto a 11 de diciembre de 1864 a 7 de mayo de 1865.

GENERAL MARIANO MORETT.—De 12 de diciembre de 1864 a 7 de mayo de 1865.

LIC. JESUS LOPEZ PORTILLO.—De 8 de mayo a 31 de diciembre de 1865.

GENERAL MARIANO MORETT.—De 1º de enero a últimos de abril de 1866.

LIC. TEODORO MARMOLEJO.—De últimos de abril a agosto de 1866.

GENERAL FRANCISCO GUTIERREZ.—De agosto a octubre de 1866.

LIC. TEODORO MARMOLEJO.—En octubre de 1866.

LIC. JUAN C. JONTAN.—En noviembre y diciembre de 1866.

GENERAL FRANCISCO GUTIERREZ.—En diciembre de 1866, hasta el día 19.

CORONEL EULOGIO PARRA.—De 21 a 26 de diciembre de 1866.

CORONEL DONATO GUERRA.—De 27 de diciembre de 1866 a 16 de enero de 1867.

ANTONIO GOMEZ CUERVO.—De 16 de enero de 1867 a 17 de mayo de 1868.

LIC. EMETERIO ROBLES GIL.—De 18 de mayo de 1868 a 1º de marzo de 1869.

ANTONIO GOMEZ CUERVO.—De 2 de marzo de 1869 a 17 de enero de 1870.

CORONEL FLORENTINO CARRILLO.—De 17 de enero a 6 de abril de 1870.

ANTONIO GOMEZ CUERVO.—De 6 de abril de 1870 a 28 de febrero de 1871.

LIC. JESUS CAMARENA.—De 11 a 12 de junio de 1870. —(Al mismo tiempo que Gómez Cuervo).

LIC. AURELIO HERMOSO.—De 13 de junio de 1870 a 28 de febrero de 1871.—(Al mismo tiempo que Gómez Cuervo).

LIC. JESUS CAMARENA.—De 1º de marzo a 15 de julio de 1871.

LIC. IGNACIO LUIS VALLARTA.—De 27 de septiembre de 1871 a 28 de febrero de 1875.

LIC. JOSE LEANDRO CAMARENA.—De 1º de marzo de 1875 a 9 de febrero de 1876.

GENERAL JOSE CEBALLOS.—De 9 de febrero a 24 de noviembre de 1876.

CORONEL LEOPOLDO ROMANO.—De 25 de noviembre de 1876 a 6 de enero de 1877.

LIC. FERMIN GONZALEZ RIESTRA.—De 1º de marzo de 1879 a 4 de febrero de 1882.

LIC. ANTONIO I. MORELOS.—De 5 de febrero a 26 de mayo de 1882.

PEDRO LANDAZURI.—De 26 de mayo de 1882 a 28 de febrero de 1883.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 1º de marzo a 9 de septiembre de 1883.

MAXIMIANO VALDOVINOS.—De 10 de septiembre a 1º de octubre de 1883.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 2 de octubre de 1883 a 30 de abril de 1884.

MAXIMIANO VALDOVINOS.—De 1º a 17 de mayo de 1884.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 18 de mayo a 22 de diciembre de 1884.

MAXIMIANO VALDOVINOS.—De 23 de diciembre de 1884 a 5 de enero de 1885.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 6 de enero a 5 de julio de 1885.

MAXIMIANO VALDOVINOS.—De 6 a 23 de julio de 1885.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 24 de julio de 1855 a 1º de febrero de 1886.

MAXIMIANO VALDOVINOS.—De 2 a 23 de febrero de 1886.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 24 de febrero a 27 de mayo de 1886.

MAXIMIANO VALDOVINOS.—De 28 de mayo a 7 de junio de 1886.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 8 de junio a 20 de octubre de 1886.

MAXIMIANO VALDOVINOS.—De 21 de octubre a 3 de noviembre de 1886.

GENERAL FRANCISCO TOLENTINO.—De 4 de noviembre de 1886 a 28 de febrero de 1887.

GENERAL RAMON CORONA.—De 1º de marzo a 22 de septiembre de 1887.

LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 23 de septiembre a 23 de noviembre de 1887.

GENERAL RAMON CORONA.—De 24 de noviembre de 1887 a 17 de marzo de 1888.

LIC. JUAN G. ROBLES.—De 17 a 18 de marzo de 1888.

GENERAL PEDRO A. GALVAN.—De 19 a 31 de marzo de 1888.

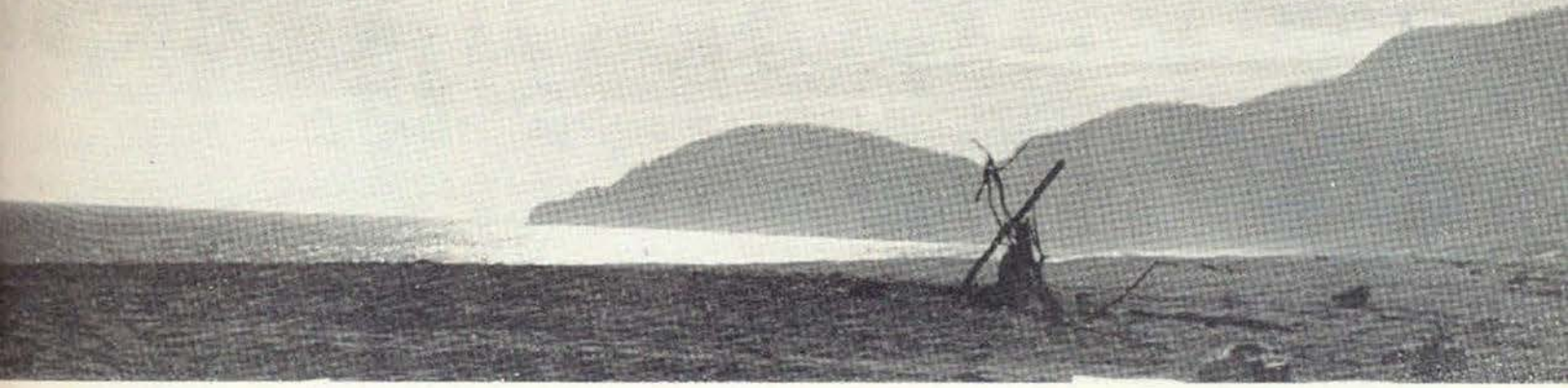
GENERAL RAMON CORONA.—De 1º de abril de 1888 a 9 de enero de 1889.

INGENIERO MARIANO BARCENA.—De 10 a 24 de enero de 1889.

GENERAL RAMON CORONA.—De 25 de enero a 21 de marzo de 1889.

INGENIERO MARIANO BARCENA.—De 22 a 31 de marzo de 1889.

GENERAL RAMON CORONA.—De 1º de abril a 11 de noviembre de 1889.



Playa en Puerto Vallarta, de la costa jalisciense.

LIC. VENTURA ANAYA Y ARANDA.—De 11 a 12 de noviembre de 1889.
 INGENIERO MARIANO BARCENA.—De 13 de noviembre de 1889 a 6 de mayo de 1890.
 LIC. VENTURA ANAYA Y ARANDA.—De 7 a 30 de mayo de 1890.
 INGENIERO MARIANO BARCENA.—De 31 de mayo a 21 de octubre de 1890.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 22 de octubre de 1890 a 28 de febrero de 1891.
 GENERAL PEDRO A. GALVAN.—De 1º de marzo a 5 de abril de 1891.
 MIGUEL GOMEZ.—De 6 a 22 de abril de 1891.
 GENERAL PEDRO A. GALVAN.—De 23 de abril a 17 de diciembre de 1891.
 CORONEL FRANCISCO SANTA CRUZ.—De 18 de Diciembre de 1891 a 17 de abril de 1892.
 GENERAL PEDRO A. GALVAN.—De 18 de abril a 20 de noviembre de 1892.
 CORONEL FRANCISCO SANTA CRUZ.—De 21 de noviembre de 1892 a 2 de marzo de 1893.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 2 de marzo a 8 de noviembre de 1893.
 CORONEL FRANCISCO SANTA CRUZ.—De 9 a 16 de noviembre de 1893.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 17 de noviembre de 1893 a 10 de mayo de 1894.
 GENERAL GREGORIO SAAVEDRA.—De 11 de mayo a 10 de junio de 1894.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 11 de junio a 18 de agosto de 1894.
 GENERAL GREGORIO SAAVEDRA.—De 19 a 27 de agosto de 1894.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 28 de agosto de 1894 a 19 de febrero de 1895.
 GENERAL GREGORIO SAAVEDRA.—De 20 a 28 de febrero de 1895.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 1º de marzo a 17 de junio de 1895.
 GENERAL GREGORIO SAAVEDRA.—De 18 a 27 de junio de 1895.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 28 de junio a 18 de agosto de 1895.
 LIC. EMILIANO ROBLES.—De 20 a 22 de agosto de 1895.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 23 de agosto de 1895 a 14 de marzo de 1896.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 15 a 30 de marzo de 1896.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 31 de marzo a 18 de mayo de 1896.
 GENERAL GREGORIO SAAVEDRA.—De 18 de mayo a 2 de junio de 1896.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 3 de junio a 4 de noviembre de 1896.
 GENERAL GREGORIO SAAVEDRA.—De 5 a 13 de noviembre de 1896.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 14 de noviembre de 1896 a 11 de junio de 1897.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 12 a 21 de junio de 1897.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 22 de junio a 1º de diciembre de 1897.

GENERAL GREGORIO SAAVEDRA.—De 2 a 18 de diciembre de 1897.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 19 de diciembre de 1897 a 30 de marzo de 1898.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 31 de marzo a 5 de abril de 1898.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 6 de abril de 1898 a 25 de enero de 1899.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 26 de enero a 28 de febrero de 1899.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 1º de marzo a 25 de mayo de 1899.
 AMADO RIVAS.—De 26 de mayo a 12 de junio de 1899.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 13 de junio a 18 de agosto de 1899.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 19 de agosto a 30 de septiembre de 1899.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 1º de octubre de 1899 a 7 de mayo de 1900.
 JOSE L. GARCIA.—De 8 a 28 de mayo de 1900.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 29 de mayo a 29 de noviembre de 1900.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 30 de noviembre a 27 de diciembre de 1900.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 28 de diciembre de 1900 a 16 de abril de 1901.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 17 a 30 de abril de 1901.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 1º de mayo a 17 de octubre de 1901.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 18 de octubre a 2 de noviembre de 1901.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 3 de noviembre a 5 de diciembre de 1901.
 AMADO RIVAS.—De 6 a 16 de diciembre de 1901.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 17 de diciembre de 1901 a 26 de febrero de 1902.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 28 de agosto a 18 de octubre de 1902.
 LIC. GENERAL LUIS C. CURIEL.—De 19 de octubre de 1902 a 9 de enero de 1903.
 CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 1º de marzo a 13 de abril de 1903.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 14 a 28 de abril de 1903.
 CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 28 de abril a 21 de agosto de 1903.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 22 de agosto a 14 de septiembre de 1903.
 CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 15 de septiembre de 1903 a 8 de mayo de 1904.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 9 de mayo a 10 de junio de 1904.
 CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 11 de junio a 5 de noviembre de 1904.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 6 de noviembre a 27 de diciembre de 1904.
 CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 28 de diciembre de 1904 a 18 de agosto de 1905.
 DR. JUAN R. ZAVALA.—De 19 de agosto a 17 de octubre de 1905.
 CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 18 de octubre de 1905 a 10 de marzo de 1906.

DR. JUAN R. ZAVALA.—De 11 de marzo a 1° de abril de 1906.

CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 2 de abril a 20 de junio de 1906.

DR. JUAN R. ZAVALA.—De 21 de junio a 9 de julio de 1906.

CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 10 de junio de 1906 a 5 de febrero de 1907.

DR. JUAN R. ZAVALA.—De 6 a 28 de febrero de 1907.

CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 1° de marzo de 1907 a 2 de agosto de 1908.

DR. JUAN R. ZAVALA.—De 3 de agosto a 14 de septiembre de 1808.

CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 15 de septiembre de 1908 a 1° de mayo de 1909.

LIC. RAFAEL LOPEZ.—De 2 a 10 de mayo de 1909.

CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 11 de mayo de 1909 a 2 de enero de 1910.

DR. JUAN R. ZAVALA.—De 3 a 15 de enero de 1910.

CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 16 de enero a 3 de agosto de 1910.

DR. JUAN R. ZAVALA.—De 4 a 30 de agosto de 1910.

CORONEL MIGUEL AHUMADA.—De 31 de agosto de 1910 a 24 de enero de 1911.

DR. JUAN R. ZAVALA.—De 25 de enero a 28 de febrero de 1911.

MANUEL CUESTA GALLARDO.—De 1° de marzo a 19 de abril de 1911.

LIC. EMILIANO ROBLES.—De 20 a 22 de abril de 1911.

MANUEL CUESTA GALLARDO.—De 23 de abril a 24 de mayo de 1911.

LIC. DAVID GUTIERREZ ALLENDE.—De 24 de mayo a 31 de julio de 1911.

ING. ALBERTO ROBLES GIL.—De 1° de agosto de 1911 a 22 de octubre de 1912.

LIC. JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.—De 23 de octubre de 1912 a 10 de febrero de 1914.

GENERAL DE CUERPO DE EJERCITO, JOSE M. MIER.—De 10 de febrero a 7 de julio de 1914.

GENERAL MANUEL M. DIEGUEZ.—De 8 de julio a 16 de diciembre de 1914.

LIC. MANUEL AGUIRRE BERLANGA.—En 23 de septiembre y 5 de noviembre de 1914 fue designado por el anterior para sustituirlo, en sendas ausencias.

GENERAL JULIAN C. MEDINA.—De 17 de diciembre de 1914 a 18 de enero de 1915.

GENERAL MANUEL M. DIEGUEZ.—De 18 de enero a 12 de febrero de 1915.

GENERAL FRANCISCO VILLA.—De 13 a 17 de febrero de 1915.

GENERAL JULIAN MEDINA.—De 18 de febrero a 17 de abril de 1915.

GENERAL MANUEL M. DIEGUEZ.—De 18 de abril de 1915 a 20 de septiembre de 1917.

LIC. MANUEL AGUIRRE BERLANGA.—En 23 de abril de 1915 fue designado por el anterior para sustituirlo en una ausencia.

LIC. TOMAS LOPEZ LINARES.—En 9 y 23 de junio, 18 de septiembre, 17 de noviembre y 22 de diciembre de 1916 fue designado por el general Diéguez para sustituirlo en sendas ausencias.

LIC. EMILIANO DEGOLLADO.—En 11 de julio de 1917 fue designado para sustituir al general Diéguez en una ausencia, y luego actuó sin solución de continuidad de 20 de septiembre del mismo año a 24 de febrero de 1918.

MANUEL BOUQUET JR.—De 24 de febrero a 28 de febrero de 1919.

LUIS CASTELLANOS Y TAPIA.—De 1° de marzo de 1919 a 11 de mayo de 1920.

LIC. FRANCISCO H. RUIZ.—En 11 de noviembre de 1919 y 1° y 16 de febrero de 1920 fue designado para sustituir al anterior en sendas licencias.

LIC. IGNACIO RAMOS PRASLOW.—De 17 de mayo a 19 de julio de 1920.

ING. FRANCISCO LABASTIDA IZQUIERDO.—De 19 de julio de 1920 a 28 de febrero de 1921.

PROF. BASILIO VADILLO.—De 1° de marzo de 1921 a 17 de marzo de 1922.

ANTONIO VALADEZ RAMIREZ.—De 18 de marzo de 1922 a 28 de febrero de 1923.

LIC. JOSE BARBA Y ANAYA.—Sustituyó al anterior en cortas licencias.

JOSE G. ZUNO.—De 1° de marzo a 7 de diciembre de 1923.

GRAL. AURELIO SEPULVEDA.—De 15 de enero a 10 de febrero de 1924.

JOSE G. ZUNO.—De 11 de febrero de 1924 a 23 de marzo de 1926.

LIC. CLEMENTE SEPULVEDA.—De 24 de marzo a 23 de julio de 1926.

LIC. SILVANO BARBA GONZALEZ.—De 29 de julio de 1926 a 28 de febrero de 1927.

LUIS R. CASTILLO.—Sustituto del anterior en cortas licencias.

ESTEBAN LOERA.—Lo mismo que el anterior.

ENRIQUE CUERVO.—Igual al anterior.

LIC. DANIEL BENITES.—De 1° de marzo a 22 de abril de 1927.

MARGARITO RAMIREZ.—De 23 de abril de 1927 a 7 de agosto de 1929.

LIC. JOSE MANUEL CHAVEZ.—Sustituto del anterior en cortas licencias.

JUAN C. GARCIA.—Igual que el anterior.

JOSE MARIA CUELLAR.—De 8 de agosto de 1929 a 11 de julio de 1930.

GRAL. RUPERTO GARCIA DE ALBA.—De 12 de julio de 1930 a 28 de febrero de 1931.

CORL. IGNACIO DE LA MORA.—De 1° de marzo a 7 de septiembre de 1931.

SAUL GOMEZ PEZUELA.—De 7 a 11 de septiembre de 1931.

JUAN DE DIOS ROBLEDO.—De 25 a 30 de septiembre de 1911.

ELISEO R. MORALES.—De 28 a 30 de septiembre de 1931.

JUAN DE DIOS ROBLEDO.—De 1° a 14 de octubre de 1931.

JOSE MARIA CEBALLOS.—De 14 a 16 de octubre de 1931.

a 21 de marzo de 1932.

JUAN DE DIOS ROBLEDO.—De 17 de octubre de 1931

LIC. SEBASTIAN ALLENDE.—De 1° de abril de 1932 a 28 de febrero de 1935.

LIC. CARLOS GUZMAN Y GUZMAN.—Sustituto del anterior en cortas licencias.

LIC. IGNACIO JACOBO.—Igual que el anterior.

EVERARDO TOPETE.—De 1° de marzo de 1935 a 28 de febrero de 1939.

LIC. IGNACIO JACABA.—Sustituto del anterior en cortas licencias.

LIC. JUAN AVIÑA LOPEZ.—Igual que el anterior.

LIC. CLEMENTE SEPULVEDA.—Asimismo igual que el anterior.

LIC. MIGUEL GUEVARA.—También igual que el anterior.

LIC. SILVANO BARBA GONZALEZ.—De 1° de marzo de 1939 a 28 de febrero de 1943.

LIC. VITORES PRIETO.—sustituto del anterior en cortas licencias.

LIC. ALBERTO FERNANDEZ. Igual que el anterior.

LUIS ALVAREZ DEL CASTILLO.—Asimismo igual que el anterior.

GRAL. MARCELINO GARCIA BARRAGAN.—De 1° de marzo de 1943 a 17 de febrero de 1947.

LIC. SATURNINO CORONADO.—De 17 a 28 de febrero de 1947.

LIC. J. JESUS GONZALEZ GALLO.—De 1 de marzo de 1947 a 5 de noviembre de 1949.

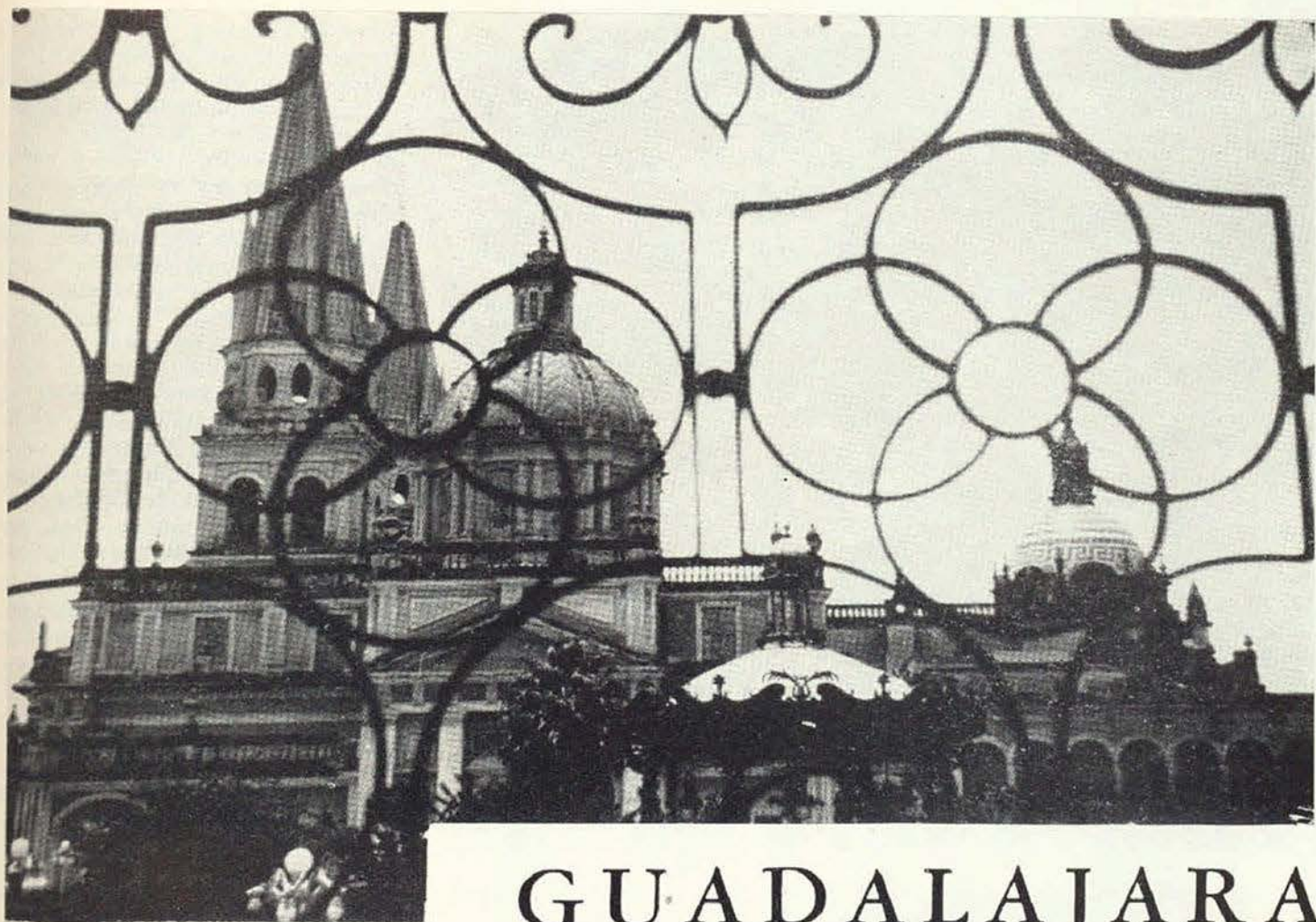
LIC. CARLOS G. GUZMAN.—De 6 a 13 de noviembre de 1949.

LIC. J. JESUS GONZALEZ GALLO.—De 14 de noviembre de 1949 a la fecha (5 de octubre de 1952.—Su período constitucional vence el 28 de febrero de 1953, siendo el primero sexenal).

LUIS R. CASTILLO.—Sustituto del anterior en cortas licencias.

LIC. AGUSTIN YAÑEZ.—Del 1° de marzo de 1953, al 28 de febrero de 1958.

PROFR. JUAN GIL PRECIADO.—Del 1° de marzo de 1958 a la fecha.



GUADALAJARA DE NUEVA GALICIA

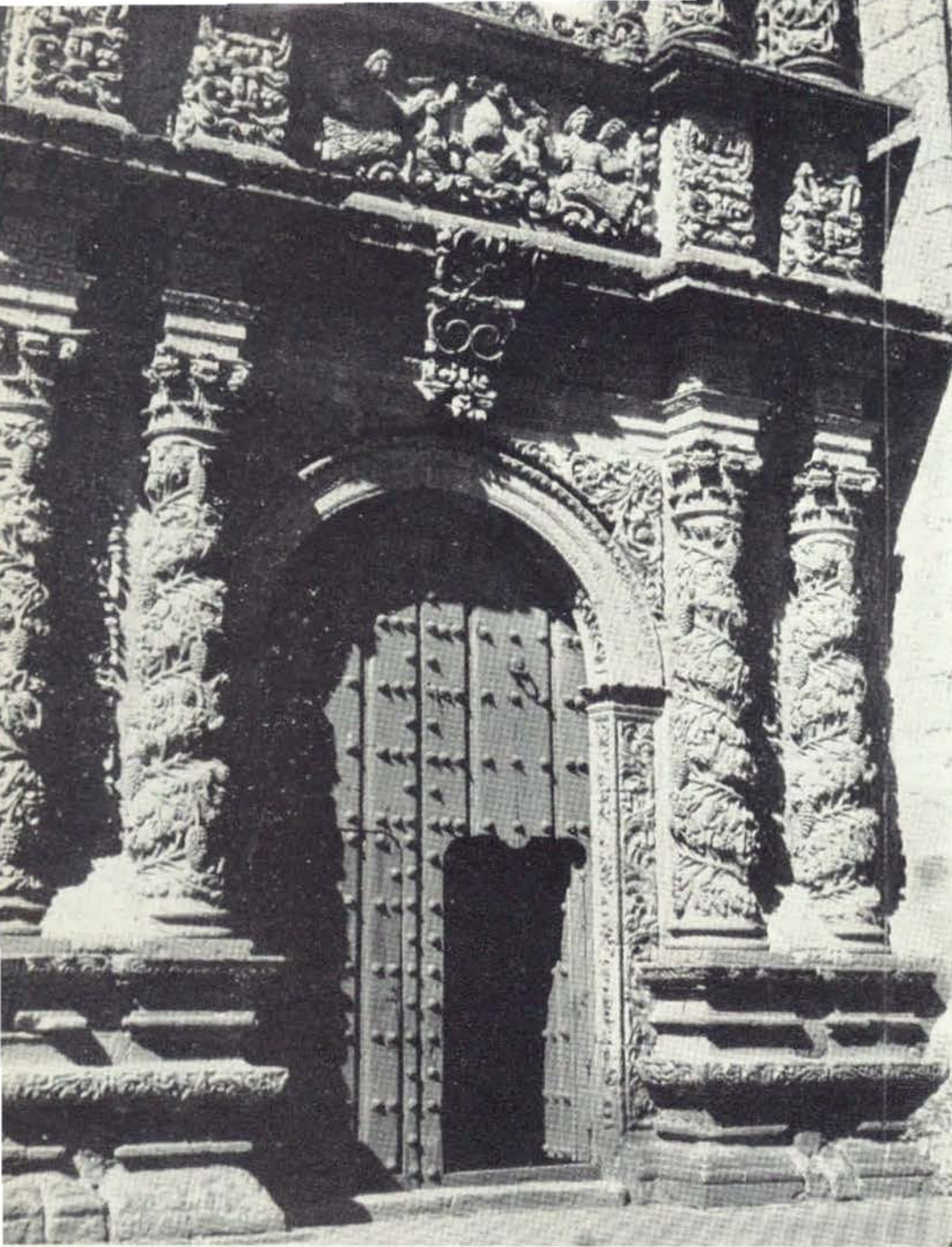
Por Emmanuel CORONISTA.

POCAS CIUDADES han tenido, como Guadalajara, un principio tan lleno de inestabilidad, zozobra y expectación, como si su destino, que por fortuna cambiaron buenos hados, pareciera anunciarse trágico por los incidentes que acompañaron a su fundación. Después de la entrada del fiero Nuño Beltrán de Guzmán, a sangre y fuego, a tierras de Michoacán, y de llegar y pasar a tierras del actual Estado de Jalisco hasta Sinaloa, consideró conveniente fundar dos ciudades, Compostela y Guadalajara, y contra la opinión de sus compañeros de armas, eligió para su asiento a Nochistlán, en donde, en 1531 Juan de Oñate cumplió la honrosa comisión. Mas allí no fue posible perdurar, rodeada como había quedado la ciudad por los belicosos caxcanes, por lo que empezó aquel andar

de un lado para otro, de manera que en 1533, la "Villa de Guadalajara" se pasó a Tonalá, en donde sólo duró dos años, pues en 1535 ya estaba en Tlacotlán, aunque ni en este sitio pudo continuar, ya que en 1541 se pasaba a un nuevo lugar en el valle de Atemajac: nuevo asiento determinado por voluntad de mujer, que si no ha sido por la decisión de la brava Beatriz Hernández, que se había distinguido en la defensa de la villa y sus moradores cuando la acometida de los indios en 1541, en Tacotlán, quizá allí hubiera terminado aquel peregrinar, pues viendo tantos peligros y que en ningún punto habían podido durar, buena parte de los pobladores ya "eran de parecer que se fuesen a México, y dejasen la tierra".

Fue buena elección la de Juan del Camino, uno de los encomendados de

buscar dónde hacer la nueva "puebla", después de Tacotlán, no tanto porque el valle elegido, por ser amplio, fuera "más acomodado para correr si viniesen los enemigos", sino por la abundancia de agua y porque la tierra "es de piedra pómez, de cuya causa jamás hay en ella lodos, por mucho que llueva". Había prisa. Inmediatamente se "trazó la ciudad y se repartieron solares para todos los vecinos". Fueron éstos, según el empadronamiento hecho, "seis extremeños, diez y seis castellanos, once vizcaínos, trece andaluces, nueve montañeses y siete portugueses". El 14 de febrero de 1542 ya hubo autoridades y al día siguiente, vuelto el Virrey Antonio de Mendoza de la campaña contra los indios, puso la primera piedra de los cimientos de la nueva ciudad. El mismo año, en agosto, se pregonaba la



La maravillosa fachada de "Santa Mónica" en Guadalajara.

cédula real en que se concedía título de ciudad y escudo de armas a Guadalajara, expedida desde 1539 por Carlos V.

Aunque de accidentado y humilde principio, fue creciendo y progresando la ciudad, al punto de que en 1560 se ordenó el cambio de la capital del reino de Nueva Galicia, que lo era Compostela, a Guadalajara, trasladándose también la silla episcopal. Fue necesario construir Catedral, por

lo que el Obispo Pedro de Ayala puso la primera piedra en 1561.

Hubo Colegio Seminario y Colegio de niños desde 1571, pero debió haberse contado con maestros particulares para los hijos de los españoles, como sucedió en México antes de la fundación de la Universidad, ya que algunos de sus "vecinos" eran gente dada a las letras, como aquel Juan Bautista Corvera "soldado toledano", "vecino de Guadalajara y dueño de

minas en Comanja", que en 1551 vio "representar ante el Virrey y el Arzobispo una Comedia suya, Pastoral, por lo que es, hasta hoy, el más antiguo autor teatral de la Nueva España, cuyo nombre conocemos de seguro"; mismo que en México "llegó a escribir Chanzonetas y motetes para la iglesia Mayor; que acudió con versos para las Honras de Carlos V, aunque los suyos no se imprimieron" (1559), y en 1563 "ocasionó que se le procesara como judaizante", por haber participado en contestar la "Pregunta" sobre la Ley de Moisés; "re-cuesta" iniciada por Ganzález de Eslava y Francisco de Terrazas, y en que intervino también Pedro de Ledesma, igualmente "vecino de Guadalajara", —si no es un homónimo—, que respondió con "la pieza más cabal del Debate".

No era pues Guadalajara en aquella época inicial, la "inculta y vil aldea", como parece haberla llamado Juan de la Cueva, —el que ha quedado ligado a nuestra historia literaria por sus "Epístolas" escritas desde México ensalzando la ciudad—, que tal vez haya conocido la capital de Nueva Galicia entre 1575 y 1577, para visitar a su hermano el Arcediano.

Menos aún tenía razón el "preceptista del Ejemplar Poético", si consideramos que en ella se formó el gran poeta Bernardo de Balbuena, "el verdadero patriarca de la poesía americana", cuyo padre, del mismo nombre, Secretario de la Audiencia desde 1549, lo trajo de España de edad de dos años, hacia 1564, y en Guadalajara hizo la mayor parte de sus estudios y se ordenó sacerdote hacia 1586, siendo designado posteriormente, en 1592, Capellán de la propia Audiencia.

Versificador fino y conceptuoso, que denota asimismo que en Guadalajara se hacía una vida intelectual activa, es el poeta Florián Palomino, quien en el legajo de la Denuncia que se hace al Santo Oficio en 1591, de las "coplas" hechas por él, prueba ser digno de alternar con los sonetistas que se incluyeron en las "Flores de varia poesía", de 1577, "casi todos de la escuela sevillana".

Bien está que entre 1606 y 1607 no había aún "estudio ni universidad", sólo se leía "latín y retórica en el Colegio de la Compañía", fundado como Colegio de Santo Tomás desde 1587.

En menos de cien años, los habitantes españoles habían crecido con ritmo lento, ya que hacia los años citados había "ciento setenta y tres vecinos, que viven continuamente en ella, casi los más hombres de plaza y hábito cortesano; hay entre mujeres, hijos e hijas de estos vecinos, más de quinientas personas españolas". Había más de quinientos mulatos y negros esclavos para el servicio común y otro tanto libres; a éstos se añadían los indios que vivían en los barrios como Mexicaltzingo y Analco, poblado "de indios de muchas naciones, en especial de la mexicana".

La tierra era fecunda y se producía abundante trigo, maíz, cebada y gran variedad de legumbres. Aunque el clima es caluroso en verano, las abundantes lluvias lo hacían soportable, pero esto también dio ocasión a que se desarrollara una flora tan abundante y variada que pronto distinguió a la ciudad, pues en ésta se producía y produce "la rosa que llaman de Castilla, la azucena, nardo y pebete . . . claveles de todos colores, amapolas diversas, lirios y adormideras, alelíes, retamas, mastuerzos, jasmínes de la Arabia, de China y propios de la tierra; la célebre flor del narciso, caracoles y la misteriosa de la granadilla, rosa de San Juan . . . girasol, tzempazúchil, maravillas y yerbas en abundancia, como silvestres; y por ser los

aires puros y el temperamento seco, despide la rosa y demás flores, y comunica más suave fragancia. . . y otra se advierte en los huertos, que sólo de noche comunica su fragancia, de la que llena toda una casa y circunvecinas, por lo que la llaman huelle de noche". Había, y sigue habiendo, "no sólo de las frutas que llaman de Castilla, sino de las de la tierra, entre las que merece el primer lugar la granada, porque las de Guadalupe exceden a todas las de América, por lo grande y dulce"; "se remiten por regalo a los señores virreyes, arzobispos y demás personas de distinción". Asimismo "raíces que brindan al gusto, como el chinchayote, que merece el primer lugar".

Ciudad de "traza delineada en cuadro", de calles bien niveladas, anchas, espaciosa plaza "de poco más de cien varas", una hermosa fuente, la iglesia catedral al norte, con "los miradores del cabildo eclesiástico" viendo hacia la plaza y dos portales "que ocupan mercaderes".

Iglesias y conventos denunciaban la religiosidad de sus pobladores, que los más oían su misa, rezaban su rosario y cometían "su pecado mortal todos

los días": cinco de los últimos correspondían a "las órdenes de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, del Carmen descalzo y de la Compañía" hacia principios del XVII.

Crecía la ciudad y su población. Si a principios del siglo XVIII los cuarteles de la ciudad eran cuatrocientos catorce y las casas "mil quinientas cuarenta y una", y las personas que se empadronaron para la comunión anual en 1737, fueron ocho mil dieciocho, diez años más tarde se podían contar de "ocho a nueve mil familias de Españoles, Mestizos y Mulatos, sin las de los Indios". Hubo Coliseo de Comedias desde 1758 y Universidad a finales del siglo, en 1792.

Esto fue, digamos, la yema, el cogollo, de la actual capital del Estado de Jalisco, cuya fecunda vida, por sí propia y porque siempre fue "puerta para el comercio de todas las provincias", la ha hecho transformarse en la ciudad que hoy vemos, que desborda el valle de su último y definitivo asiento, que parece haberse hecho más luminosa, en que aun el huelle de noche expande su aroma nocturno, y sus gentes son tan francas y acogedoras como lo fueron siempre.

De la tradicional y añorante Guadalupe: un patio colonial. A la derecha: orgullosas de la estirpe tapatía se levantan las torres del Santuario de Zapopan.





Fot. de José Verde.

Duelo por Zapata (mármol negro) por Francisco A. Marín.



Casa de la Cultura, Guadalajara.

"...En la época colonial, en la Independencia, en la Reforma —sobre todo en la Reforma— y en la Revolución, una brillante pléyade de literatos, historiadores, maestros, juristas, ideólogos y tribunos, pusieron lo mejor de sus capacidades en favor de la causa del pueblo. De esta incansable labor quedan en Jalisco y en el país todo, testimonios fehacientes y reveladores. Por eso creo interpretar el sentir nacional cuando declaro que México debe mucho de lo que es y ha sido su cultura, a los hombres nacidos y formados en esta hermosa ciudad y en todo el Estado de Jalisco".

Lic. Adolfo López Mateos,
Presidente de la República.

Palabras pronunciadas al inaugurarse el 7 de febrero de 1959, la *Casa de la Cultura Jalisciense*.

Por Jesús ARELLANO

Los juicios que se emiten en este artículo, como en otros de este número de BITACORA, son de la exclusiva competencia de sus autores.



Enrique González Martínez.

LAS LETRAS JALISCIENSES

RESULTA DIFÍCIL, debido a la premura, hacer un panorama de la literatura jalisciense; pero, la entraña que liga con el Estado natal nos anima a presentar, aunque sea en síntesis, sus principales momentos. Habrá precipitación, algunas opiniones no serán ajustables, faltarán nombres de autores y datos; todo eso sucederá porque, lejos de la patria pequeña, es imposible seguir como el corazón lo desea, las numerosas huellas de las letras de Jalisco. De todas maneras este esbozo servirá como base para otros intentos a fondo y por lo mismo completos. Desde el siglo pasado enarbolan su calidad y llegan hasta nuestros días, las inquietudes literarias, haciéndose indispensables al movimiento literario de México.

Sabido por todos es que la poesía, el cuento, la novela, el ensayo y el resto de los matices del género lite-

rario, tiene destacados representantes que luego, en la brevedad de esta nota, iremos desmenuzando.

Pero no quisiera creer que este auge fue esporádico, se debe a que los escritores del terruño lucharon incansables por hacerse oír en todos los ámbitos de la cultura. Con el movimiento insurgente nació el periodismo en Jalisco, género que fue superándose y se transformó en sociedades literarias o en revistas. Las más importantes, de entre las numerosas que se fundaron, fueron la asociación *Falange de Estudio* (1850) y la revista *la Aurora Literaria* (1851). Más tarde, y ya acusando cierta madurez, sobresalió la revista *La Alianza Literaria* (1875-1876) que lanzó valores indiscutibles como José López Portillo y Rojas, Manuel Puga y Acal, y Antonio Zaragoza. Un año después, desaparecida la anterior, surgió *La Aurora Literaria* que, además de los mencionados,

dio a conocer a Manuel Álvarez del Castillo. Extraordinario cuentista de alada prosa y originales recursos, murió cuando apenas contaba diecisiete años, dejando ya trabajos de meritoria madurez. Todas las anteriores inquietudes se dieron cima en una de las más importantes revistas que se han editado en México: *La República Literaria*. Fundada por los antes mencionados y otros prominentes hombres de pluma, circuló cada quince días desde el marzo de 1886 hasta el de 1890. De ella arranca, sin duda, la constante y benéfica participación de los literatos jaliscienses en el movimiento nacional. Antonio Zaragoza y Puga y Acal, influyeron, con sendos poemas, para que Gutiérrez Nájera escribiera su maravilloso *Pax animae* que, según afirman críticos bien enterados, originó el carácter sinfónico de los mejores poemas de Othón; así como el segundo y José María Vigil

provocaron, en algunos aspectos, el movimiento modernista. Además, en loable afán por dar salud a las letras, sostuvieron inolvidables polémicas con escritores de la ciudad de México.

Una vez abierto el camino, y al lado de éstos y otros muchos, lo siguen escritores de la talla de Pedro de Alba, crítico, pensador y político de orientación humanista. Francisco González Guerrero, crítico e historiador de nuestras letras, ha puesto en su lugar numerosas situaciones literarias. Carlos González Peña se dedicó, además de a la gramática, a historiar las letras mexicanas. Daniel Castañeda, erudito de la rima, hizo investigaciones a veces no muy afortunadas. Arturo Rivas Sáinz, teórico de la estética y a cuya pluma, sabiduría y talento se deben originales interpretaciones del fenómeno literario, defiende el prestigio de la cultura tapatía. Antonio Gómez Robledo, de honda preparación humanista, teoriza sobre política, traduce a los griegos y canta palinodias al catolicismo. José Luis Martínez, conocedor y certero cuando enjuicia el pasado es, desgraciadamente con todo su arsenal de erudición, parcial injustificado cuando se acerca al movimiento que vivimos. Alfonso de Alba, sin apartar los ojos de la provincia ha dado a conocer, a los escritores de su terruño. Enmanuel Carballo, con algunas cualidades para el ensayo crítico, se ha refugiado en el espejismo periodístico. Antonio Alatorre, erudito e inteligente, ha realizado magistrales traducciones acompañadas de respectivos ensayos, y penetrado, con fortuna, los muros de la filología. Huberto Batis, el más joven de toda esta enumeración deja entrever, en sus primeros escritos, inteligencia y perspicacia para el ensayo. Otros muchos nombres pueden añadirse entre los que lamentablemente deben faltar, como los de Juan B. Iguínez, José Cornejo Franco, Gabriel Agraz García, Agustín Yáñez, Ignacio Dávila Garibi, etcétera, etcétera.

La novela, como se ha dicho hasta la saciedad, parte con López Portillo y Rojas. Fundamental como novelista para unos, como cuentista para otros, se impone con *La parcela* para la mayoría, con *Fuertes y débiles* a la minoría; de todos modos, para unos y otros, su obra es indispensable. Mariano Azuela, famoso por *Los de abajo*, vale como iniciador del tema revolucionario. Francisco Rojas Gonzá-

lez incursionó, con *La negra Angustias* y *Lola Casanova*, los espacios de la novela; se deja leer pero, como él mismo lo reconoció, sus cuentos son mucho muy superiores. Juan Rulfo, con *Pedro Páramo*, se colocó como el mejor novelista; su calidad se pasea en no menos de cinco países europeos. Técnico e inteligente, fiel reflejo de su pueblo y estilista consumado rescató, cual corresponde a su talento, la realidad de como es a como debe ser. Carlos González Peña, siguiendo moldes ya establecidos, escribió sus novelas con estilo y gracia de buen escritor, pero sin personalidad propia. Agustín Yáñez, convence más en su primera época. Deslumbró, con todo derecho, en aquellas prosas que publicaba en la revista *Abside*; deslumbró por lo novedoso de su imaginaria fresca y llena de sorprendivos barroquismos. *Flor de juegos antiguos*, entregada a las dulzuras de la añoranza y escrita con gracia inimitable, perdurará. Después se metió a hacer teorías en *Archipiélago de mujeres*, luego ensayó técnicas en *Al filo del agua*; finalmente escribió *La creación*. La penúltima, por captar el espíritu de cierto tipo de mexicano ya casi desaparecido y por la limpieza de su estilo aun cuando abuse de la lentitud es, sin poder admitir lo que dicen sus desorbitados panegiristas, la mejor de sus obras. Aurelio Robles Castillo, con no menos de cinco novelas, parece que sigue predominando con *Chucos*, su primera, publicada en 1936. De las últimas promociones, si es que existen, no hemos podido tener noticias; pues sólo conocemos trabajos de Olivia Zúñiga, Alfredo Márquez Campos y Maximiliano Herrera Núñez. Parece que este último es el más completo.

En el cuento, sin lugar a dudas, cuenta Jalisco con tres pilares: Cipriano Campos Alatorre, Francisco Rojas González y Juan Rulfo. El primero, muerto en entera juventud y en la más asesina de las incomprendiones, dejó uno de los cuentos más dramáticos y más maduros de la literatura mexicana: *Los fusilados*, que da nombre a su único libro. Esta joya nada le pide al mejor mural de Orozco por su inigualable brutalismo estético; humano, rebosando la miseria que vieron y vivieron los hombres de la revolución, se eleva con innata emoción a la categoría de arte. Rojas González, socialista genuino en su primera etapa, deja magistrales estampas del medio rural mexicano; antropólogo en la se-



Mariano Azuela-Juan Rulfo-Lupita Dueñas-Alfonso Gutiérrez Hermosillo.

gunda, estudia y atisba el carácter del indio. Su rebeldía va en defensa de los desvalidos si perder la línea literaria; el cuento *Guarapo*, levanta cruda y hermosamente escrita protesta contra la explotación del trabajador. Puso la literatura, sin perder idoneidad artística, al servicio de ideas que piden y exigen justicia social. Juan Rulfo, el tercero de éstos, también señala lacras utilizando la palabra con mucha más malicia; sus protestas tienen un gusto literario que obliga, por saborear los ceñimientos de la prosa, a olvidar la protesta. La expresión de este escritor es de tal fuerza que el lector siente los efectos de los fenómenos que expone. Otros cuentistas de notable calidad acompañan a los anteriores: Ricardo Cortés Tamayo, de acento sumamente personal, ha creado un nuevo matiz que hemos llamado "cotidianismo". De un hecho cualquiera del momento saca el suficiente material para armar un cuento o una estampa; pero, de tal manera, que parece que el hecho sigue vivo, debido a la luminosidad que imprime a sus estilos. Juan José Arreola, que deslumbró en su aparición con preciosismos y ficciones de innecesaria importación, se va deslavando a medida que el tiempo pasa. Aunque podría suceder que la clara inteligencia con que escribe sustituya la falta de sedimentación humana que le falta. José Martínez Sotomayor, que desde un principio demostró maestría y temperamento para el cuento, hasta ahora comienza a ser valorizada su obra. Cuando ésta vale, tarde o temprano tiene que ser reconocida por sí misma. Guillermo Jiménez, que hace mucho no ejercita el cuento, dejó en éste páginas de romántica frivolidad. Guadalupe Dueñas, con muchas de las cualidades de Arreola, utiliza una encendida ironía que hace, de la mayor parte de sus cuentos, joyas raras de algo que podríamos llamar escatología de la estética. Más nombres, no han llegado desde el antepasado régimen gubernamental y sólo sobreviven, desde antes:

Diego Figueroa, muerto en juventud; Alfredo Leal Cortés y Alfonso Toral Moreno. El último parece aferrarse a la pereza, el segundo trabaja siguiendo las huellas de los mejores cuentistas del Estado.

Finalmente, puesto que en teatro andamos pobres y el género periodístico es de otro capítulo, terminaremos con la poesía. Enrique González Martínez, de gran alcurnia poética, imperó durante toda la mitad de este siglo. Filósofo y lírico nato elevado a poeta marxista, sus cantos llenan y sostienen aún el espíritu de México. Francisco González León, dulce y limpiamente romántico, es autor de tiernas quejas y humanas añoranzas. Antonio Moreno y Oviedo, coterráneo del anterior, también conservó su angelical provincianismo, dejando agradables y bien contruidos versos. Otra voz que anduvo los mismos cauces pero viendo la vida no franciscanamente sino con ávidos ojos de mundano, fue Manuel Martínez Valadez. Poeta de la sencillez y cantor de las callejas con balcones, no alcanzó a dejar lo mejor de su obra cuando lo arrebató la muerte. Caso especial merece Alfredo R. Plascencia, aislado de toda corriente, solo y abandonado entre los pueblos de Jalisco, dejó una poesía de raras modulaciones. Arrebatado por el vivo ritmo de las cosas, llevado por la naturaleza, dio a su tono inigualable primitivismo poético. Primitivismo que nos deja la sensación de apercibir lo que debió sentirse el primer día que las cosas hubieron formas. Otro poeta que por fortuna también desentona de la moda, por su temática humanitarista, es Carlos Gutiérrez Cruz. Venido de romántico segundón, llegó a ser único en la poesía mexicana al convertirse, con verdadero nervio estético, en voz y fibra del proletariado. Hace falta una reedición de sus poemas. Alfonso Gutiérrez Hermosillo, autocrítico afin con lo mejor de los "contemporáneos", nutrió su emoción en la literatura europea y supo, con

crecidos méritos, dar giro personal a sus poemas. *Carta a un amigo difunto* y algunos de sus sonetos alcanzan singular emotividad y pureza. Francisco González Guerrero, poeta de la ternura y la intimidad tomó del modernismo la frescura expresiva dejando, en *Ad altare dei*, muy hermosos poemas. Elías Nandino, autor de numerosos libros, se perdió en sus comienzos con el eco de voces ajenas; ahora, después de tenaz lucha, salvo algunas precipitaciones, ha dejado poemas que pueden codearse con lo mejor del momento: *Naufragio de la duda* puede servir de ejemplo. Octavio Novaro, poeta por los cuatro lados, es de una modestia que desespera pues casi no publica. *Palomas al oído* (1937), último libro que conocemos junto con poemas dispersos en revistas, dan cumplida satisfacción de su calidad poética. Emmanuel Palacios también, desde *Vida a muerte* editada el mismo año, no ha vuelto a imprimir. Lástima, porque el colorido de sus buenos momentos poetizando estampas de la revolución tiene virtudes líricas de puro cuño.

Aquí también, como en los anteriores aspectos, de seguro nos han faltado muchos nombres; pero de momento no se conocen más. Sólo nos resta mencionar, puesto que no aparecen firmas jóvenes, a los de la más reciente promoción: Adalberto Navarro Sánchez, María Luisa Hidalgo, Jorge González Durán, Jorge Hernández Campos y Griselda Alvarez; los dos últimos, aun cuando han publicado poco, tienen mayor sentido para el poema que los anteriores. De entre lo más joven tenemos noticia de Agustín Ramos Vázquez y Roberto Ruiz Velasco que, a lo mejor, sólo se quedan en comienzos.

El panorama, a pesar de que hace más de seis años no pinta ninguna voz nueva, es halagüeño y consolador; pues Jalisco, inquieto y ambicioso culturalmente, ha dado a México muchos de sus mejores hombres.



Jorge González Camarena.—Belisario Domínguez. Mural en el Senado de la República.

JALISCO

emillero de grandes artistas

DESDE José de Ibarra en el Siglo XVIII, a González Camarena en el Siglo XX, pasando por Estrada y por Orozco, Jalisco no ha cesado de dar un aporte de primer orden a la pintura mexicana.

Por Antonio RODRIGUEZ.

PAISES que se han distinguido en el mundo por su arte, no sólo han logrado formar una escuela, sino varias que corresponden a zonas distintas de la sensibilidad.

Entre muchas otras, tuvo las escuelas de Roma, de Florencia y de Venecia que se diferenciaron, entre sí: la primera por el rigor académico y cierta aversión a la especulación intelectual; la segunda, por la ternura mística o la inclinación a la voluptuosidad; la otra,

por la vigorosa expresión de la emotividad.

En China, la escuela del Norte y la escuela del Sur se disputaron entre sí, durante la Dinastía Sung, la severidad clásica y el refinamiento, la disciplina del trazo y la fantasía de las manchas etéreas.

El mundo que precedió la llegada de los españoles, a pesar de su densa unidad, tiene matices notabilísimos en su arte, que corresponden no sólo a diferentes épocas sino a diferentes regiones.

Todos saben que el arte "doméstico", humano (es decir, "no divino"), realista, aunque trasmutado a veces en cosa fantástica, del Occidente de México, es totalmente distinto del arte espiritualizado de los mayas o del arte religioso, cargado de tensión, de los aztecas.

Y nos parece innecesario presentar el ejemplo de España, con sus primitivos catalanes y aragoneses, o de Francia con las escuelas de Fontainebleau para justificar la existencia de las escuelas en un mismo país.

En México no se ha estudiado a fondo este problema; tal vez porque en realidad no se haya producido el fenómeno de las escuelas regionales, en una amplitud tal que imponga su clasificación.

Pintores aislados como Bustos, en Guanajuato, como los Montiel, en Veracruz, o como Arrieta, en Puebla, no bastan para justificar la existencia de escuelas.

Otro caso es el de Jalisco, donde en el transcurso de más de dos siglos se formaron numerosos artistas, algunos relevantes, y vieron la luz academias, y centros que influyeron en la vida artística del país.

Sería tarea larga enumerar los numerosos pintores, escultores y grabadores con que Jalisco ha contribuido al arte de México. El investigador, promotor del arte y crítico José Guada-

lupe Zuno, que a la vez es pintor y caricaturista cita en su libro ("Las Artes Plásticas en Jalisco") a decenas de artistas dignos de ser estudiados.

x x x

Desde el punto de vista del arte moderno, Jalisco comienza a interesar profundamente a partir del momento en que José María Estrada en el primer tercio del S. XIX asume una actitud pictórica que habría de ser continuada, a modo de escuela, por una serie de pintores anónimos, o acerca de los cuales hay una información escasa, de mucha valía.

Pintor ajeno a la academia —a pesar de haber estudiado con un maestro famoso: don José María Uriarte— Estrada creó un estilo propio que oscilaba entre lo *popular* propiamente, dicho y lo que se ha dado en llamar *culto*.

Hábil, pero sin recetas de la Academia, Estrada tuvo que superar con intuición, sensibilidad y una gracia serena que le fue peculiar, la ausencia de una cultura estética y general sólidas.

Por lo mismo, por falta de esa cultura que llevaba el pensamiento hacia Francia, Italia o España, José María Estrada fue obligado a concentrarse en sí mismo, buscando en los elementos que le rodeaban la materia prima para su arte.

Y de ahí, de no haber sido un pintor académico, de no estar en relación con los "artistas cultos" de su tiempo, de no tener ligas con los que vivían pensando en Europa, pues México distaba aun mucho de haber alcanzado una madurez nacional, de ahí, pues, le vino a Estrada la magnífica originalidad que lo caracteriza.

En tanto que sus contemporáneos, en la capital, pintaban a la manera de Francia o de Italia, para sentirse con derecho a un "Prix de Rome", que hasta final del siglo pasado fue el máximo galardón para un artista, José María Estrada pintaba como le aconsejaba su leal saber y entender, en calidad de "*Aficionado a la Arte*".

Colocado frente a su pueblo, lo pintó como lo vio, pleno de ingenuidad, pero con una pureza, una gracia, un ingenio, una nobleza y hasta con una picardía sin igual.

Es por eso que al buscar la auténtica y genuina pintura mexicana del siglo pasado, hay que ir a Jalisco y detenerse ante los cuadros de Estrada.

El delicioso pintor de los "verdaderos retratos" de esta dama, de aquella niña o de tal sacerdote tuvo con-



José Clemente Orozco, *Gloria nacional*.

temporáneos y continuadores, que pintaron como él, o mejor dicho, que asumieron ante el arte, la misma actitud que él. Abundio Rincón, fue uno de ellos. Y es por esa razón que no es descabellado hablar de una "Escuela Jalisciense del Siglo pasado".

x x x

Estrada y sus contemporáneos no es un fenómeno único en las artes plásticas de Jalisco.

José de Ibarra, que floreció en el Siglo XVIII fue pintor eminente. Gerardo Suárez, en el Siglo XIX también lo fue.

Guadalajara puede enorgullecerse del movimiento cultural y artístico que dio motivo a la fundación de la Academia de Bellas Artes en el año de 1824.

A fines del siglo XIX había en Guadalajara numerosos talleres y centros de enseñanza, entre los cuales destacaban los de Castro, Bernardelli y de

Vizcarra, en el cual se formó, andando el tiempo, Raúl Anguiano.

Y no es menos muestra de la amplitud del movimiento artístico el hecho de que en Jalisco se hayan pintado numerosos murales, como los que aún pueden verse en el Teatro Degollado, o en la hacienda de Abarca.

El Siglo XX dio los primeros pasos en Guadalajara con algunos pintores que aportaron al impresionismo francés las luces de su luminosa y como pocas transparente atmósfera.

Rafael Ponce de León, fue uno de ellos, el Dr. Atl otro, y según nos informa don José Guadalupe Zuno, el actual arqueólogo y conservador de los monumentos nacionales Jorge Enciso presentó en Guadalajara, en 1908, una exposición de pintura de la cual formaban parte cuadros como "El Circo Orrin" y "Misa de Doce en la Merced".

Después de la dispersión de la escuela de pintura al aire libre de Santa Anita —a que se llamó el Barbisón mexicano—, el movimiento de rebeldía iniciado en 1911 en la Escuela de San Carlos se trasladó a Guadalajara, donde nació en 1912 el "Centro Bohemio".

Integrado por José Guadalupe Zuno, David Alfaro Siqueiros, Alfredo Romo, Amado de la Cueva, Xavier Guerrero y otros, el Centro Bohemio de Guadalajara tuvo una importancia de primer orden en el arte de México.

En esa ciudad pintó Xavier Guerrero, hacia 1913 ó 1914, en la llamada Casa de las Vacas, el primer mural realizado por los muralistas contemporáneos de México.

El mismo Xavier Guerrero, que a pesar de ser de Chihuahua se formó artísticamente en la capital jalisciense, pintó en 1919 un interesante álbum que los viejos integrantes del Centro Bohemio entregaron, el 30 de marzo de aquel año, al Presidente de la República don Venustiano Carranza.

En ese álbum escribió Guadalupe Zuno unas palabras que constituyen

la síntesis teórica del gran movimiento pictórico que se iniciaría, dos años más tarde, con la llegada de Diego Rivera a México, en la capital de la República.

Escrita de su puño y letra en un álbum que hace poco tuvimos el privilegio de ver en la biblioteca de conocido periodista, la frase de Guadalupe Zuno al Primer Jefe de la Revolución decía:

"Es necesario tomar de la *vida real* los elementos que tarde o temprano constituirán nuestro arte nacional".

x x x

Más poderoso aun en este siglo que en los anteriores, el movimiento pictórico de Jalisco ha dado a la luz una pléyade de artistas verdaderamente extraordinaria.

Como citarlos a todos sería tarea largo y tediosa nos limitaremos a recordar los nombres de José Clemente Orozco, Dr. Atl, Roberto Montenegro, Jorge González Camarena, Carlos Orozco Romero, Alfonso Michel, María Izquierdo, Jesús Guerrero Galván, Manuel González Serrano, Raúl Anguiano, Alfredo Romo, Isabel Villaseñor, Juan Soriano, Jesús Reyes

Ferreira y Gabriel Flores. En el grabado Ignacio Aguirre.

Entre los escultores debe destacarse, en primerísimo lugar, la figura de Francisco Marín que alternando la medicina con la plástica nos ha dado la obra más original, vigorosa, llena de potencialidad inquietante de este siglo en México.

No podemos olvidar, tampoco, a fotógrafos como Lola Alvarez Bravo y Juan Víctor Arauz, ni a caricaturistas como Guillermo Ley.

En fin, para no volver muy esquemático este artículo con la enumeración de nombres que al lector común tal vez digan poco, queremos concluir afirmando que Jalisco es, después de la capital el más grande semillero de artistas que México posee.

¿Por qué?

Crean algunos que eso se debe a la luminosidad de Guadalajara que envuelve a todas las cosas en un hálito de fantasía cromática. Pero atmósfera luminosa y transparente la tiene todo el altiplano. La tienen Guanajuato, Morelia, San Luis Potosí.

La tradición artística, que desde los tiempos precortesianos hicieron del Occidente uno de los bastiones del arte también cuenta.

Pero, volvemos a lo mismo, ¿qué lugar de México no tiene las raíces hundidas en la más gloriosa tradición artística?

Se debe, tal vez, a que Guadalajara haya sido, desde hace mucho, un centro de población importantísimo, de cultura muy elevada y de grandes inquietudes.

Y este puede haber sido un factor muy importante, porque el arte no se da en los desiertos. Necesita de centros poblacionales tan desarrollado como lo fueron Teotihuacán, Tula, Tenochtitlan, Palenque o Uxmal.

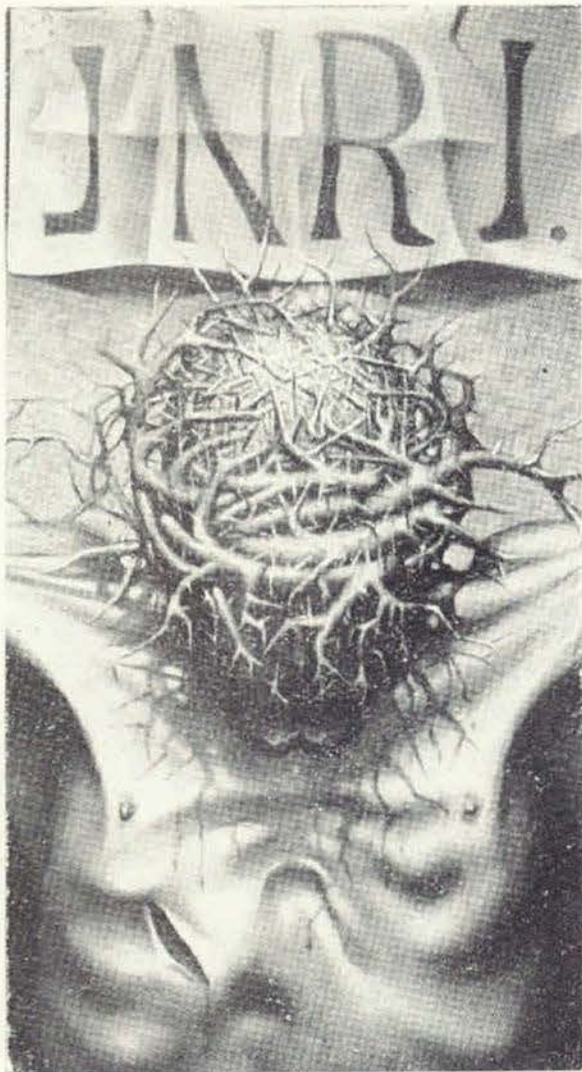
Más, no importa, por ahora, saber cuales son las causas determinantes de la inclinación al arte que Jalisco ha demostrado a lo largo de los siglos. La verdad, incuestionable, es que, por lo menos desde el Siglo XVIII al XX, Jalisco ha sido un semillero de artistas que nunca ha interrumpido su producción.

Y no sólo semillero de artistas. Manantial de fuerza creadora extraordinaria, Guadalajara conserva, en la Cúpula del Hospicio Cabañas, la más importante pintura mural realizada en este siglo.

¡Sí, el HOMBRE EN LLAMAS, de José Clemente Orozco!



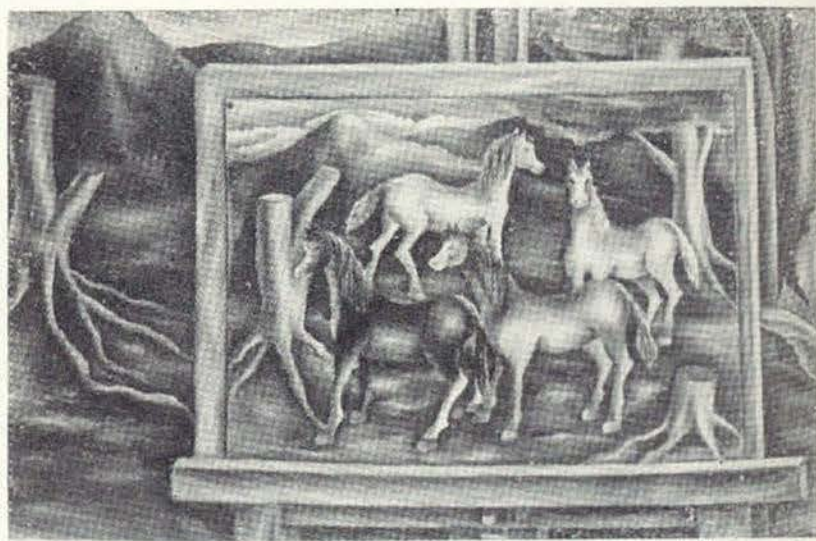
Dr. Atl: Paisaje Paricutíneo.



Jorge González Camarena. Mural en La Purísima, de Monterrey.



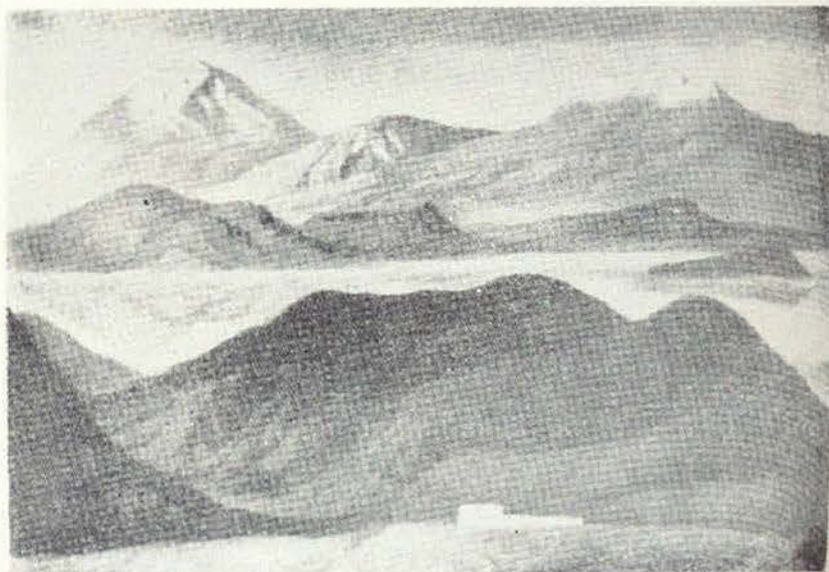
Jesús Guerrero Galván. Oleo.



María Izquierdo. Oleo.



Juan Soriano. Graciela y Mercedes López. Oleo.



Carlos Orozco Romero. Oleo.



JALISCO

EN LA

INDEPENDENCIA

Por Emmanuel PALACIOS

LA NUEVA GALICIA no fue una excepción en el clima de latente descontento y desasosiego social que durante tres siglos de dominación colonial se manifestaba esporádicamente, sin concretarse en un movimiento organizado ni de más amplias repercusiones colectivas.

Desde aquella "conjuración de Martín Cortés", a mediados de la primera centuria, que alarmó tanto a la Corona, y de la cual Suárez de Peralta nos dejó una patética reseña, indios, mestizos, criollos y españoles, y aun extranjeros, en grupos o individualmente, manifestaban su exasperación por la política del Estado Español o de quienes representaban su poder, sea con intentos de recuperar el antiguo dominio los indios, sea con el de alzarse con la tierra los españoles, antiguos conquistadores o parientes o descendientes de éstos, sea buscando la autonomía y el ejercicio propio del gobierno algunos mestizos y algún extranjero, como aquel don Guillén de Lámpart, irlandés, que, llamándose "Emperador de los Mexicanos", lanzó su especie de Proclama de la Independencia a mediados del siglo XVII, y "anticipándose siglo y medio a Hidalgo y más de dos siglos a Lincoln" proyectaba abolir la esclavitud de los negros; cuentan entre aquellos, asimismo, todos los precursores intelectuales de la insurgencia de 1810.

En la Nueva Galicia, en las postrimerías del siglo XVIII, fue aprehendido Juan Antonio Montenegro, licenciado en teología y filosofía y Vicerector y

Regente de Academias del Colegio de San Juan, de Guadalajara, quien ya pensaba en la República como el mejor gobierno para México y había formulado un original proyecto de organización política que debía alarmar al gobierno colonial, como así fue. Apenas iniciado el siglo XIX, el primer día del mes de enero de 1801, levantaron insurrección los indios del Nayarit, que entonces formaba parte del extenso territorio a aquélla jurisdicionado, a cuya cabeza estaba el indio Mariano, de alias Máscara de Oro, hijo del alcalde en Santa Fe de Izcatlán. Vanamente pretendió "restaurar la monarquía de Moctezuma y coronarse rey".

En Guadalajara misma, en el mismo año, se descubrió una conspiración cuyo jefe era José Simón Méndez, monaguillo de la catedral, de apenas 21 años de edad, quien lanzó un manifiesto en que hablaba "que había que derramar hasta la última gota de sangre en defensa de la patria y vengarse de las incomparables injurias del gobierno y de todos los europeos por el abatimiento e infeliz estado a que los tenían reducidos y para no pagar por ser cristianos y que sus cuerpos fuesen sepultados, ni el tanto por ciento de sus caudales, ni tener alcabalas".

Pero aún no estaban maduras las condiciones sociales que habían de permitir que un llamado a la independencia de España prosperara.

Hubieron de transcurrir diez años para que la Nueva Galicia volviera a sacudirse con una nueva noticia de insurrección. Apenas a seis días de que

Hidalgo lanzara el Grito en Dolores, don José Simeón de Uría, "que iba de diputado a las Cortes de Cádiz", desde Arroyo Zarco comunicó al Ayuntamiento de Guadalajara que don Domingo Allende había asaltado varios pueblos. Ante las alarmantes noticias que siguieron a ésta, los españoles de Guadalajara constituyeron apresuradamente una Junta titulada Superior Auxiliar de Gobierno, Seguridad y Defensa, que con fecha 30 de septiembre de 1810, exhortaba a los habitantes de la capital y de "todo el Reyno de la Nueva Galicia", a sofocar "en su principio, el alboroto, confusión y el desorden" y a atajar "el progreso de los horrores y estragos, de que ya sabréis, que son infelices víctimas la Villa de San Miguel el Grande, el Pueblo de Dolores, y algunos otros de la Nueva España..."

Inútiles fueron todas las medidas tomadas; ni esta exhortación, ni la formación de la "Cruzada", aquel escuadrón compuesto del "clero regular y secular, sacristanes y personas adeptas", ni la excomunión que el 24 de octubre del propio año lanzó el Obispo Cabañas "contra quantos han admitido o admitieren, aconsejado o aconsejaren, aprobado o aprobaren, auxiliado o auxiliaren, promovido o promovieren, recibido o recibieren la correspondencia, sedición y seducción de esos protervos: contran el Cura Hidalgo, sus aliados Allende, Aldama y Abasolo, sus compañeros y secuaces y quantos de cualesquiera suerte voluntariamente aprueben, auxilien, o favorezcan

sus proclamas, planes, opiniones y designios".

Exhortación ni excomunión que no atendió José Antonio Torres, quien se había incorporado en Irapuato al Libertador, cuando éste se dirigía a Guanajuato. Pronto aquel "hombre rústico", tildado también de "cobarde e inepto para la guerra", toma Zacualco e inflige la primera derrota grave al ejército realista comandado para aquella acción por don Tomás Ignacio Villaseñor y habilitado con dos compañías de jóvenes voluntarios, enrolados con el señuelo del fácil triunfo, cuando se quiso recuperar la plaza. La magnimidad del "amo Torres" se manifestó de inmediato en esta ocasión, pues perdonó la vida a todos los prisioneros, incluyendo a los jefes, lo que fue "correspondido" por los realistas con sanguinarias y crueles represiones.

Alentado por esta victoria, el primer jefe insurgente en Jalisco se presentó ante Guadalajara, cuya Junta Auxiliar, el Obispo y el Presidente de la Real Audiencia e Intendente, presas de pánico igual que los españoles, abandonaron sus cargos y la ciudad. Así el 11 de noviembre, a las nueve de la mañana, entró "por la garita de Mexicaltzingo", después de haber concertado en Santa Anna con la Comisión enviada por el Ayuntamiento, de que daría garantías a todos los habitantes.

Desde luego se comunicó a Hidalgo el feliz suceso y se le invitó a venir, quien, después de la derrota de San Gerónimo Aculco, estaba a la sazón en Valladolid. La toma de Guadalajara era de gran significación para la causa insurgente, por lo que el Caudillo emprendió viaje a la capital de la Nueva Galicia, en donde hizo su entrada con todos los honores el 26 de noviembre y concurrió a un Te Deum en la iglesia catedral.

La estancia de Hidalgo en Guadalajara, que se alargó hasta el 14 de enero de 1811, se distinguió por un acontecimiento del mayor alcance social y político: la promulgación del Decreto de Abolición de la esclavitud en la Nueva España, el 6 de diciembre de 1810, en el que también se confirmaban la abolición de los tributos y la restitución de las tierras a las comunidades indígenas, todas ellas cuestiones palpitantes y fundamentales al movimiento libertador. Hidalgo, además, aprovechó su estancia en Guadalajara para dar forma organizada al gobierno insurgente creando dos Ministerios, el

de Gracia y Justicia y la Secretaría de Estado y del Despacho, y designando un representante plenipotenciario de México en los Estados Unidos.

No había de durar mucho tiempo el respiro que tuvo el movimiento con la toma de Guadalajara, pues la suerte de las armas independientes había cambiado y los reveses se sucedían uno tras otro. Derrotado Allende en Guanajuato, fue a reunirse con el Jefe de la insurgencia, disponiéndose de inmediato la reorganización del ejército que no contaba ni con suficiente material bélico ni con soldados adiestrados. No



Francisco Severo Maldonado.

hubo tiempo de cumplir tales propósitos, puesto que Calleja marchó sobre Guadalajara y se decidió no esperarlo en la ciudad sino ir a detenerlo en el Puente de Calderón, en donde el movimiento sufrió el 17 de enero de 1811, una de sus más cruentas derrotas, quizá la que determinó el destino inmediato de la insurrección; después de esta batalla vino el declinante viaje hacia la muerte, hasta Acatita de Baján y Chihuahua.

Durante la permanencia de Hidalgo en la capital de la Nueva Galicia, tuvo lugar otro hecho digno de mencionarse, no sólo porque se dio lugar al nacimiento de la prensa al servicio de la noble causa, sino también porque con ese motivo destacó uno de los ideólogos mexicanos más notables, maestro de Valentín Gómez Farías, precursor de José María Luis Mora, inspirador de algunas de las mejores concepcio-

nes de don Mariano Otero, pensador audaz y original, autor de "El triunfo de la especie humana" —perdido, pero que en su tiempo fue piedra de escándalo—, y del "Contrato de Asociación para la República de Anáhuac" o Proyecto de Constitución Política; se trata de don Francisco Severo Maldonado.

En la imprenta de José Fructo Romero, bajo la inspiración de Fray Francisco de la Parra y la cooperación del doctor José Angel de la Sierra, se publicó el Despertador Americano, dirigido por aquel intelectual; tal publicación fue el primer periódico defensor y propagador del movimiento insurgente, cuyo primer número vio la luz el 20 de diciembre de 1810 y del cual sólo se publicaron siete números, ya que después de la batalla de Calderón no apareció más y el mismo que había sido ardiente panegirista de Hidalgo y de su causa y que no tuvo la firmeza de los patriotas insurgentes, fue obligado a retractarse y a publicar otro periódico, El Telégrafo de Guadalajara, para denostar lo que antes ensalzó.

La noticia de la derrota en Puente de Calderón impidió que el Cura José María Mercado, que desde principios de noviembre de 1810 se había sublevado contra el gobierno español en Ahualulco y ya había incursionado victoriosamente por el occidente de Nueva Galicia y pasando por Tepic apoderándose del puerto de San Blas, allegara valiosos refuerzos a Hidalgo, que le hubieran servido grandemente en la empresa libertadora. Aquel contratiempo lo obligó a volver al puerto, en donde la traición del 31 de enero de 1811 dio fin a su corta pero efectiva ayuda a la lucha por la independencia de México, que tres meses antes había abrazado con tanto valor y desinterés; al tratar de salvarse de tan felonía acción para continuar la guerra patriótica, encontró la muerte al arrojarse al barranco que le ofrecía la única salida; hallado su cadáver al día siguiente, el traidor cura Nicolás Santos Verdín, autor de la ignominia, "se apoderó de aquel sangriento y venerable cuerpo, y mandó azotarlo públicamente para poder darle sepultura".

Entre tanto Rayón y el "amo Torres", después de acompañar hasta Saltillo a Hidalgo y demás caudillos, se volvieron hacia Zacatecas, la que tomaron; mas al aproximarse Calleja, que los perseguía, se dirigieron a Pátz-



La Plaza de Guadalajara que conoció Hidalgo a principios del siglo XIX.

cuero, pasando por la Piedad y Zamora, por cuyos rumbos, incluyendo Valladolid —la que estuvieron a punto de tomar—, incursionaron con suerte varia, que culminó con la aprehensión de don José Antonio Torres, en Palo Alto, la madrugada del 4 de abril de 1812, después de la derrota de Tlascalca.

Júbilo grande fue para los realistas la captura del aguerrido insurgente de San Pedro Piedra Gorda y motivo para ejemplificar una vez más lo que esperaba a los luchadores de la libertad si caían en poder de tan sanguinarios enemigos. Los aprehensores, comandantes Arango y Merino, rindeiron inmediato parte al Teniente Coronel Pedro Celestino Negrete, retransmitido por éste al Comandante de Nueva Galicia y Presidente de la Real Audiencia, quien a su vez lo hizo del conocimiento del Virrey Venegas.

Conducido a Guadalajara, "en donde entró amarrado en una carreta el

día 11 de mayo en conmemoración del 11 de noviembre de 1810, en que había entrado a la misma ciudad victorioso y lleno de gloria", el 23 del propio mes fue cumplida la sentencia que sobre él había recaído, la que prevenía "ser arrastrado, ahorcado y desquartizado con confiscación de todos sus bienes, y que manteniendo el cadaver en el Patibulo hasta las cinco de la tarde se baje á esta hora y conducido a la Plaza nueva de Venegas se le corte la Cabeza y se fixe en el centro de ella sobre un palo alto, descuartizandose allí mismo el Cuerpo, y remitiendose el quarto del Brazo derecho al Pueblo de Zacualco, en donde se fixará sobre un madero elevado, otro en la Horca de la Garita de Mexicalcingo de esta ciudad por donde entró a inbadirla, otro en la del Carmen, salida al rumbo de Tepic y San Blas y otro en la del bajio de San Pedro que lo es para el Puente de Calderon: Que en cada uno de dichos parages se fixe en una Ta-

bla el siguiente rotulo.—Jose Antonio Torres trahidor al Rey y á la Patria Cabezilla, Rebelde é Inbasor de esta Capital..." Así murió aquel que había sido tan magnánimo con los realistas que había cogido prisioneros.

Espectáculos de esta naturaleza no fueron bastantes para acabar con el movimiento insurgente en La Nueva Galicia. Por Colotlán, Juchipila, Tlaltenango, Zacatecas, el Teúl, Arandas, Jalostotitlán, hacia el norte y el oriente; por Zacualco, Sayula, Zapotlán, Tamazula, Zapotiltic hacia el sur, y por todos los demás rumbos, partidas de patriotas mantenían el fuego de la insurrección, sin que decayera su ánimo a causa de los reveces, más numerosos que los triunfos, y no obstante que faltaba organización y pericia militar en jefes y soldados, y a pesar de que ya eran inferiores en número y las armas seguían siendo hondas y piedras y armas blancas, y unos pocos fusiles y cañones.

Transcurrió el lapso de 1812 y 1813, cuando a fines del año, los moradores del pueblo de Mezcala, que habían albergado al insurgente Encarnación Rosas —aquel denodado luchador desde 1810, que derrotó a Recacho en la Barca en noviembre de ese año y siguió haciendo la guerra en los pueblos de la laguna—, sabiendo que se dirigían tropas a combatirlos, iniciaron una de las más heroicas acciones del movimiento de independencia en Jalisco, la de la isla de Mezcala. Ni todo el poderío militar que fue dedicado a exterminar este foco de insurrección, ni los muy variados recursos que se emplearon para ello, ni la intervención de marinos y armadores expertos traídos del puerto de San Blas como el "hábil marino" Felipe García y el teniente de fragata Manuel Murga, ni la intervención directa de los principales jefes, incluyendo el más activo y segundo en orden jerárquico en Nueva Galicia, coronel don Pedro Celestino Negrete, pudieron dar buena cuenta de aquel puñado de héroes. Los valientes de Mezcala, dirigidos por el Presbítero Marcos Castellanos, que desde noviembre de 1810 había proclamado la independencia en Ocotlán, y quien se encargó de las fortificaciones; por el también veterano de la guerra de independencia Encarnación Rosas y por José Santa-Anna, sostuvieron una de las más cruentas luchas de la insurgencia, que llenó de gloria a jefes y soldados, éstos la mayor parte indios que ni aún sabían disparar un fusil, pero cuyo denuedo y amor a la causa de su liberación, cuya decisión y desprecio por la muerte, dio a esas huestes tantas victorias, así al rechazar los numerosos asedios a la isla como al incursionar por los pueblos ribereños y aun más lejos; triunfos que obligaron al aguerrido coronel Negrete a pedir su relevo como jefe directo de aquella campaña. Allí murieron algunos de los más principales lugartenientes del Comandante de Nueva Galicia, general José de la Cruz, como aquel "bizarro teniente coronel José de Linares", que en la acción del 27 de febrero de 1813 pereció juntamente con el "capitán de Dragones de Nueva Galicia D. Joaquín Moreno, el Teniente del propio cuerpo D. Antonio Beltrán, el subteniente de Puebla graduado D. José Moya, D. Pablo Bustamante sobrino de Linares, que servía en clase de voluntario distinguido a sus expensas y veinte y tres soldados de Infantería".

Ocotlán, Tizapán, Tuxcueca, Ajijic, San Luis (Soyatlán), fueron teatro de las más encarnizadas batallas, la mayoría de ellas favorables a los insurgentes. Transcurrieron los años de 1814 y 1815, durante los cuales, a pesar de las difícilísimas condiciones en que operaban aquellos "desnudos y desarmados indios", no fue posible para las fuerzas realistas domeñar a tan denodados guerreros: ni el hambre ni la peste, ni la falta de elementos, ni la superioridad del enemigo, doblegó a los héroes de Mezcala en los tres años transcurridos hasta entonces. Fue nece-



El Insurgente Pedro Moreno.

sario que después de que pasó casi todo el año de 1816 en luchas desiguales, en que el gobierno realista concentró numerosos refuerzos para acabar con el reducto de Mezcala poniendo "más de ocho mil hombres sobre las armas al distinguido marino D. José Narváez", y renovando su oferta de un liberal indulto, para que los patriotas jefes, el Cura Castellanos y José Santa-Anna, consideraran que era inútil seguir poniendo a prueba la tenacidad y el amor a la independencia de aquellos abnegados defensores, que "Más bien parecían cadáveres que valientes soldados; el hambre los había reducido a aquel estado miserable; habían consumido ya todas sus provisiones; habían agotado cuanto ratón, lagarto y sabandija contaba la isla, y devorado aquellos desgraciados patriotas las correas de sus humildes arne-

ses". El 25 de noviembre de 1816 se firmó la capitulación, que vino a dar término a una de las hazañas más gloriosas de la Guerra de Independencia.

Ultimo capítulo de aquella lucha por crear una patria libre e independiente, fue el que escribieron en territorio jalisciense, con supremo heroísmo, los que militaron bajo el mando de Pedro Moreno, digno jefe de aquellas huestes. Aunque pudiera pensarse que por su riqueza y condición, este caudillo no cambiaría su vida de tranquilidad y de hondas satisfacciones familiares por la azarosa y llena de padecimientos y peligros de muerte del guerrillero, aquel hacendado que poseía la Saucedá, Matanzas de Abajo y el rancho de Coyotes, un pingüe patrimonio y una cultura por arriba de la común a muchas gentes acomodadas de la época, prefirió atender a sus sentimientos patrióticos y aun sacrificar familia y bienes en aras de causa tan desinteresada y noble. Por eso, desde 1812 estaba en contacto con los insurgentes de Apatzingán y a principios de 1813 se lanzó a la lucha activa en Piedras Coloradas, en que fue derrotado, lo que no disminuyó su ímpetu sino lo acrecentó, a tal punto, que en un inmediato y nuevo encuentro con el triunfador de la primera vez lo hizo modder el polvo y huir en el rancho de las Jaulas. Transcurrieron ese propio año y los de 1814, 1815 y 1816, sin que disminuyera celo y actividad combatiente: los Ranchos —cerca de Lagos—, El Zapote, el Ojo de Agua, el propio Lagos, el Fuerte del Sombrero —que aún no había sido fortificado ni constituido en arsenal y cuartel permanente y en donde los realistas, no obstante la cuidadosa preparación de la batalla y la cuantiosa concentración de elementos y jefes entre los que sobresalían el aguerrido Pedro Celestino Negrete y aquel Brillanti de los ingenios y fieles informes a la superioridad, fueron derrotados—; León, las Minas, la Saucedá, y muchos lugares más, fueron testigos de su bizarría y denuedo y de su adhesión a la causa del Libertador, ya muerto pero aún inspirando con la memoria de su sacrificio y de los demás iniciadores, a quienes contra todo motivo de desaliento mantenían el fuego sagrado de la insurgencia. Se había intentado vencer la tenacidad de Pedro Moreno aprovechando que por las necesidades de la guerra, éste había tenido que dejar a su hija de año y medio de edad al cuidado del padre Ignacio Bravo en

la hacienda de Cañada Grande, y Beltrani y el Cura Alvarez, "el chicharonero", habían logrado apoderarse de ella para utilizarla como rehén; mas el héroe supo revestirse de aquella serena reflexión de las grandes almas y vencer la natural inclinación de su corazón paterno negándose a aceptar el perdón que se le ofrecía, pues según lo expresó, estaba dispuesto a ofrecer en holocausto no sólo a aquella tierna víctima, sino a todos sus demás hijos. Como para probar y confirmar su temple de ánimo, al poco tiempo supo la dolorosa noticia de que su hijo Luis, de apenas 15 años, caía peleando en la acción de la Mesa de los Caballos, cuando militaba a las órdenes de su tío Juan de Dios.

Parecía que declinaba el vigor del movimiento independiente, más vino a revivirlo la intervención de uno de los insurgentes más desinteresados y combativos, más audaces y valientes, que había probado su pasión por la libertad en su Patria misma: España, luchando contra los franceses y que habiéndose presentado en la barra del Río Bravo del Norte el 12 de abril de 1817 después del largo viaje desde Inglaterra pasando por Estados Unidos, se internó en el país combatiendo sin cesar y victorioso siempre, hasta llegar al Fuerte del Sombrero el 24 de junio del mismo año. Fue recibido por el laguense y sus subalternos y soldados con muestras de júbilo y simpatía, pues que su llegada venía a resucitar esperanzas de triunfo de la noble causa. Y las victorias de San Juan de los Llanos y del Jaral parecieron así indicarlo. Esto alarmó al Gobierno virreinal hasta el punto que se tomó la decisión, como se había hecho en Mezcala, de organizar una acción decisiva, ya que del lado realista se contaba con todos los recursos económicos y militares. Se puso al mando de las fuerzas al mariscal de campo Pascual de Liñán; se le unieron Pedro Celestino Negrete, Loaces, Orrantía y Ruiz con sus respectivos contingentes, y fuertes en poco más de 8,000 hombres de todas las armas, bien pertrechados y con aprovisionamientos ilimitados, iniciaron el 27 de julio de 1817 el asedio del Fuerte del Sombrero. En éste se habían refugiado como último recurso las partidas que habían estado acosando durante tantos años con buen o mal éxito a los opresores bajo las órdenes de Mina, Moreno, Ortiz, Santiago, González y Borja, pero que todas juntas apenas lograron reunir 650 solda-

dos, a los que había que sumar los cerca de 350 civiles entre mujeres, ancianos y niños que, ocupados en diversas faenas, habían constituido la población permanente de aquel reducto.

Sin agua en la propia cima, con escasos víveres si se consideran las mil bocas que había que alimentar, sin abundantes armas ni municiones, sin medios para curar a los heridos ni evitar enfermedades y epidemias, lograron sin embargo resistir el sangriento sitio 24 días, en que las bajas fueron constantes y lo sactos de inaudito valor y sacrificio incontables. El día 8 de



Don Gordiano Guzmán.

agosto, burlando la estrecha vigilancia de los sitiadores, Mina, Ortiz y Borja salieron por la noche a traer refuerzos. Aunque los encarnizados asaltos realistas no lograban vencer la resistencia, la falta de agua, agravaba por el retardo de las lluvias, hacían más imposible la defensa. "Los niños, las mujeres, los hombres más débiles perdieron la fuerza y el sentido: unos lloraban, los otros sin vigor para manejar las armas, corrían a todas partes como insensatos. En balde se distribuía para mitigar los horrores de la sed, una ración de mezcal y se recurrió a mascar el jugo de algunas plantas..." Al fin se decidió abandonar aquella gloriosa posición; se tuvieron que dejar los heridos y los enfermos a su suerte. A las once de la noche del día 19 se inició la evacuación con gran sigilo, pero pronto fue advertida la maniobra por los realistas, quienes sin tardanza em-

pezaron a atacarlos, por lo que sólo lograron traspasar el cerco unos cuantos, entre ellos el propio Pedro Moreno: los heridos, los enfermos, los defensores que no pudieron salir y las mujeres y los niños fueron hechos prisioneros y pasados por las armas los primeros, unos inmediatamente y otros algunos días después. Ignominiosa y cruel represalia en gentes ya indefensas, pero a la cual estaban acostumbrados los duros corazones realistas.

Pedro Moreno y Mina no pudieron continuar la lucha mucho tiempo; el 27 de octubre, sorprendidos en el Venadito, juntos nuevamente después de que como ya vimos lograron en distintas fechas salir del Fuerte del Sombrero, cayó uno luchando y el otro fue hecho prisionero, habiendo sido fusilado a las cuatro de la tarde del día 11 de noviembre siguiente, en el cerro del Bellaco.

Ambos, el uno mexicano, el otro español, pagaron con su vida su acendrado amor a la libertad.

Por el sur siguió la lucha. Montes de Oca y Gordiano Guzmán todavía en 1820, traían en gran movimiento a las tropas realistas y en noviembre de aquel año derrotaron en Tecalitlán al Coronel Manrique, quien quedó muerto en el campo, habiéndose hecho los insurgentes de un cuantioso botín.

El "alzamiento" de Riego en la Península el 1º de enero de 1820, repercutió con su sesgo inesperado en la Nueva España. Las autoridades españolas, voluntariamente o por la presión de compatriotas suyos, liberales, juraron la Constitución de 1812, restaurada; el Virrey el 31 de mayo y el Comandante y Presidente de la Audiencia de Nueva Galicia, Gral. Cruz, la Audiencia misma y el Ayuntamiento el 7 de junio, siguiéndoles el Obispo, el Cabildo Eclesiástico y las corporaciones religiosas. Antes de un año, sin embargo, nuevos sucesos cambiarían totalmente el curso de la historia de México y cuando en enero de 1821, Guerrero, en aras del triunfo de la causa casi perdida de la independencia, dio en Acatempan el abrazo al otrora sanguinario enemigo Iturbide, éste proclamó el Plan de Iguala el 24 de febrero del propio año. En Jalisco, ante la renuencia del Gral. Cruz a adherirse al Plan, fue el Gral. Pedro Celestino Negrete quien el 12 de junio, en la villa de San Pedro Tlaquepaque, juró el Plan de Iguala. Así se consumaba de Independencia y nació una nación libre.



Mariano Otero, jurista de la Reforma.

JALISCO EN LA REFORMA

Por Mario GILL



Ignacio L. Vallarta, hombre de la Reforma.

¿CUAL FUE LA PARTICIPACION DE JALISCO en el movimiento de la Reforma?

¿De qué modo una región geográfica determinada puede participar en un movimiento de transformación social? Evidentemente, sólo de una manera: a través de la acción de sus hombres, de sus habitantes. La capital de Jalisco fue, además, el asiento del poder constitucional después del golpe de estado de Comonfort. Allí se instaló Benito Juárez con su gabinete el 15 de febrero de 1858. El 13 de marzo siguiente se sublevó en la ciudad el coronel Antonio Landa quien hizo detener a don Benito y sus ministros. Mientras en las calles luchaban los soldados liberales con los conservadores, en un salón del palacio del gobierno se dramatizaba la anécdota clásica:

—¡Levanten las armas! ¡Los valientes no asesinan!

Con ese grito certero dirigido al pelotón de fusilamiento, Guillermo Prieto (que con el suyo había cubierto el cuerpo de don Benito) salvó la vida del gran líder de la Reforma.

Luego, la ciudad fue campo de batalla. Por sus calles corrió la sangre liberal y conservadora en un sólo río sin bandera, y resonaron los vivas a Santos Degollado y Miguel Miramón, hasta que, finalmente, Guadalajara quedó en manos de González Ortega, el 26 de septiembre de 1860. Después, durante la invasión francesa (segunda parte de la guerra de Reforma) tocó a un jalisciense, el general Ramón Corona, el honor de recibir en sus manos la espada rendida del emperador Ma-

ximiliano, acto final de la guerra de Reforma.

Si Jalisco tiene que responder ante la historia del movimiento cristero, porque fueron los viriles charros de Los Altos los más tenaces sostenedores de esa lucha, tiene a la vez, en cambio, algo de qué enorgullecerse: el haber dado a México el hombre que encarnó la idea de Reforma social base del México moderno de nuestros días; el hombre que, además, entregó su vida entera al triunfo de esa idea. Ese hombre fue un hijo de Guadalajara, el Dr. Valentín Gómez Farías.

Tal fue la aportación de Jalisco al movimiento de Reforma y no puede negarse que es la más valiosa de todas. Lo avanzado de sus principios y sobre todo su ejemplo de honestidad, de sinceridad y amor al pueblo, constituyen un orgullo para todos los jaliscienses. Gómez Farías, más que un hombre, más que un político, es en la historia como un fenómeno social, casi un fenómeno natural, como la aurora. Con él empieza a entrar un poco de claridad en las tinieblas del México recién salido de la Colonia feudal.

Sus empeños reformistas iniciados un cuarto de siglo antes del movimiento de Reforma propiamente dicho, fracasaron reiteradamente porque don Valentín estaba solo frente a un pasado que se apoyaba en tres siglos de dominación y esclavitud. No existían, cuando Gómez Farías inició su lucha, las condiciones sociales objetivas para la victoria. Fue sólo un precursor apasionado, un apóstol activo, militante incansable de sus propias

doctrinas, un batallador que, desgraciadamente, actuaba en un medio y en una época en que se desconocían los secretos de la organización política.

Su lucha y su sacrificio no fueron estériles, sin embargo. El gran jalisciense pudo sobrevivir lo suficiente para ver al fin victoriosos sus ideales, llevados al triunfo por la nueva ola liberal que encabezaba don Benito Juárez. Gómez Farías fue el primero que firmó y juró, de rodillas, la Constitución del 57. La emoción de ese momento fue para él la única recompensa por su amarga lucha durante la cual conoció los aspectos más desmoralizadores de la vida sin desmoralizarse nunca. Don Valentín reservó fuerzas para poder llegar a la meta y estampar su firma en el estatuto más avanzado del mundo en ese momento. Esa Constitución era, en cierta forma, el fruto de toda su lucha, de toda su vida. Por eso al firmarla expresó con emoción: "Este es mi testamento". Efectivamente era su patrimonio espiritual, que él heredaba a su patria.

El Hombre y sus Ideas

Surgió en un medio y en una época en que era pecado leer a los enciclopedistas franceses, en la que las letras se aprendían en el catecismo del padre Ripalda; estudió en el Seminario Conciliar de Guadalajara donde, según cuenta el padre Agustín Rivera, en la cátedra de Física se hablaba de la Eucaristía pero jamás de la luz, del calor o de cualquiera de los fenómenos na-

turales. Cuando Gómez Farías emprendió el estudio de la medicina, en Guadalajara se curaba el croup con invocaciones a San Roque, el cáncer con lagartijas despanzurradas y el estudio del cuerpo humano era una herja pornográfica.

Al tener su título que él logró estudiando de contrabando en textos franceses, huyó de ese ambiente medieval y se instaló en la ciudad de México que encontró tan atrasada como la provincia. Luego pasó a Aguascalientes donde lo sorprendió el movimiento de independencia, formó su hogar (1817) e inició su carrera política (1820) como regidor del ayuntamiento, diputado al constituyente (1822) disuelto por Iturbide y, posteriormente, al que redactó la Constitución de 1824. Como legislador promovió una serie de iniciativas progresistas que lo colocaron a la vanguardia entre los hombres de más talento de la época, como el Dr. José María Luis Mora, don Lorenzo de Zavala, Francisco García, Manuel Crescencio Rejón y otros. Por su actividad destacada y el juego de las fuerzas políticas, el presidente Gómez Pedraza lo llevó a la Secretaría de Hacienda desde donde prosiguió su acción reformadora: anulación de alcabalas, incorporación al patrimonio nacional de los bienes de los españoles expulsados, etc.



Valentín Gómez Farías.

En las elecciones siguientes Santa Anna resultó electo presidente y Gómez Farías vicepresidente. Al fin se presentaba a don Valentín la oportunidad de realizar su programa de reformas. La abstención oportunista de Santa Anna que se fingía enfermo en su hacienda de Manga de Clavo permitió a Gómez Farías actuar a sus anchas. Presentó entonces una serie interminable de reformas desconcertantes: separación de la Iglesia del Estado, abolición de los diezmos, arreglo de la deuda pública con base en la ocupación de los bienes de manos muertas, reforma educativa, supresión de la Universidad Pontificia, etc., todo aquello, en suma, que dio luego contenido filosófico a la lucha de Reforma.

No tardó en producirse la reacción. Hubo levantamientos en distintas partes del país al grito de "Religión y Fueros". Los fanáticos pusieron a don Valentín el apodo de *Gómez Furias* y lo hicieron responsable hasta de la

epidemia de cólera morbus que azotó a la ciudad de México.

El Héroe y el Villano

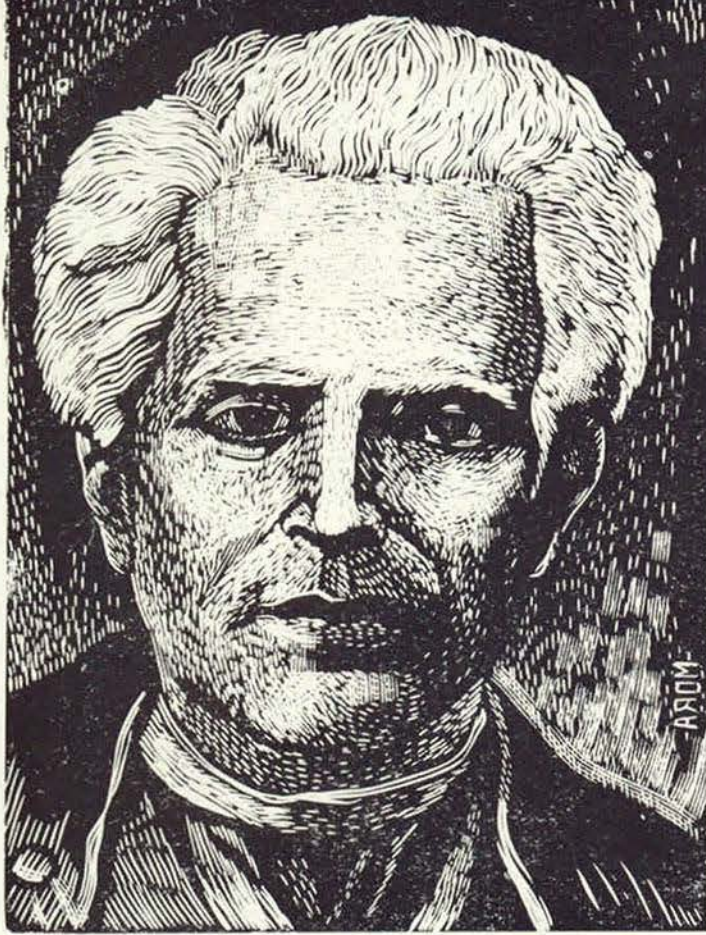
Santa Anna ocupó el poder y barrió con todo lo que había logrado hacer Gómez Farías. Se restituyeron sus privilegios a la Iglesia y las tinieblas cubrieron de nuevo el panorama de la patria. A partir de entonces don Valentín supo de todas las amarguras del político en derrota: persecución, cárcel, calumnia, traición, ingratitude, destierro, miseria... que lo afirmaron más en sus principios. Tuvo dos oportunidades más para implantar, desde su posición en la cumbre, su programa de reformas sociales, una en 1840 y otra en 1847, pero las circunstancias eran tan desfavorables, que asombra ver cómo, a pesar de ellas, don Valentín insistía en sus propósitos. Su último intento de afectar los bienes del clero originó el levantamiento de los polkos cuando el invasor norte-

americano avanzaba sobre la ciudad de México.

La tenacidad de don Valentín para implantar sus ideas reformadoras y la fatídica intervención de Santa Anna para impedirlo, parece una lucha simbólica entre el día y la noche, entre el bien y el mal, el héroe y el villano de las películas y de la vida.

Esa batalla histórica y dialéctica entre (Ariel) Gómez Farías y (Calibán) Santa Anna no ha terminado todavía. Pese a que tenemos nueva Constitución cuyos cimientos filosóficos fueron puestos por don Valentín, las fuerzas oscuras se empeñan en hacerla inoperante. El santanismo vive latente, enmascarado. La Constitución no se acata; sigue siendo meta y mito, una brillante utopía.

Por eso el ejemplo de sinceridad y lealtad a los principios y al pueblo que puso Gómez Farías, sigue siendo ahora más válido y recomendable que nunca.



AGUSTIN RIVERA, CABALLERO DEL ESPIRITU

Por Enrique RAMIREZ y RAMIREZ

POCO se habla de él en los círculos de la intelectualidad. Los conservadores y aún los liberales parecen haberlo olvidado. Sus libros y folletos tienen escasa circulación. Unos cuantos investigadores de la historia y de la evolución cultural de México estudian su obra. Sin embargo, fue uno de los más luminosos cerebros de su tiempo, un demoledor implacable del pasado oscurantista y un insigne forjador de las armas del pensamiento con que la nación defendió su libertad y su independencia.

Agustín Rivera nació en Lagos de Moreno; pero por su estatura humana e intelectual no debe ser considerado como una gloria de provincia, sino como un constructor de

la patria en el campo de las ideas y un caballero de las luchas del espíritu, en amplitud universal.

Tres obras de las que produjo su esclarecida pluma bastarían para inmortalizarlo, sus *Principios Críticos Sobre el Reino de la Nueva España* (que en su edición original es de difícil adquisición y de la cual la Secretaría de Educación, en los tiempos de Vasconcelos, publicó, inexplicablemente, sólo un tomo), *La Filosofía en la Nueva España y Postmortem*.

El primero, es el enjuiciamiento más profundo e incisivo que se ha escrito sobre la Conquista y la Colonia y la obra de España en México. Es la primera gran defensa, con formidable acopio de erudición, de las sociedades antiguas de México y la requisitoria más contundente, en el terreno histórico, contra la dominación española. En réplica a los historiadores hispanistas, cuyo exponente más autorizado fue Lucas Alamán, Rivera abrió con ese libro la ruta para la elaboración de una historia nacional objetiva y veraz.

El segundo es, como se dice en el subtítulo, una "Disertación sobre el atraso de la Nueva España en las ciencias filosóficas"; pero en realidad constituye un alegato mortal, por lo definitivo, contra la miseria cultural y científica del régimen colonial padecido por México durante tres siglos.

La tercera de las obras mencionadas, unas cuantas páginas, es la declaración escrita por el Padre Rivera, en previsión de su muerte, cuando monseñor Francisco Orozco Jiménez, como Arzobispo de Guadalajara, le exigió que se retractara de sus ideas y escritos liberales, so pena de suspenderle sus licencias sacerdotales. En esta declaración, redactada auténticamente en los umbrales del sepulcro, Rivera se niega a retractarse, renueva su profesión de fe progresista, sin mengua de su religiosidad, y lanza un anatema fulminante contra la intolerancia de los fanáticos.

No obstante, sería falso y arbitrario reducir a sólo esas tres obras la significación singularísima de la vida y el trabajo intelectual de Agustín Rivera. Por el contrario, esa vida y ese trabajo, desenvueltos en lucha interminable con la adversidad, deben considerarse en su conjunto como un rasgo insigne de la evolución de México en el siglo pasado y principios del actual.

Los nombres de los liberales ilustres que libraron con las armas y el pensamiento la gran lucha contra la reacción colonial y clerical, por la formación de la nacionalidad y su independencia, están en las mentes y en los labios de todos los mexicanos y en las escuelas se les rinde merecido culto. Se ha glorificado con justicia a Gómez Farías, a Ocampo, a Juárez, a Zarco, a Ramírez, a Prieto. Pero se haría también justicia colocando junto a los nombres de esos patricios el de Agustín Rivera, sacerdote noble y sen-

cillo, desbordante de vitalidad y de talento, de ciencia y de pasión patriótica, que con las armas de la investigación y de la polémica contribuyó tan vigorosamente a crear la nueva imagen de México, a barrer hasta los escombros el pasado de opresión y a educar al pueblo en las ideas modernas.

Fue sacerdote católico y fue liberal. Esta sola antinomia muestra la aparente contradicción dramática en que se desenvolvió su existencia. Pero en su espíritu no había tal contradicción, no se expresó nunca. Su fe de creyente era paralela a su pasión por México y por la libertad humana. "Liberal —decía es el amante del progreso". Y en su *Postmortem* defendió con intransigencia la unidad de su creencia religiosa y sus convicciones políticas. "En 65 años he escrito e impreso más de ciento treinta composiciones, de las que unas son libros, otros folletos y otras hojas sueltas. Yo no me retracto de ninguno de mis escritos, ni me retractaré a la hora de mi muerte, porque el Concilio de Trento manda a todo católico que se confiese y arrepienta de todo aquello que, después de diligente examen, tenga conciencia de que es pecado mortal, y yo después, de meditar largos años en mis escritos, tengo conciencia de que en ninguno de ellos he ofendido a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. En otras circunstancias escribiría un libro en que analizaría todos mis escritos; pero a los 89 años, enfermo, pobre y achacoso, me es imposible hacerlo... Soy católico, apostólico, romano. No me retracto de ninguno de mis escritos públicos. Pobre ha sido mi carrera de escritor público, durante más de medio siglo; pero aunque pobre no quiero cerrarla de una manera infame. Si el Sr. Orozco insiste en negarme sus licencias si no hago la profesión de fe y el juramento en el sentido que quiere, me quedará suspenso toda mi vida, y si a la hora de mi muerte no se me quiere dar los Sacramentos, moriré sin Sacramentos, pero con la conciencia de ser católico, apostólico, romano."

Con estas palabras Rivera dejó plasmada una actitud heroica, que en México tiene sus antecedentes preclaros en la *Carta Atenagórica* de Sor Juana Inés de la Cruz y en el *Testamento* de Fernández de Lizardi, el Pensador Mexicano. Pero también en su persona simbolizó el drama de la mayoría del pueblo mexicano de su época y la nuestra: el de creer en una religión y verse al mismo tiempo combatido y perseguido hasta la muerte por un alto clero intolerante y descastado.

Para una mente tan lúcida como la de Rivera, resultaba clarísimo este antagonismo entre el genuino espíritu religioso, misionero, y la corrupción clerical. "El sacerdocio es respecto de una nación lo que la levadura respecto de la masa, si aquella está corrompida corrompe a toda la masa... No hay en el mundo bestia más cruel que un mal sacerdote... Los frailes —se refiere a los que su-

cedieron a los benefactores como Vasco de Quiroga y Las Casas— nos hicieron a los mexicanos ignorantes como ellos, mugrientos como ellos, supersticiosos como ellos e inmorales como ellos."

Otro laguense y mexicano ilustre, Mariano Azuela, captó con gran claridad esta actitud de Rivera: "Si algo singular y digno de la mayor admiración hay en la vida del padre Rivera es precisamente su actitud heroica, defendiendo con su palabra, con su pluma y con sus actos, las doctrinas más avanzadas de su tiempo, sin mengua de su credo religioso."

El mismo Azuela dice en su boceto biográfico sobre Rivera: "Demostrar el atraso de México como consecuencia natural del de la Nueva España en sus últimos siglos va a ser el tema al que consagre todas sus energías."

Esta es una verdad esencial en cuanto al trabajo intelectual de Rivera. Pero su obra reveladora, crítica y polémica, sobre la influencia perniciosa de la dominación de España en México tiene un evidente sentido político. Rivera se propuso, y lo logró ampliamente, desgarrar las falsas galas con que la mentira pretendía encubrir el carácter rapaz de la Conquista y del régimen colonial. Exhibió a los conquistadores y colonizadores en su codicia y su barbarie, en su mendacidad y su brutalidad, en su oscurantismo y su atraso y apoyó en razones históricas indelebiles la lucha por la libertad en México. Arrebató así a los conservadores las armas de la razón histórica y las puso en manos del partido liberal de su época. El crítico de la historia que había en Rivera era, en esencia, un combatiente por la causa de la libertad.

Nada tenía de intelectualismo vacío y ocioso. "Escribo para los que no tienen para comprar libros, para la clase media y para la clase baja que sabe leer y escribir, y principalmente para la juventud, en tono que todos me entienden, donando la mayor parte de mis libros y folletos." Otra vez aparece aquí el mismo espíritu popular que animó al Pensador Mexicano; el mismo que, hasta los días en que vivimos, anima a todos los escritores, intelectuales y artistas que se unen entrañablemente a las masas del pueblo. El espíritu de Posada, de Orozco y de Diego Rivera.

Murió pobre y abandonado. Había trabajado y luchado inmensamente. Mucho observaba, leía, hablaba y escribía, para iluminarse a sí mismo y aclarar la senda de quienes lo rodeaban y de su patria entera. Ya cerca de su muerte, había recibido el encargo honroso (no bien comprendido por los mismos que se lo otorgaron) de pronunciar el discurso oficial en el Centenario de la Independencia. En sus últimos años agonizaba dolorosamente, casi ciego. La pensión de ciento cincuenta pesos que el gobierno porfirista le había acordado, le fue suspendida en el tumulto revolucionario. Era un sobreviviente con más de noventa



Oleo de Raúl Anguiano.

años de edad. Habiendo combatido tanto y tan vigorosamente contra el pasado de opresión y sombras, él mismo comenzaba a ser pasado. Pero un pasado transparente de grandeza moral y de virtud heroica. Había vivido intensa y generosamente para México. "Desde mis primeros años deseé conocer dos cosas, la ciudad de México y el mar.", escribió con candor de niño fuerte y noble. Había vivido también para su religión, que entendió y practicó como apostolado humanístico, incorruptible a todas las simonías. Había vivido para la ciencia, que en la historia tiene una de sus ramas más vivas y decisivas. En esa vida, había surgido victorioso. La causa de la Independencia y la de la Reforma tuvieron en él a un militante excepcionalmente fiel, clarividente y valeroso. Y esas causas habían triunfado. Su contribución a esa victoria no puede ser negada ni olvidada. El maestro Justo Sierra dijo, al inaugurar la nueva Universidad y dar por bien muerta a la vieja Universidad Pontificia, colonialista y retrógrada, que Rivera, con su obra, había puesto el epitafio en la loza de la tumba de aquel organismo putrefacto.

Las nuevas luchas del pueblo mexicano iban a contar con nuevos soldados, con armas nuevas. Pero el soldado, el caballero del espíritu que fue Agustín Rivera, y sus armas, cumplieron su tarea y pertenecen a lo mejor de nuestra historia. De una historia que marcha adelante, apoyándose en los mejores ejemplos del pasado. Por eso Rivera no ha muerto del todo. Prueba de ello es que las fuerzas sociales y políticas a las que combatió lo persiguen aún después de muerto. Cuando vivía, alguno de sus adversarios profetizaba que "A los ocho días de su muerte sus libros se venderán a peso la arroba." Se equivocó el profeta en cuanto al valor real y estimativo que alcanzarían los libros de Rivera. Más, a él y a sus libros los sigue persiguiendo una especie de Inquisición rediviva, que enciende hogueras de silencio, olvido y menosprecio. Pero es inútil. La República levantará en sus brazos la vida y la obra del hombre que por anticipado se alegró y se hizo justicia a sí mismo cuando dijo:

"Moriré contento por haber contribuido con mis pobres escritos al vencimiento de las ideas de antaño."

LA REVOLUCION MEXICANA EN JALISCO

Por Alfonso GARCIA RUIZ

EN TERMINOS GENERALES, la Revolución Mexicana presenta en Jalisco las mismas fases que en el resto del país. Tales son: (1) la que podríamos llamar causal o de gestación, en virtud de que en ella se agudizan las situaciones socio-económicas y políticas que han de dar origen al gran movimiento; ésta no puede ser otra que el propio Porfiriato contra el cual aparece la antítesis revolucionaria. (2) La inicial o preliminar, representada por el período maderista, durante la cual se define la conciencia democrática que actúa después como fondo de toda la etapa, permitiendo que las fuerzas populares se agrupen para sostener el cambio operante o, por lo menos, que reaccionen y se pronuncien decididamente en uno u otro de los campos definitivamente abiertos. (3) La de respuesta o réplica contrarrevolucionaria, significada por la dictadura huertista, expresionada aunada de las tendencias porfiristas —que creyeron aun posible retroceder a las condiciones anteriores— y a las del exterior, que sintiendo amenazados sus intereses, apoyaron a la reacción bajo el tácito compromiso de salvarlos. (4) La de aniquilación y victoria, que, primero, destruyó la estructura militar y política del régimen de Victoriano Huerta, al mismo tiempo que iniciaba la transformación social, para plantearse luego, al percibir la trascendencia del cambio alcanzado, como una revolución constitucional. Y (5) la consumativa, la cual, sobre el principio de la nueva

Constitución (de 1917), realiza las modificaciones fundamentales del país hasta el grado que hoy contemplamos.

Sin embargo, en Jalisco la Revolución ofrece algunas características peculiares. Son éstas las que me ocuparán brevemente en el presente artículo.

En cuanto a la gestación de la Revolución durante el prolongado régimen de don Porfirio, es pertinente anotar lo siguiente. El asesinato del general Ramón Corona (10 de noviembre de 1889), quien a raíz de su eminente obra militar y política durante la Reforma y en la lucha contra Manuel Lozada, el "Tigre de Alica", se había constituido en una fuerza política regional incontrastable, significa por lo menos la acción providencial que removió uno, y quizás el más decisivo, de los obstáculos para que se consolidase el centralismo, casi absolutismo, que, primero a su personal servicio, y después al de la oligarquía de los "científicos", creó el presidente Díaz. Aceptando lo inevitable, los principales de los gobernadores que le siguieron: Mariano Bárcena, Luis G. Curiel, Miguel Ahumada, y, sobre todo, el continuismo del segundo, marcan el paso del antiguo ambiente liberal, henchido de auténtica emoción cívica, que caracterizó a la República Restaurada, al de "orden, paz, administración y progreso", en cuyo nombre se organizó la dictadura. Empero, sería injusto no considerar que, sobre ciertas provincias como Jalisco, el Porfiriato se impuso cuando todavía florecía con sincero aliento el idealismo democrático o, por lo menos, el buen deseo de educar al pueblo, poco a poco, en la apreciable costumbre de gobernarse a sí mismo y de ejercer su libertad sin coacciones. En sus *Anales Históricos de la Revolución Mexicana* (vol. II, p. 8) don Jesús Romero Flores aclara: "... en lo general, había al frente de los Gobiernos de las Entidades federativas hombres honrados, de ideas progresistas y renovadoras; pero, justo es confesarlo también, la mayor parte de ellos estaban fuertemente ligados con elementos del régimen porfiriano, educados en aquel medio y con un respeto, casi fetichista, por lo que entonces se llamaba la paz, de tal suerte que la conservación de ésta o su restablecimiento era para ellos el bien supremo, por el cual era posible sacrificar la Ley, y aun las vidas más preciosas", palabras que resumen en esencia la situación política

de Jalisco a lo largo del período porfirista.

Respecto de estas consideraciones, Jalisco es un caso especial, de significado intermedio —valga la expresión—. Ello se debe particularmente a las siguientes razones. Como podría comprobarse mediante el estudio de las estadísticas sociales del Porfiriato, el problema agrario no había llegado a ser peculiarmente grave en aquella región del país. Tanto los Altos como el Bajío, sin considerar relativas e importantes excepciones, se caracterizaron siempre, por tradición, como zonas de propiedad rural muy distribuida. Al finalizar el Porfiriato se nota un ritmo más acelerado de concentración de la tierra, pero sin llegar a cambiar radicalmente la línea fundamental del proceso. En consecuencia tampoco el problema del proletariado rural tenía especial gravedad en el momento previo a la explosión revolucionaria. El ligero aumento de la masa de trabajadores del campo, que registran los últimos años de la Dictadura, más se debió a factores demográficos que propiamente económicos o sociales. Ciertamente que, al parecer, las condiciones del trabajador de la tierra eran, como en todas partes, desastrosas, pero su significado, por así decir, cualitativo, se veía compensado por su situación cuantitativa. Ello al menos, no implica una predisposición especial para el conflicto revolucionario.

Habría más posibilidades de imaginar que el ambiente socio-económico de la provincia, era más propicio al movimiento subversivo por el lado del proletariado urbano, y en especial, del ramo industrial. Jalisco fue particularmente beneficiado por la política económica y de obras públicas de los gobiernos Federal y local de la era porfirista. Ligada al centro de la República por uno de los principales ferrocarriles y con las ciudades de Ameca, Zapotlán y Manzanillo dentro de la región, la ciudad de Guadalajara y sus dependientes estatales se convirtieron en importantísimas terminales del comercio del Occidente y el Noroeste. En la misma proporción se industrializaron y cambiaron su faz material y humana, al mismo tiempo que servían de estimulantes a la agricultura, la ganadería, la minería y el azúcar. Indudablemente la aparición y desarrollo del proletariado moderno, caracterizaron la evolución de Jalisco durante el Porfiriato. Algunas unida-

des de la industria y la minería de aquella época podrían compararse en importancia con las de Cananea y Río Blanco, donde surgieron los primeros grandes conflictos obreros. Empero no hubo precedentes de esta naturaleza que tuvieran un gran relieve. Sugiero aquí una explicación provisional. Se cifraría en dos consideraciones principales. La estructura socio-económica y política del Bajío y del área central de Jalisco fueron siempre relativamente menos estratificadas, más patriarcales, más igualitarias y más democráticas. Al aparecer el proletariado industrial de esa zona entró a formar parte de la sociedad contando con menos radicales diferencias, por lo menos en el orden político y moral, ya que no en el económico.

La coincidencia de estas circunstancias con las de carácter ideológico completarían la hipótesis. En Guadalajara y en las otras ciudades del Estado, las tradiciones paternalistas y liberales, se rompieron definitivamente apenas hace poco tiempo, más bien a efectos de la nueva etapa de industrialización, fruto de la propia Revolución, que no de otras transformaciones anteriores. Algo de este fenómeno anticiparon las condiciones imprevistas en que surgió el nuevo estilo de las relaciones obrero-patronales, a raíz de la industrialización y la etapa capitalista del Porfiriato, pero no acabaron radicalmente con el espíritu tradicional. La realidad del obrero industrial se acomodó bien dentro de las ideas reinantes en lugar de causar más graves conflictos como los que caracterizan a otros centros del Valle de México, las fronteras o los emporios puramente industriales. Esto explica el desarrollo relativamente tranquilo que tuvieron las ideas del obrerismo anarco-sindicalista, mutualista y masónico, en sus etapas románticas. Alcanzaba importantes frutos, pero sin causar trastornos realmente revolucionarios. El aspecto obrero de la Revolución avanzó en Jalisco más a efectos de los gobiernos que sobrevivieron al triunfo de ésta, especialmente cuando estuvieron en manos de personas tan identificadas con su ideario, como Dn. Manuel M. Diéguez, que como resultado del movimiento obrero mismo. Así sucedió, al menos, antes de que el ambiente traído por aquélla permitiese la proyección de las grandes asociaciones nacionales e internacionales del proletariado y éstas propugnasen por sí propias la conquista de sus derechos.

En conclusión, en términos generales, podemos decir que, no obstante la importancia económico-industrial de Jalisco, y en virtud de que los efectos sociales de ésta se veían contrapesados por factores muy importantes de la tradición y la distribución de la tierra, estrictamente la Revolución no brotó en su seno, pero sí encontró fácil repercusión, porque la estructura socio-económica y la tradición paternalista y liberal, eran propicias especialmente al contenido democrático y constitucionalista que caracterizó las fases y tendencias principales del gran movimiento.

Acorde con esta explicación podemos recordar que la etapa precursora tiene en Jalisco, casi sólo, aunque muy preeminente, el dato de las actividades del Club Liberal "Valentín Gómez Farías", semillero de las ideas de restauración constitucional y tras de ellas la gran tradición y la obra de las más sobresalientes figuras del pensamiento reformista y libertario.

A tales características de la historia jalisciense prerrevolucionaria, débese el haber sido, en cambio, una de las primeras grandes conquistas del maderismo. Las soluciones político-democráticas que éste prometía, estaban perfectamente acordes con su realidad social, política e ideológica.

Por el contrario, al triunfar ese movimiento y comenzarse a debatir nacionalmente el sentido económico y social que la iniciada Revolución debía tener, después de lograda la derrota de Díaz, es indudablemente posible anotar una especie de desconcierto en la trayectoria de los hombres públicos de Jalisco. Tal vez ello explique la actitud de los miembros de la diputación del Estado en el régimen de Huerta, aquellos que, como Luis Manuel Rojas, formaron parte del llamado grupo renovador que no supo detener la nefasta obra del usurpador, ni la ola de crímenes que desató por todas partes, o la de otros más prominentes que, como Alberto Robles Gil, se hicieron responsables solidarios de todo ello, aunque acabaron huyendo aterrorizados por tanta impudicia. Afortunadamente, sólo el origen ligó personalmente a Huerta con el Estado de Jalisco.

Durante la etapa siguiente, la Revolución llegó a Jalisco con los sonoros y devastadores triunfos de la División de Occidente, bajo el supremo mando del general Obregón. Sin embargo, poco antes, dos personajes sem-

braron la muerte y la desolación particularmente en la región sur del Estado, mucho más al estilo de las oscuras fuerzas de la venganza, que al de las causas que reivindicaban el derecho usurpado, el sentido de la dignidad humana o la justicia social. Fueron ellos los guerrilleros casi legendarios que se llamaron Pedro Zamora y Julián del Real. Este último se incorporó después a las fuerzas del general Julián Medina, quien, junto con Diéguez, fue uno de los más eficaces elementos que a las órdenes del gran estratega sonoreño, aniquilaron al ejército huertista. Las batallas del Empalme, Orendain, La Venta y Guadalajara acrecentaron la fama de aquél y consagraron como heroico el valor de los citados Medina y Diéguez, de Baca Calderón y de tantos otros, quienes como jaliscienses por adopción continuaron su obra, ahora constructiva y siempre revolucionaria. Con Diéguez, hombre leal y probo, que actuó como Gobernador Provisional y Constitucional hasta 1917, se inicia en Jalisco la etapa de las realizaciones revolucionarias. De acuerdo con las preocupaciones que le son peculiares, éstas se destacaron en la Entidad particularmente por el impulso dado a la instrucción pública. Semejante obra fue continuada más tarde por el gobernador Luis Castellanos y, sobre todo, por el eminente Basilio Vadillo.

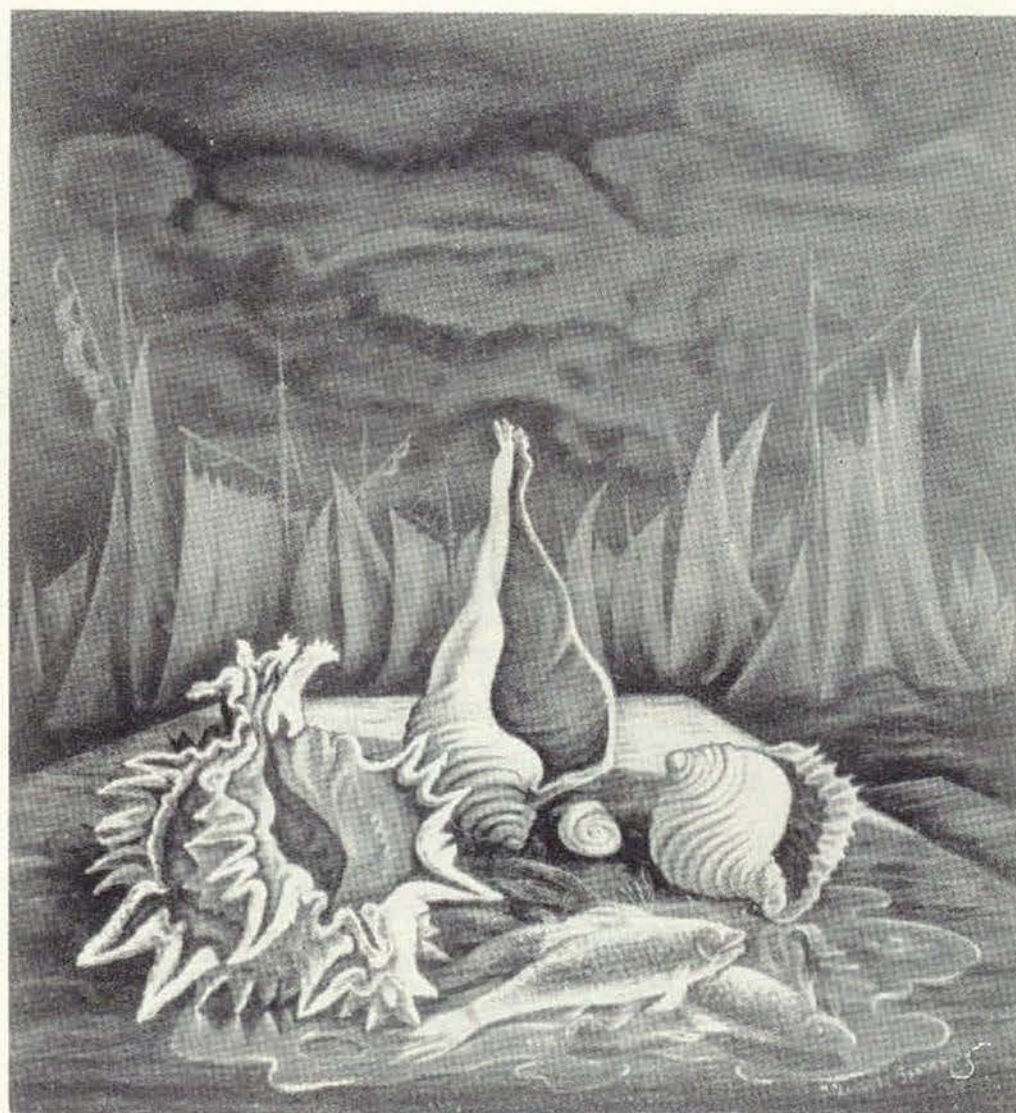
En el terreno político, la etapa constructiva se expresa ante todo por la adopción de la nueva Constitución. La actuación de la diputación jalisciense al Congreso Constituyente de Querétaro, fue particularmente notable por su equilibrio personal, si bien la mayoría de sus elementos se inclinó decididamente en favor de las reformas radicales que quedaron estampadas en el novedoso Código. Sobre ello nos dice Palavicini lo siguiente en su *Historia de la Constitución de 1917* (t. I, p. 63): "En este grupo se contaban el licenciado Luis Manuel Rojas, licenciado Marcelino Dávalos, general Amado Aguirre, general Esteban B. Calderón, Teniente Coronel Sebastián Allende, capitán Juan de Dios Robledo, licenciado Paulino Machorro Narváez, Joaquín Aguirre Berlanga, señor José I. Solórzano, señor Bruno Moreno, licenciado Ignacio Ramos Praslow y coronel José Manzano. El resto de la diputación estaba integrado por elementos liberales, casi todos masones, que como afines a la revolución fueron apoyados por el grupo

triumfante... El señor Manuel Dávalos Ornelas, que fue diputado por Tlaquepaque, constituyó una excepción porque era de filiación clerical... Durante la actuación de los Diputados Constituyentes de Jalisco, se afiliaron al grupo llamado "radical" el general Esteban B. Calderón, el general Amado Aguirre, el coronel Manzano, el teniente coronel Allende y el capitán de Dios Robledo. Todos los demás no formaron grupo y a veces votaron con los socialistas que eran opuestos a los jacobinos. Esta diferencia de criterios fue tan noblemente llevada que no hubo un solo altercado, jamás, entre los componentes de la diputación jalisciense... Apenas terminadas las labores del Congreso quedó borrado el distanciamiento ideológico que existió durante las sesiones y jamás se volvió a mencionar en la política local de la provincia la filiación especial del bloque cameral que hubieran tenido los diputados... El general de división Manuel M. Diéguez, jefe nato de los revolucionarios jaliscienses de entonces, contribuyó poderosamente a las condiciones de armonía y respeto mutuo que caracterizaron a los constituyentes... Respetó la opinión de todos por igual, dando un verdadero ejemplo de sinceridad democrática". Es evidente que esta actuación refleja las características generales del movimiento revolucionario en Jalisco, que he pretendido esbozar. El matiz radical le venía más bien de influencias exteriores, de Diéguez y Baca Calderón, que habían sido líderes de la huelga de Cananea; la mayoría jalisciense era de estilo más liberal que particularmente obrerista, heredera de la tradición de Otero, de Gómez Farías, de Vallarta, Vigil y Ramón Corona, y por ello mismo sincera y grande constitucionalista.

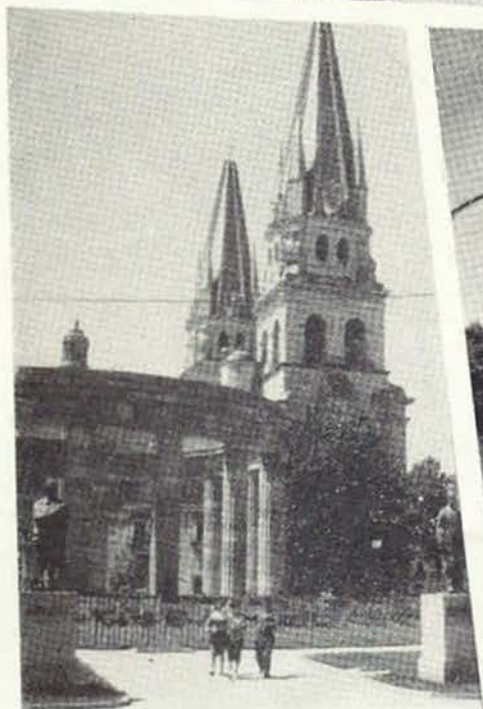
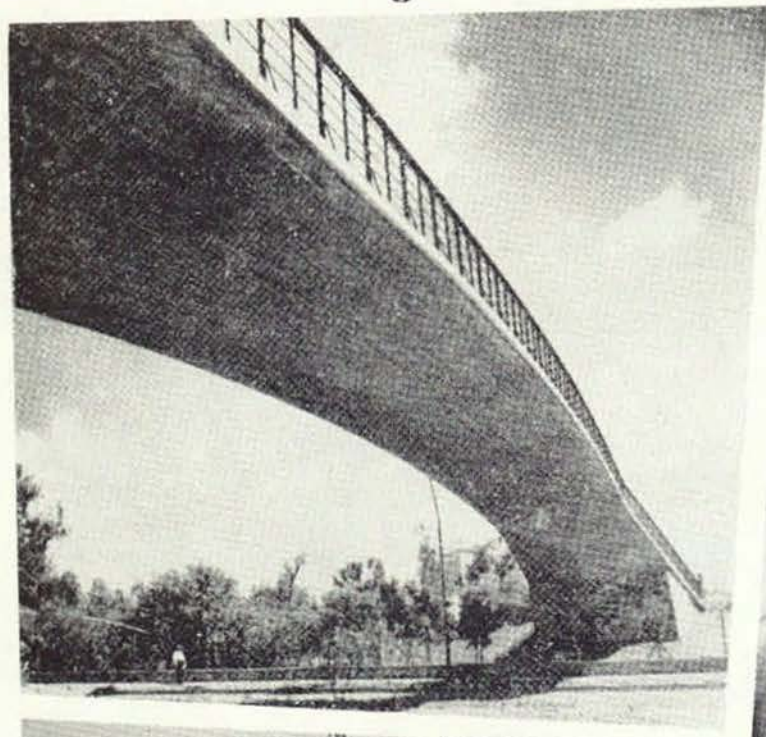
En el propio año de 17 se dio al Estado la nueva Constitución acoplada perfectamente a las orientaciones de la Federal, fruto del Constituyente de Querétaro. En cumplimiento de ésta se continuaron la revolución obrera y agraria. Los resultados de la primera son semejantes a los de todas partes; los de la segunda son más peculiarmente jaliscienses. Pero sería abusivo tratar de reseñarlas ahora. Quede así, dibujada solamente en lo general, la Revolución Mexicana en Jalisco.



GABRIEL FLORES; mural en la cúpula de la Biblioteca Pública del Estado. Casa de la Cultura. Guadalajara. Abajo: óleo del ya desaparecido magnífico pintor FRANCISCO GONZALEZ SERRANO.



GUADALAJARA



Un puente sobre el Parque del Agua Azul.—Tapatía.—La Rotonda de los Hombres Ilustres.—Acceso a uno de los túneles en las Avenidas Juárez y 16 de Septiembre.—La moderna Avenida 16 de Septiembre.



Don Aurelio Ortega.



Don Basilio Vadillo.

LA EDUCACION EN JALISCO durante los años de la Revolución

Por el Profr. RAMON GARCIA RUIZ

EN EL "MEXICO BARBARO" de John Kenneth Turner, hay una página que es buen resumen de la triste situación de la enseñanza durante la larga etapa del porfirismo. He aquí su texto:

"La educación general se halla asombrosamente ausente. Los aduladores de Díaz hablan de las escuelas que ha establecido; pero el investigador no puede encontrar estas escuelas puesto que la mayoría sólo existe en el papel. En la práctica no hay sino escuelas rurales; pero hay a menudo pueblos con centenares de habitantes que no tienen escuela.

Nominalmente sí hay escuelas en esos pueblos, pero en realidad no las hay, porque los Gobernadores de los diversos Estados prefieren guardar para sí mismo el dinero destinado a sostenerlas. Mientras yo viajaba por los distritos rurales del Estado de México, por ejemplo, supe que había muchas escuelas que tenían tres años de estar cerradas".

Expresión popular del abatimiento y del descuido de la enseñanza son los versitos que un periódico jocoserio de la primera década de nuestro siglo publicó bajo este título: "Ni come, ni bebe, ni anda", con la caricatura de don Justo Sierra mostrando gran enojo y preocupación; y que dicen:

*"En pueblo y aldea ignorada
y en la rural población,
del chamaco la instrucción
yace dada a la trompada;*

*maestros que no saben nada
más que cobrar a placer
y aún llegan a sostener*

*tales nocivos señores
que un pueblo de agricultores
no debe escribir ni leer.*

*Con ente tan ordinario
nuestra población rural
ni siquiera aprende mal
a leer en silabario;*

*pero eso sí, al vecindario
le cobran contribución
para pública instrucción
que es burro de anacoreta:
no puede andar, porque a dieta
lo tienen en un rincón".*

Dentro de tal estado de cosas a Jalisco le tocaba también su parte de abandono y de incultura. No fue notable el avance escolar de la época porfirista; el sistema se sostenía con planteles que en la capital del Estado constituían algo así como el oropel del régimen.

Sólo que, en desagravio de don Miguel Ahumada, que tomó posesión como Gobernador en 1903, hemos de convenir en que atendió con entusiasmo el ramo de educación pública: aumentó el número de escuelas primarias, dotándolas de abundante material; en la ciudad de Guadalajara proveyó a cada plantel de un Gabinete de Física y aparatos de Química; construyó algunas escuelas, etc.

Los años de lucha revolucionaria se suceden desde 1911 hasta 1917, año de la Constitución. De nuevo en esta etapa dio Jalisco su aportación de esfuerzos y de sangre. Muchos de los hombres guías del movimiento libertador surgieron del solar jalisciense; poco después, en plena efervescencia,

muchos más se sumaron a uno u otro bando de los que se disputaban la dirección y el predominio de la causa del pueblo. Primero maderistas y gobiernistas, después villistas y carrancistas, algunos obregonistas, —porque el impacto de Obregón, hombre del Noroeste, de inmediato repercutió en Jalisco— en turnos se alternaban en la capital y en el Gobierno. Noches hubo en que Guadalajara se acostara constitucionalista y a la salida del sol, con no poca sorpresa de los madrugadores, transitaban por sus calles llevando de la mano sus cabalgaduras, soldados de Pancho Villa o de Julián Medina. En los campos y en las pequeñas poblaciones había siempre inseguridad y sobresalto. Hubo también los años de hambre y la constante zozobra para la población por los combates, las asonadas o el alzado. En tales condiciones la educación ciertamente tuvo grave colapso del que apenas por principios de la tercera década de nuestro siglo empezó a recuperarse.

Nueva casi, con apenas ocho años de vida a los albores de esta centuria, la Escuela Normal para Profesores fue el reflejo de las inquietudes político-sociales que afloraban por entonces y más tarde conmovieron al país. Primero, casi desierta porque la administración pública no daba aliciente alguno para la carrera del magisterio, lo cual determinó que se organizara una formal campaña de reclutamiento del alumnado que tomó a su cargo el propio encargado del ramo de enseñanza, don Manuel R. Alatorre. Poco tiempo después, en las mismas aulas de la Normal se dejaron manifestar las simpatías de los reyesistas y maderistas. Y ya en plena Revolución, hubo alumnos que abandonaron los estudios, para irse a tomar su puesto en la lucha. Como casos típicos cabe citar el del Sr. Gral. don Paulino Navarro que se distinguió por su valor y su lealtad a los principios del constitucionalismo, y a la maestra Atala Apodaca, que tuvo activa militancia con las fuerzas constitucionalistas para organizar a las mujeres, dictar conferencias y escribir artículos periodísticos que movían el entusiasmo del pueblo en favor del programa reivindicador de la Revolución. La voz de esta mujer, en reuniones cívicas que al amparo del Gral. Manuel M. Diéguez se realizaba en Guadalajara y otras poblaciones, llegó a ser como antorcha en el incendio y ariete demolidor, y muchos, hombres y muje-

res, quedaban convencidos por su palabra vibrante y cáustica.

Esta época es sumamente interesante por los afanes de superación que se exteriorizaban en la conducta de maestros como don Mateo R. Osorio y don Manuel R. Alatorre que en 1911 llevaron a cabo la reorganización de la Normal; don Aurelio Ortega, doña Aurelia L. Guevara, don Daniel Rodríguez, don David Hinojosa y don José Vicente Negrete, de ejemplar actuación docente todos ellos y la mayoría, en lo político, de clara ejecutoria liberal, viviendo al ritmo de la época.

Don Aurelio Ortega, por ejemplo, tuvo meritoria actuación, pues sirvió al Estado durante 67 años, caso único quizás en los anales de la educación jalisciense. Y habiendo recibido su título de preceptor de primer orden, que le expidió la Junta Directiva de Estudios en el año de 1867, desde ese mismo año inició su labor como director de la Escuela Municipal Núm. 8 para Niños y tras de una limpia carrera de más de cuarenta años, llegó a dirigir la Escuela Normal para Profesores en el mes de julio de 1911.

Los que por esos años fueron sus discípulos, lo recuerdan afable y cordial: "Para estimularnos al estudio nos contaba que siendo él estudiante del Liceo de Varones, que se encontraba en el edificio que es ahora el Museo del Estado, y para poder sostenerse económicamente trabajaba en una panadería y al mismo tiempo que batía la masa y esperaba que el pan se cociera en el horno, repasaba sus lecciones del día". Formó parte del grupo de profesores que el gobierno del Estado comisionó para ir a Jalapa, a fines del siglo XIX, para observar la aplicación del Método analítico sintético de la enseñanza de la lectura y la escritura, por medio de palabras normales, que había implantado don Enrique C. Rébsamen y que desde luego fue adoptado en Jalisco, con muy buenos resultados.

Fundó en pleno porfiriato la Sociedad de las Clases Productoras que por las noches impartía gratuitamente la enseñanza primaria a los obreros, como ya antes había organizado un "Club Popular de Artesanos" para impulsar la educación de las clases desvalidas. Con ese espíritu revolucionario y de generosa entrega pasó sus últimos años, dirigiendo el Centro Nocturno Federal Núm. 1 para Obreros, dando sanos consejos e impartiendo sus enseñanzas a grupos de trabajadores y artesanos de la capital.

Por los años de 1917 a 1919 se encargó de la Dirección de Educación Primaria y Normal el ameritado maestro don Abel Ayala. Dado su prestigio y su capacidad, fue invitado a Jalisco con miras a que llevara a cabo la organización total del ramo. Su labor señala una etapa de brillante actividad: se verificaron infinidad de academias de estudio; se hizo la revisión de los programas, se llevó a cabo la reorganización del servicio de inspección escolar; y por primera vez se habló en Jalisco de la Escuela de la Acción. Empezaron a destacarse maestros como don Marcelino Rentería y Salvador M. Lima, que después habrían de actuar en elevado plano nacional.

A don Abel Ayala también debemos acreditarle, entre otros afanes renovadores, la implantación de la escritura de tipo muscular que el magisterio acató con simpatía; la introducción de bailables en los actos escolares para dar mayor vida y hacer menos severas las ceremonias públicas; su interés en la aplicación del método natural en la enseñanza de la lectura y la escritura; el uso, por primera vez en la Entidad, de pruebas escritas para apreciar y calificar los progresos en el aprendizaje; la implantación de nuevas normas de disciplina escolar dentro del principio general que se denominaba "disciplina de la libertad" que ya era parte de un claro despertar de las conciencias que el maestro Ayala incorporaba a los postulados de la educación moderna. Igualmente se habló entonces, desgraciadamente sin muchas realizaciones prácticas, de que en todas las escuelas se atendieran, por parte de los niños, las labores agrícolas. Sus inquietudes llegaron por supuesto a la Escuela Normal, que de hecho eran dos en Guadalajara: la de Mujeres y la de Varones. En la primera inclusive provocó una revolución con los uniformes, pues mientras en tiempos en que la dirigieron María Trinidad Núñez y Laura Apodaca las alumnas usaban chal como parte de su indumentaria escolar, don Abel Ayala impuso el sombrero, y un tipo de blusa un tanto varonil, pero que las normalistas lucían con tal garbo, que dieron lugar al comentario burlón y callejero:

*"Las torres de catedral
se están cayendo de risa
de ver a las de la Normal
con sombrero y con camisa."*

En la Normal de Varones se inició en esa época de brillante actividad, un

esfuerzo de superación que despertó en muchos jóvenes estudiantes el sentido de lo nacional sobre el criterio de lo provinciano, como si don Abel Ayala en su gestión, que duró poco tiempo, hubiera tenido el propósito de abrir los anchos ventanales para que circulara aire nuevo en el recinto de la educación jalisciense que hasta entonces parecía cerrado a las innovaciones técnicas.

Entre la segunda y principios de la tercera décadas del siglo, la Normal de Profesores vivió una de sus etapas más gloriosas. Reclutando sus alumnos en el campo jalisciense entre cuantos tenían, más que vocación por el magisterio, ansias de saber, formaban en la escuela abigarrado conjunto estudiantil; unos, en plena adolescencia, alteraban con hombres experimentados y circunspectos que estaban de hecho en servicio y que para que logran su título habían recibido facilidades del gobierno. Los jóvenes integraron equipos que lucieron siempre en competencias memorables y que por años retuvieron trofeos de carácter nacional; y los más maduros, reunidos en prestigiada sociedad, hicieron la Revista "Ideal" donde muchas inquietudes de la provincia encontraron amplio cauce creador: Santiago Barba, José Antonio Magaña, Pedro Rodríguez Lomelí, Ricardo Reyes, José Ventura González, Aurelio Robles Castillo, Alfredo Martínez Aguirre y otros más, fueron los realizadores de aquella interesante publicación. El animador de sus afanes lo fue Salvador M. Lima, Director del plantel.

Un pensamiento fundamental movió a los normalistas en sus empresas: "Fervientes adoradores de una educación que armonice la evolución del individuo con la del conglomerado humano, hemos señalado siempre los escollos que la escuela actual debe salvar para librarse del verbalismo rutinario de la enseñanza libresca y de la disciplina presidiaria que han llevado al fracaso la educación mundial... Educar para la paz es la divisa de los maestros en esta hora única de la humanidad; para la paz, exaltando las virtudes del trabajo..." (Revista "Ideal". Año II Tomo Núm. 1.—10. Enero 1921).

Pero ya entonces empezaba para el país —año de la creación de la Secretaría de Educación Pública—, la etapa de una fecunda vida institucional y de realizaciones de gran alcance para afianzar el ininterrumpido progreso del país, en todos los órdenes.



ALFARERIA DE TONALA

*Fragmento tomado del libro ALFARERIA —Tonalá—
de que es autora Isabel Marín de Paalen. Colección
Jalisco en el Arte, de Guadalajara.*

TONALA, situado a inmediaciones del cerro del mismo nombre y vecino a una profunda barranca, fue capital de los señoríos indígenas del antiguo reino de Tonallan. Su nombre es palabra náhuatl que significa "lugar del sol" o "por donde el sol sale". Tiene un área de 911 498 m² que se divide en cuatro cuarteles, con 1 300 casas y 7 000 habitantes. Ocupa la parte noreste del Valle de Atemajac, que es asiento de numerosas poblaciones, entre ellas la ciudad de Guadalajara, capital

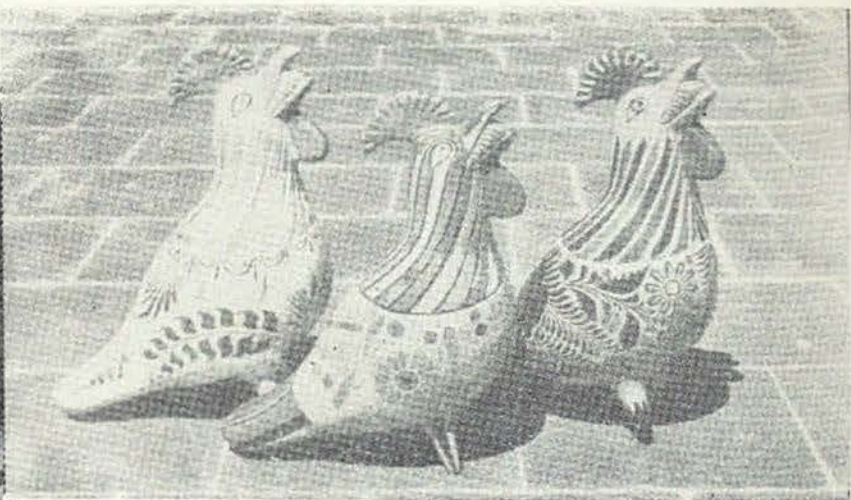
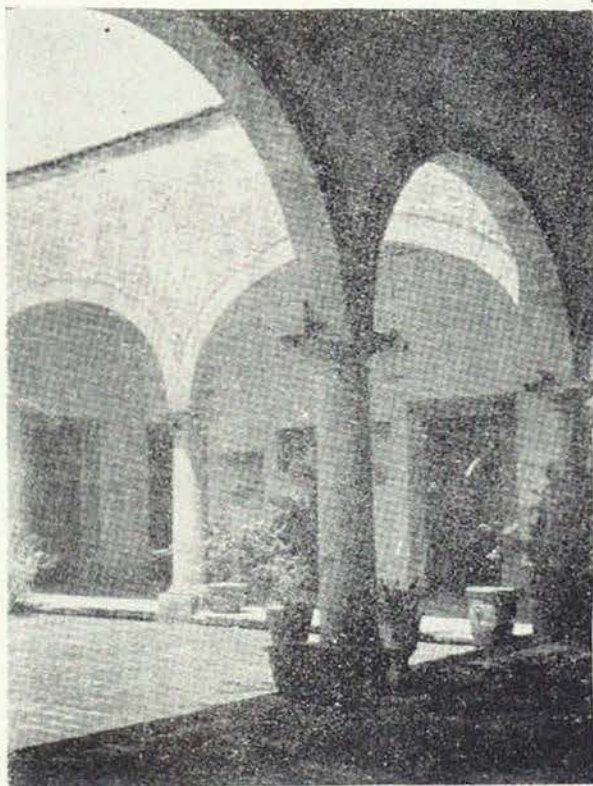
del Estado de Jalisco, de la que dista 14 Km. y con la que se comunica por una moderna carretera. Fue en Tonalá donde se fundó, por segunda vez, la ciudad de Guadalajara, en 1533; pero ahí permaneció solamente dos años, al cabo de los cuales había de trasladarse al sitio definitivo que hoy ocupa.

¿Cómo se desarrolló esta espléndida alfarería? Una relación anónima del siglo XVI contesta la pregunta: "El que enseña al hombre la ciencia, ese mismo proveyó y dio a los indios naturales grande ingenio y habilidad para aprender todas las ciencias, artes y oficios que les han enseñado, porque con todos han salido en tan breve tiempo que en viendo los oficios que en Castilla están muchos años en les aprender, acá en sólo mirallos y vellos hacer, han quedado maestros".

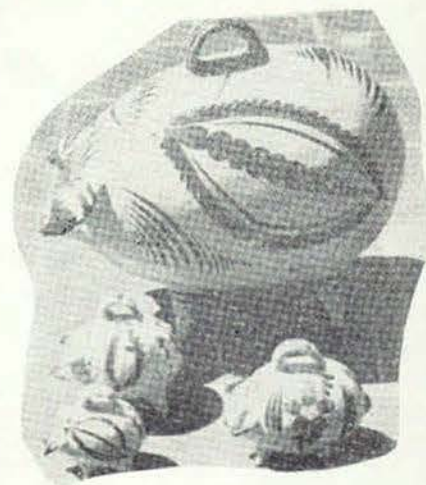
Esta artesanía surgió, obviamente, para satisfacer necesidades de carácter familiar, estético, de entretenimiento y ceremoniales. Posteriormente llegó a ser la actividad preponderante en la economía de Tonalá, al generarse una fuerte demanda general del producto. Pero esta artesanía, como tantas otras, no escapa al peligro de su degeneración y muy posiblemente al de su desaparición total. El fenómeno se ha presentado en todos los países que tienen manufacturas de este tipo, lo mismo en México que en China o en Japón, para sólo citar a los de mayor producción en el mundo. Los factores que contribuyen a su corrupción, o abatimiento, parecen ser los siguientes: a) las fuertes corrientes turísticas que obligan, en la medida en que acentúan la demanda, a una acelerada producción que no permite el fino y cuidadoso acabado del producto original; b) las transformaciones caprichosas que imponen a los objetos los consumidores, pues incapaces de dar a las piezas su verdadero valor exigen cambios que desvirtúan el sentido original del oficio; c) el maléfico albedrío de intermediarios advenedizos, que venidos de cualquier parte del mundo, sin el mayor conocimiento del medio, imponen modelos exóticos a la formación y conceptos estéticos del artesano; y d) la influencia del intermediario, que nunca encuentra suficiente su ganancia y la aumenta abaratando la paga al productor.

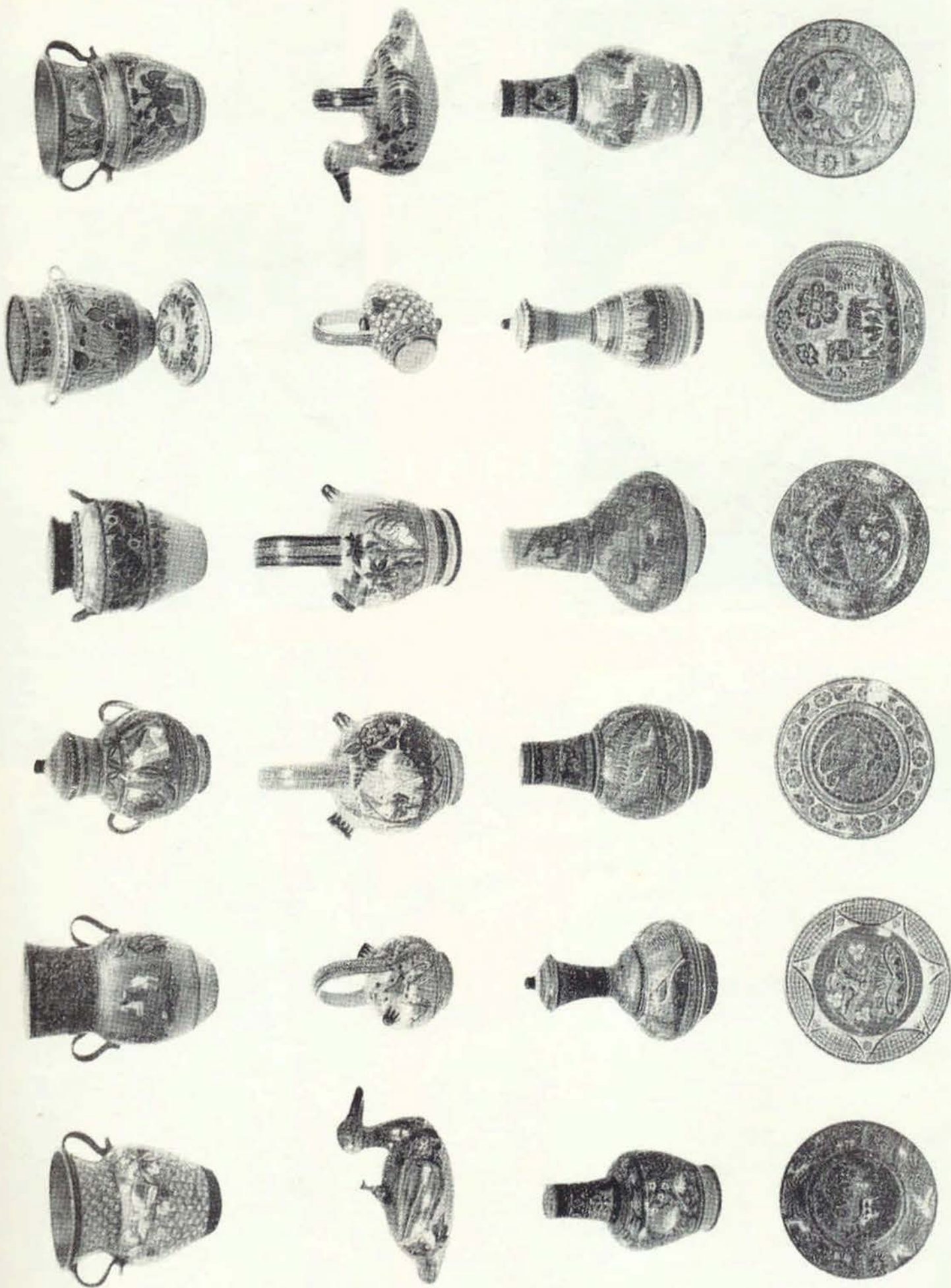
El pueblo de Tonalá, que tiene tan favorables condiciones para su completo desarrollo, se ha quedado estacionario hace ya muchas décadas. En un intento formal por devolverle su antiguo esplendor, a iniciativa del Gobierno del Estado de Jalisco y con la colaboración de los institutos nacionales Indigenista y de Antropología e Historia, se inició en 1954 un programa de revalorización y rehabilitación cuyo primer paso consistió en el establecimiento del Museo Regional de la Cerámica en la población de Tlaquepaque, vecina a Tonalá. Este museo, por la cuidadosa y atinada selección de sus colecciones en exhibición, su digna apariencia y la belleza de su edificio estimulan el buen gusto del público y del artesano. Esto no sería suficiente si el Museo, a la vez, no abriera nuevos y amplios mercados a la producción auténtica. Por ello adquiere —y lo hace en cumplimiento de un deber— la mercancía de todos aquellos que se esfuerzan por superarse. Al cabo de cinco años pueden observarse, con satisfacción, el espíritu de una renovación constante de los alfareros y una superior retribución a su trabajo.

T O N A L A

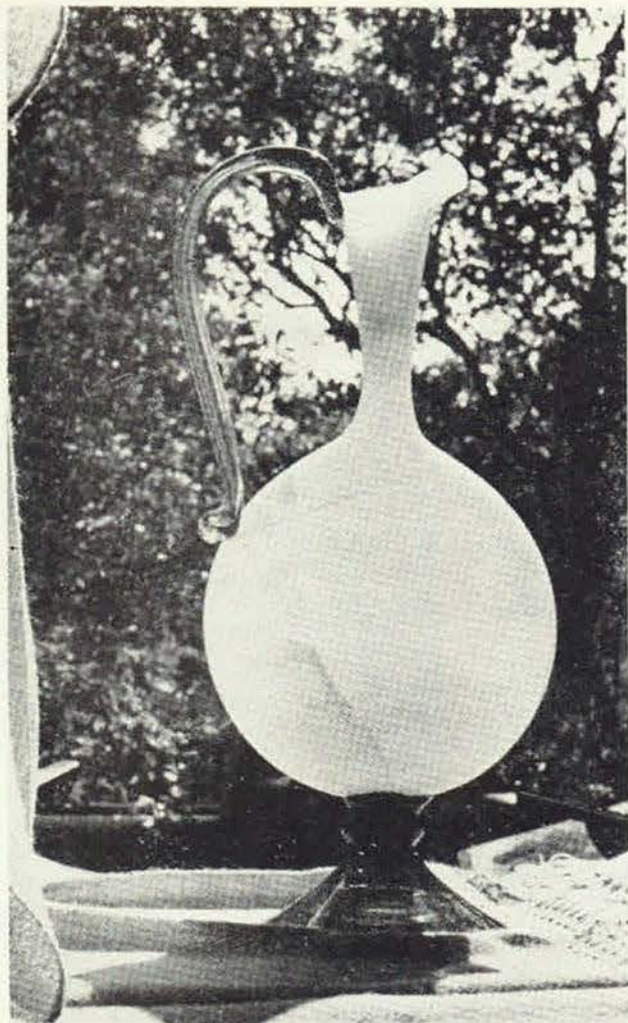


A la izquierda el patio del Museo Regional de la Cerámica, que se encuentra instalado en Tlaquepaque, bajo la dirección de la señora Isabel Marín de Paalen. Arriba y abajo: diversos aspectos relacionados con la alfarería tonalteca. Abajo: la loza llamada de bandera, por usar los colores patrios en su decoración.





VIDRIO SOPLADO

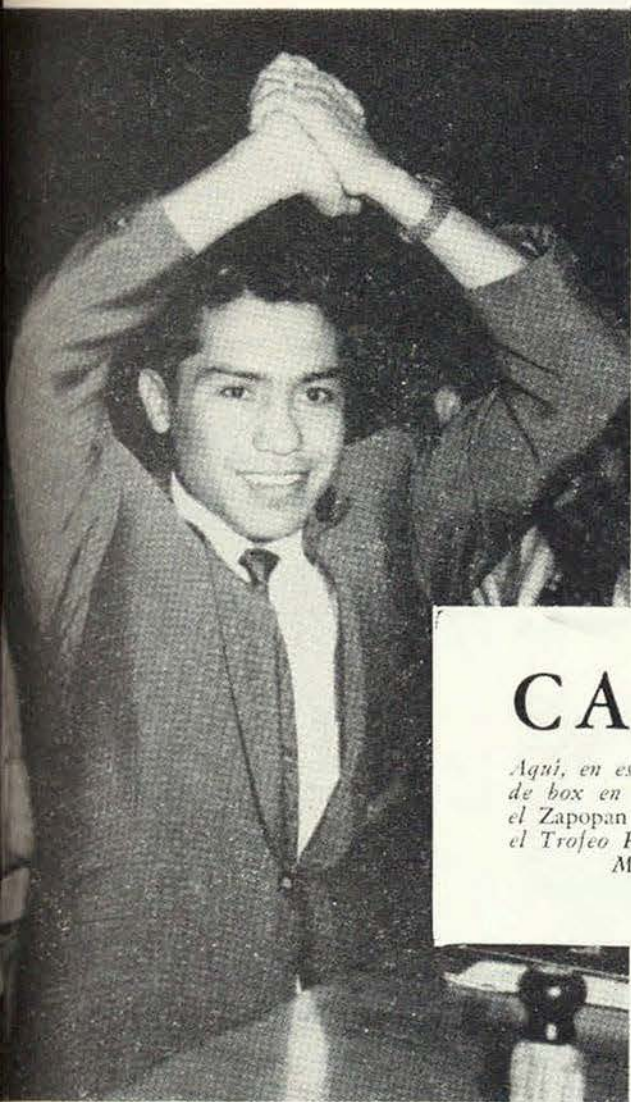


Una de las hermosas piezas de esta artesanía jalisciense.

Guadalajara es cuna entre las más bellas y emotivas formas de la artesanía: de la del *vidrio soplado*. Se ha escrito a propósito de la colección "*Jalisco en el Arte*" que: "Para comprender mejor el señorío de las pequeñas comunidades mexicanas es necesario conocer las artesanías que originan, reflejo fiel de la idiosincrasia colectiva"; apreciaciones que podemos extender al arte popular del vidrio soplado. Aunque en el caso no sea una comunidad la creadora, sino una familia, la de don Odilón Avalos —misma que extendió su creación a la fábrica de Carretones, de la ciudad de México— que es fiel reflejo de la idiosincrasia jalisciense y particularmente la de Guadalajara que en sus manifestaciones de admirado refinamiento popular —y culto— ha dado a México realidad de tan magníficas presentaciones, dignas de competir, sin mengua, sino al contrario, junto a otras semejantes del extranjero.

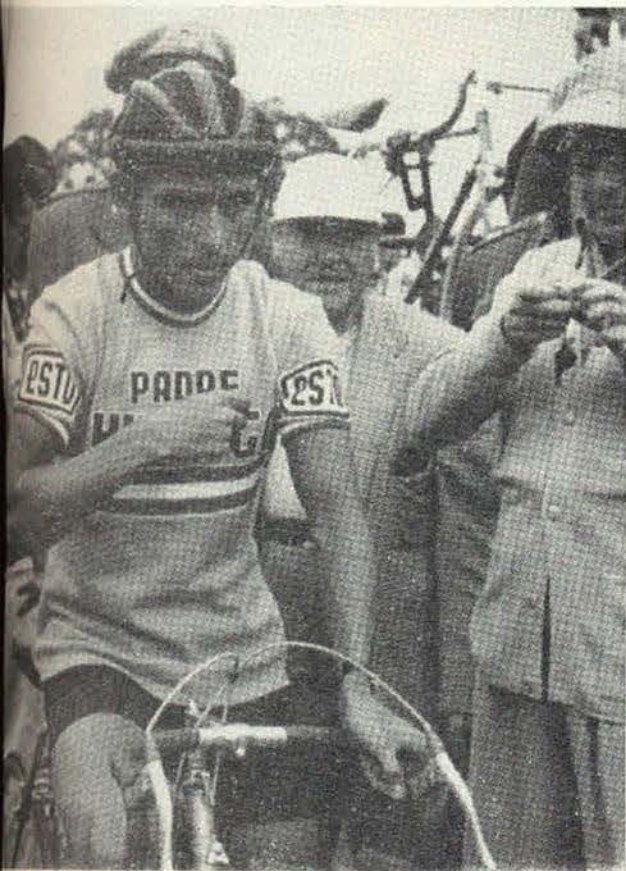


El Caballo Alado. signo de maestría perdurable. Fotos de Planeación y Promoción, S. A. Guadalajara, Jalisco.



CAMPEONISIMOS

Aquí, en esta página están los "campeonisimos": José Becerra, campeón mundial de box en los pesos "Gallo"; el Guadalajara as nacional del futbol asociación; el Zapopan Romero, invencible en las pistas del ciclismo. Remata nuestra plana el Trofeo Presidencial, cedido por el Sr. Presidente de la República Lic. López Mateos, al coronarse el Guadalajara, campeón de campeones.





JALISCO pródigo, sumando al panorama nacional del arte numerosos nombres consagrados; unos por la simpatía y el acato popular; otros por sus grandes talentos en el ámbito de la más exigente cultura. Así evocamos en esta página, como botón de muestra, al ya famoso internacionalmente Blas Galindo, compositor de grandes sinfonías, como representante de la música jalisciense que tuvo alto nombre en José Rolón y lo continuó en Pablo Moncayo, muerto recientemente cuando todo prometía el clímax de su genio. Del mismo modo

PARA MUESTRA...



Isabela Corona es flor de admiración en el arte escénico, como Pepe Guízar y Gonzalo Curiel y María Grever y Consuelito Velázquez, lo son en la canción popular; de la cual es intérprete María Victoria y lo son los Mariachis y lo fuera Lucha Reyes, la inolvidable, y la guapísima Ana Bertha Lepe y el popularísimo Palillo son también signos de orgullo tapatío.



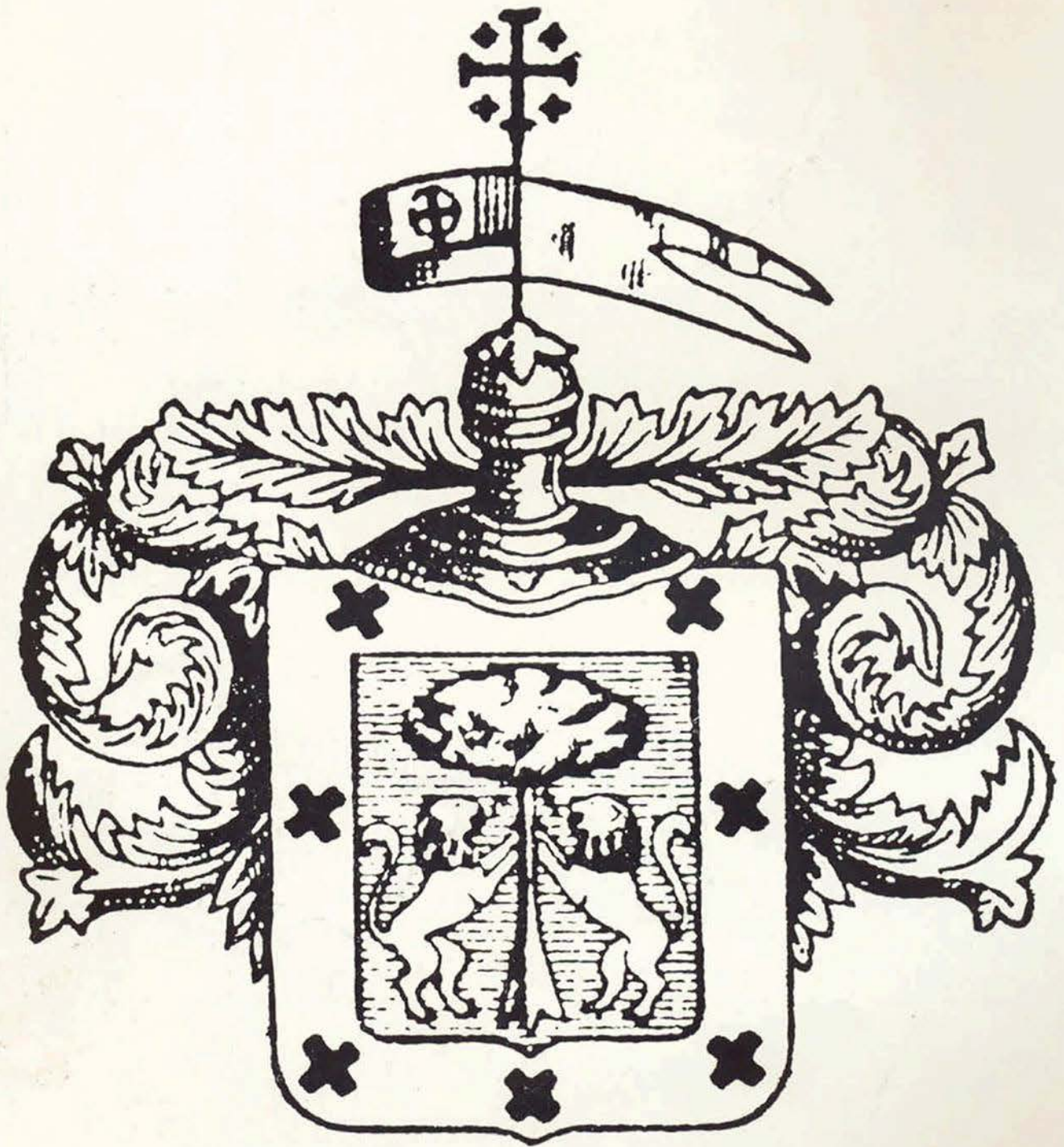
Isabela Corona, orgullo de nuestro teatro; Blas Galindo, señor de la gran música; Gonzalo Curiel, vive en sus canciones de distinguido sentido popular; la guapísima Ana Bertha Lepe, flor de gracia tapatía; la original y acatada María Victoria; el simpático "Palillo", as del joro tandófilo.





JOSE CLEMENTE OROZCO

La Trinchera
(Escuela Nacional Preparatoria)



ESCUDO DE JALISCO